

reforma fiscal y el cumplimiento de lo que se había pactado en el AES y todavía no se había cumplido. CCOO pedía aumentos salariales entre el 7 y el 8 por cien, reducción de jornada, jubilación a los 64 años, transformación de los contratos temporales en fijos, disminución de las horas extraordinarias e incremento de los derechos sindicales. Por último UGT, que con la patronal era más proclive a la negociación, proponía un aumento considerable de la inversión pública, aumento salarial entre el 6 y el 7 por cien, disminución de la flexibilidad laboral y otras medidas sindicales. Pero todo se vino abajo cuando el gobierno recomendó encarecidamente un aumento salarial del 5 por cien, tal como se aplicó a la Administración Pública. Para 1988 se pretendió también un acuerdo tripartito pero cuando el gobierno aprobó los Presupuestos de 1988 sin haber oído a los sindicatos el enfrentamiento se radicalizó y su primera consecuencia fue la dimisión del Secretario General de UGT Nicolás Redondo y del de Organización, Antón Saracibar como miembros del Congreso de los diputados y del Grupo Parlamentario Socialista de la Cámara. Aquí comienza la crisis más importante entre el PSOE y la UGT en los primeros años de la democracia (41).

No conviene olvidar que en 1987 se había producido ya una recuperación económica importante, había mejorado la balanza de pagos, España crece a un ritmo del 5 por cien, se había reducido considerablemente la inflación, aunque todavía no se alcanzase el nivel de los países europeos más desarrollados, y aumentaron considerablemente los excedentes empresariales. A pesar de ello persisten algunos graves problemas como el considerable volumen del paro, la dificultad para reducir el déficit público y el difícil reto de la adaptación a la CE. Por todo esto los

sindicatos emprenden una acción unitaria contra la política económica del gobierno con la finalidad de provocar un giro social que redunde en una mayor y mejor redistribución de los beneficios que se han acumulado durante los últimos años, en los que la clase trabajadora ha cargado con el peso del ajuste.

En el verano de 1988 los fuertes desacuerdos entre el gobierno y los sindicatos respecto al Plan de Empleo Juvenil (PEJ) hacen estallar una crisis que se viene arrastrando desde hace tiempo y las centrales sindicales convocan una huelga general para el 14 de diciembre si el gobierno no cambia su actitud (42). Con esta ruptura se cierra un período de concertación (1978-86) que presenta el balance positivo de haber posibilitado toda la regulación normativa para la construcción de un marco de relaciones laborales y el establecimiento de políticas activas que mejorasen el mercado de trabajo y la protección social (43), aunque también presentaba el balance negativo de la pérdida del poder adquisitivo de los trabajadores (tabla 13).

TABLA 13  
Desarrollo de la concertación en España, 1979-86

Acuerdo	Margen subida salarial (%)	Cambio en índice de precios al consumo	Firmantes
1979 Acuerdo básico interconfederal (ABI)	---	-----	CEOE-UGT
1980 Acuerdo Marco interconfederal (AMI)	13-16	15,5	CEOE-UGT- USO
1981 Acuerdo marco interconfederal (AMI)	11-15	14,6	CEOE-UGT- USO
1982 Acuerdo nacional sobre el empleo (ANE)	9-11	14,4	Gobierno-

			CEOE-UGT- CCOO
1983 Acuerdo interconfederal(AI)	9,5-12,5	12,2	CEOE-UGT- CCOO
1984 -	6,5	11,3	-
1985 Acuerdo económico y social (AES)	5,5-7,5	8,8	Gobierno- CEOE-UGT
1986 Acuerdo económico y social (AES)	8	8,3	CEOE-UGT

### 5.5 La ruptura partido-sindicato.

La última fase del socialismo español, hasta el momento presente, se ha caracterizado, sobre todo, por la ruptura de las relaciones históricas que mantenía con el sindicato UGT.

Ante el fuerte crecimiento que venía experimentando la economía en los últimos años de la década de los ochenta y los ingresos que percibía el Estado por el aumento de la fiscalidad, la UGT, después de la huelga masiva del 14 de diciembre de 1988, reclama al gobierno una profundización de su programa redistributivo, que cifraba en 344.000 millones de pts. para el ejercicio de 1989, con la finalidad primordial de dar una mayor cobertura al desempleo (cobertura que estaba en el 30 por cien), además de atender otras medidas sociales que habían tenido que esperar durante todo el período de ajuste. El gobierno, por su parte, accede al diálogo y llega a ofrecer 212.000 millones de pts. para el ejercicio de 1989, el subsidio indefinido para los parados mayores de 45 años con cargas familiares, y no prejuzga otras medidas que se podrán tomar en el ejercicio de 1990. Pero las centrales sindicales no ceden y el gobierno anuncia que si no hay diálogo y pacto anunciará medidas alternativas en el pleno parlamentario de febrero por valor de 300.000 millones de pts., como así sucede unas semanas más tarde.

En el acaloramiento de la discusión familiar entre partido y sindicato, el partido amenaza con organizar su propia red sindical anunciando el nombramiento de "responsables políticos" en las empresas para defender la postura del gobierno. Los sindicatos a su vez preparan una gran manifestación unitaria para el 1 de mayo de 1989 a la que, por primera vez en la historia, no invitan a participar al PSOE, con lo que concluirá la ruptura de relaciones entre las dos organizaciones y al mismo tiempo se recuperará la unidad sindical perdida desde 1983. Esta ruptura volvía a poner de manifiesto la contradicción de construir un Estado del Bienestar con una política social

en sintonía con los duros mecanismos de un ajuste económico neoliberal.

Esta situación conflictiva ponía en peligro el éxito de los socialistas en las siguientes elecciones generales, que se habían anunciado para octubre de ese mismo año 1989. En efecto, un mes antes del día de los comicios la UGT salió al paso con un informe en el que criticaba la política neoliberal del gobierno, argumentando que no podía apoyar al partido en su campaña electoral puesto que su programa se había desvinculado de las exigencias sindicales. Esto hizo temer por el éxito electoral del PSOE que había convocado elecciones anticipadas a la vista de su éxito en las europeas que se habían celebrado en el mes de junio anterior. Pero el PSOE, a pesar de no haber negociado con la UGT su programa electoral y de haber excluido de sus listas algunos prosindicalistas obtuvo un éxito rotundo, aunque también es verdad que la UGT no hizo campaña en su contra ( TABLA 14 ).

TABLA 14

Elecciones generales de 1989

<u>Partido</u>	<u>Porcentaje de votos</u>	<u>Escaños</u>
PSOE	39.56	176
PP	25.84	106
IU	9.05	17
CDS	7.91	14
CiU	5.04	18
PNV	1.24	5
Otros	11.36	14

El partido socialista obtiene de nuevo una mayoría prácticamente absoluta, pero ahora se abre una etapa de enfrentamiento entre los sindicatos y el gobierno.

Paramio (44) ha señalado cuales son algunos de los problemas que presenta este tipo de enfrentamiento, subrayando

que un sindicato de afiliación tiene el peligro de descuidar la acción dentro de la empresa sacrificandola a la estrategia política de sus cúpulas dirigentes, con la consiguiente pérdida de representatividad, y que la confrontación ha de conllevar resultados positivos para los trabajadores, pero si con el tiempo éstos no los perciben puede producirse también una pérdida de representatividad. Todavía es pronto sin embargo para hacer un balance de esta nueva fase de confrontación, que apenas tiene un par de años de existencia y en la que ya a finales de 1990, con motivo de las elecciones sindicales, casi se produjo una ruptura de la unidad de acción de los sindicatos que podía haber hecho variar esta estrategia.

De hecho el 32º congreso del PSOE, celebrado en Madrid en noviembre de 1990, supone el fin de la doble militancia y se aconseja tímidamente la afiliación a la UGT. Nicolás Redondo asiste al congreso pero no se dirige ya a los delegados como había sucedido tradicionalmente.

Se trata de un congreso continuista en el que se habla de modernizar la estructura del partido, de mejorar la calidad del bienestar de los ciudadanos españoles, y en general de renovación programática. Pero en realidad la única novedad es que Felipe Gonzalez exige la autonomía del gobierno frente a las exigencias del partido, y que la dialéctica entre guerrismo y aperturismo, se salda con una mayor representación territorial en la Comisión Ejecutiva como respuesta a las exigencias de modernización de la estructura del partido. Un balance pobre para quien esperaba grandes cambios, pero

positivo para quienes piensan que a la tarea constructiva del socialismo español despues de la dictadura todavia le quedan, al menos, diez años.

La numeración se ha  
saltado estas dos páginas  
pero el texto es correlativo





**VI. LOS SOCIALISTAS Y LA COMUNIDAD EUROPEA**

### 6.1. Los Partidos Socialistas en la formación de la CE (1)

La actitud de los partidos socialistas y socialdemócratas europeos respecto a la Comunidad Europea ha sido muy variada en función de factores diversos y a veces contradictorios. A su ideología manifiestamente supranacional se han opuesto, en diversas ocasiones y momentos históricos, los intereses nacionales; su actitud proeuropea, cuando han estado en el poder, se ha contradicho a sus propias manifestaciones cuando han estado en la oposición, y todo esto a su vez ha sufrido la influencia de los sindicatos, sobre todo en aquellos partidos en los que la componente sindical ha jugado siempre un papel relevante. La iniciativa para el establecimiento de lo que en un primer momento fue la idea de Europa no tuvo un peso específicamente socialista ya que se asocia a nombres como los franceses Robert Schuman, Jean Monnet y René Pleven, al belga Paul-Henry Spaak, a J. William Beyen y Sicco Mansholt, y fue apoyada por K. Adenauer, A. de Gasperi o J. Bech, de los cuales sólo Spaak y Mansholt eran socialistas.

En las páginas que siguen no vamos a tratar de manera exhaustiva la génesis y los avatares de la formación de la Comunidad, desde el establecimiento del Consejo de Europa en 1949, o la Comunidad Europea del Carbón y del Acero en 1951, pasando por la firma del tratado de Roma en 1957, y

las sucesivas ampliaciones, hasta llegar a la propuesta de Unidad Europea en 1980. Nuestra intención, en base a las formaciones políticas que estudiamos y al período comprendido, es más bien trazar un esquema de cuál ha sido el comportamiento de estos partidos después de la II Guerra Mundial respecto de la CE, cuáles han sido los últimos pasos que se han dado para la construcción de la unidad europea y por último cuál ha sido el comportamiento paralelo de los sindicatos.

La inclusión de un capítulo de estas características, en un trabajo sobre la socialdemocracia europea y sus límites, encuentra justificación no sólo por el motivo de dar a conocer las circunstancias y problemas del camino ya recorrido sino para apreciar las dificultades que todavía quedan por resolver en el futuro dado que son cada vez más los autores que proyectan la configuración política de la socialdemocracia en el contexto europeo, y sólo en él encuentran su realización. Los interrogantes que todavía permanecen sin despejar y el peso que en todo esto pueden tener los principales partidos socialdemócratas europeos, sitúa a la Comunidad Europea como protagonista del escenario político internacional, en un momento en el que se han roto ya muchas fronteras a causa de la internacionalización de la economía y de la globalización de la política general.

#### **EL PARTIDO SOCIALÍSTA FRANCÉS**

Casi todas las opiniones concuerdan en que Francia es el país que más ha influido en la creación de la Europa Comunitaria. Tugendhat afirma que la concepción original de

Monnet, el plan Schuman, la opinión contraria de De Gaulle y su impacto, la decisión de Pompidou de anular el veto de De Gaulle y permitir la entrada de Gran Bretaña acompañada de Irlanda y Dinamarca, la creación del Sistema Monetario Europeo por Giscard d'Estaing y el impulso de Mitterrand demuestran el protagonismo francés en este esfuerzo (2). La declaración del 9 de mayo de 1950 con la que Robert Schuman, en ese momento ministro francés de Asuntos Exteriores, lanzó la propuesta de la Comunidad Europea del Carbón y el Acero comenzaba así:

"No es posible salvaguardar la paz en el mundo sin hacer esfuerzos constructivos proporcionales a los peligros que la amenazan. La contribución que puede hacer una Europa organizada y viva a la civilización es indispensable para el mantenimiento de relaciones pacíficas. Al asumir durante más de veinte años el papel de defensora de una Europa unida, Francia siempre ha tenido como objetivo esencial el servicio a la paz. No se logró una Europa unida; y tuvimos la guerra. Europa no se hará en un momento ni de acuerdo con un solo plan general. Se construirá con realizaciones concretas, que en primer lugar crean una solidaridad de facto. La unión de las naciones de Europa exige la desaparición del viejo antagonismo entre Francia y Alemania. La primera preocupación de cualquier acción que se emprenda debe ir referida a estos dos países.

Con este objetivo en mente, el gobierno francés propone tomar medidas inmediatas sobre un punto limitado, pero decisivo. El gobierno francés propone poner la producción franco-alemana de carbón y de acero bajo una autoridad común, en el marco de una

organización abierta a la participación de los demás países de Europa. El consorcio de la producción de carbón y acero permitirá que se establezcan inmediatamente unas bases comunes para el desarrollo económico como primer paso de la federación de Europa, y cambiará el destino de las regiones que durante largo tiempo se han dedicado a la fabricación de material de guerra de la que han sido las víctimas más constantes".

Con estas palabras los franceses pensaban establecer un nuevo marco para las relaciones franco-alemanas, y comenzaban a sentar las bases para la formación de la nueva Europa. Esta iniciativa francesa había tenido su precedente en la iniciativa de Aristide Brand, también ministro de Exteriores, en su discurso a la Sociedad de Naciones en septiembre de 1929 y ya entonces los socialistas de la SFIO apoyaron este objetivo de unidad europea, a pesar de algunas objeciones de Léon Blum referidas, sobre todo, a la política de desarme como requisito necesario para la regeneración política y económica de Europa.

Más tarde, después de la II Guerra Mundial, y con motivo del nacimiento de la OTAN, Mollet recordó que la actitud del Partido Socialista discurría por dos vías, una pacifista y otra defensiva. Desde el punto de vista pacifista el partido era consciente de la necesidad del desarme universal y el establecimiento de negociaciones, pero desde el punto de vista defensivo se precisaba un ejército fuerte que impusiese respeto en el orden internacional. Así pues la mayor parte del partido apoyó la OTAN, en el congreso de 1950 se habló de las relaciones europeas con Norteamérica basadas en la fraternal independencia y poco después en el periodo de la "guerra fría" se alineó con Estados Unidos. Mollet respaldó también el plan Schuman, aunque con algunas

reservas, esperando que ayudase a la protección de la economía y a la posibilidad de mejorar la competitividad en relación a sus rivales alemanes. Cuando el Plan Pleven para la Defensa de la Comunidad Europea se anunció en octubre de 1950, el tema de la integración se conectó con el del rearme alemán que se discutió en los congresos de la SFIO de 1952, 53 y 54 y fue el tema que más dividió a los socialistas franceses de la postguerra (3).

Por su parte la actitud de la derecha gaullista fue contraria a la integración europea pero perdió estrepitosamente las elecciones de 1956 y esto dió pie a que Mollet y su gobierno liderasen todas las negociaciones que condujeron a la firma del tratado de Roma en 1957. Los socialistas en esos años criticaron duramente el veto de De Gaulle a la entrada de Gran Bretaña, y éste fue uno de los principales puntos de la campaña de Mitterrand contra el general. El objetivo de Mitterrand era una Europa federada basada en la renuncia a la soberanía nacional en los temas de defensa, política exterior y moneda, pero esta actitud socialista no venció la voluntad de De Gaulle, que se opuso por segunda vez a la entrada de los británicos en 1967, y cuya resistencia no se superó hasta que Pompidou convocó un referendun en 1972 para la entrada de Gran Bretaña, Dinamarca e Irlanda, referendun al que se opuso frontalmente el Partido Comunista Francés y obligó al Partido Socialista, que entonces compartía el Programa Común con el PCF, a renunciar a su tradicional postura integracionista aconsejando la abstención con la finalidad de no romper la unidad de la izquierda (4).

La postura de toda la izquierda comenzó a ser más convergente a partir del Programa Común que, con motivo de la campaña electoral de 1973, contenía un acuerdo con dos objetivos: 1) la participación en la construcción de la CE,

sus instituciones y su política, pero con una mentalidad para algunos, muy izquierdista, puesto que trataba de librarla de la dominación del capital monopolista, democratizando sus instituciones y apoyando las reivindicaciones de los trabajadores, y 2) preservar la libertad de acción en el Mercado Común para la realización de su programa político y económico. Esta declaración socialista fue la que forzó a los comunistas a cambiar su anterior posición antagonista.

En estos años los socialistas siempre apoyaron la idea europea pero desde postulados ideológicos más radicales que los de sus homólogos . Mitterrand, que convocó un Congreso Extraordinario para elaborar su política europea, obtuvo el respaldo de la mayoría de los delegados. Al partido le atraía la idea de una Europa del Sur. El Socialismo mediterráneo se ajustaba a las necesidades del PS frances, como eran la cooperación y competición con el Partido Comunista. Además tenían relevancia las muchas similitudes culturales existentes. En 1976 el Comité Director del PS votó a favor de las elecciones directas al Parlamento, "para que tuvieran entrada los representantes de los trabajadores", pero en el mismo mes se opuso al Informe Tindemans sobre la Unión Europea porque, contradictoriamente, el PS mantenía desde hacía tiempo una posición muy nacionalista, de tal manera que cuando se trató la ampliación de la CE estuvo muy interesado en la protección de los intereses domésticos, proponiendo una reforma de la política agraria comunitaria (PAC) para proporcionar una ayuda especial a los productos afectados por la ampliación, y una mayor intervención pública para proteger el nivel de vida de los agricultores.

Esta actitud se hizo todavía más patente en el congreso de 1979, ante las elecciones europeas directas, cuando el CERES mostró claramente su hostilidad a la



extensión de los poderes del Parlamento Europeo y a una mayor integración. Mitterrand logró presentar una propuesta de compromiso en la que, aunque se mostraba favorable a reforzar los poderes de control de la Asamblea, los socialistas no estaban de acuerdo en que ampliase sus competencias a costa de los parlamentos nacionales. En la Convención Nacional de 1980 el partido todavía se radicalizó más en defensa de los intereses nacionales, lo cual auguraba que el inminente acceso al poder de los socialistas podría ser un shock dentro del panorama europeo, marcado por el liberalismo y el atlantismo, pero Mitterrand no tuvo inconveniente en asumir esta serie de compromisos claramente socialistas para mantener la unidad de las tendencias internas.

Cuando Mitterrand se hizo cargo de la presidencia francesa pretendió aumentar el tamaño y alcance del gasto de la C.E. pero, teniendo en cuenta los intereses agrícolas franceses, no quería un recorte en la PAC ni un crecimiento presupuestario desproporcionado de su propia contribución. En la cumbre de Stuttgart de 1983 no intentó bloquear la reforma de la PAC pero procuró convencer a los demás de que se debería hacer una reconsideración global del tema y no limitarse a la aplicación de algunos ajustes. Respecto de la contribución británica al presupuesto la consideraba mezquina y había que cambiar el modelo del gasto. En la cumbre de Bruselas de 1984 propuso una devolución para Gran Bretaña de 750 millones de libras, sobre una contribución total de 1.200, pero el Canciller Kohl rechazó esta cantidad y no ofreció más de 600 millones, porque lo contrario supondría aumentar el peso del gobierno alemán, con lo cual la cumbre fracasó. Su gobierno también mantuvo una posición dura ante el ingreso de España y Portugal porque para los franceses

suponia una mayor contribución neta al presupuesto y una amenaza para su agricultura. No obstante de él partió la propuesta para la entrada de estos dos países en 1986.

En el manifiesto del Partido Socialista Francés para las elecciones europeas de 1984 se recordaba que fue un gobierno bajo dirección socialista el que firmó el tratado de Roma por parte francesa, pero que la CE estaba ahora paralizada y dominada por fuerzas liberales. Hay dos concepciones de la CE: una la del libre cambio y otra la de la comunidad real, y los socialistas apoyaban esta última como medio para vencer la recesión que se atravesaba. El desempleo sólo sería vencido con un programa europeo concertado de recuperación económica, dando un papel importante al sector público y a un verdadero mercado unificado. A la CE se le han de dar los recursos necesarios para apoyar políticas comunes más esenciales, y un período de rigor económico supondría una mayor "solidaridad financiera". Las instituciones de la CE deben recuperar su papel original en el que la Comisión debe hacer propuestas y los Estados miembros pueden usar el derecho de veto en el Consejo de Ministros, pero sólo en circunstancias excepcionales. El Manifiesto decía poco sobre el Parlamento, pero el papel del Consejo Europeo necesitaba ser mejorado.

Este Manifiesto de 1984 se refiere a una Europa sin fronteras, a la unificación monetaria, al apoyo al programa de renovación tecnológica Eureka y a la renovación de la PAC. El programa fue aprobado incluso por el CERES con la convicción de que una renovación doméstica requiere a su vez una renovación comunitaria, y aunque los socialistas en estas elecciones perdieron el 17 por cien de los votos

confirma que, a pesar de que en la década de los años 70 hubo algunas diferencias ideológicas internas, en la mayor parte de la historia del socialismo francés la integración europea ha sido una fuente de unidad.

#### EL PARTIDO SOCIALDEMOCRATA ALEMÁN

El Partido Socialdemócrata alemán tuvo en principio una actitud contraria a la idea de Europa, tal como la estaban configurando la colaboración entre las autoridades francesas y alemanas, debido sobre todo a que Schumacher, su primer secretario después de la guerra, consideró la reunificación alemana como meta primaria. Así el SPD no estuvo oficialmente representado en la Conferencia europea de La Haya en 1948 y se opuso a la creación del Consejo de Europa en 1949 porque veía en ello la consagración de la división de Alemania. Cuando se presentó el Plan Schuman los socialdemócratas se opusieron por considerar que debería cubrir toda Europa y no sólo una parte de ella, mientras que los sindicatos, que en la postguerra no tuvieron una relación orgánica directa con el partido, reaccionaron positivamente porque les atraía la idea del Comité Consultivo de la Comunidad Europea del Carbón y el Acero, que guardaba relación con el espíritu de codecisión por el que ellos estaban presionando en esos momentos a Adenauer, si bien su posición estuvo matizada por la exigencia de algunas condiciones como la salvaguarda de los intereses de los sindicatos, la protección del pleno empleo y el nivel de vida entre otras. Esta actitud sindical fue muy criticada entonces por el SPD que estaba contra la consolidación de "esa pequeña Europa" que se quería construir sobre la base

de una Alemania dividida. Esto explica que contemplase la unidad europea como una idea más atractiva que la Comunidad Europea de Defensa ya que la primera incluía además a Gran Bretaña y no tenía un carácter supranacional (5).

La firma del Tratado sobre la Unidad fue un momento crucial para el cambio de postura del SPD. Ahora que el tema de la defensa había sido aparcado era posible para el SPD apoyar la integración. Algunos factores ayudan a entender este cambio, como el hecho de que los sindicatos habían estado a favor del Tratado sobre el Acero y el Carbón, la popularidad que iba adquiriendo el ideal europeo, el peso que iba conquistando dentro del partido el grupo parlamentario de los socialistas, que era más propicio a la unidad europea y, por último, los socialistas que entraron en la Asamblea del Tratado sobre el Acero y el Carbón y en el Consejo de Europa contribuyeron a cambiar la mentalidad del partido. A partir de aquí apoyaron la creación de la CEE y el Euratom, (European Atomic Energy Community), presionaron para establecer una política monetaria fiscal e inversora común y les disgustó la exclusión de Gran Bretaña. Más adelante arguyeron que el Consejo de Ministros europeo se restringiese a cuestiones de coordinación, que se concediesen competencias ejecutivas a la Comisión Europea y se acordase conceder a la Asamblea derechos efectivos de decisión y supervisión.

El programa de Bad Godesberg en 1959 proclamaba que el desarrollo económico exigía la colaboración de los estados europeos y que una Alemania reunificada debería llegar a ser miembro del sistema de seguridad europeo. En 1960 Herbert Wehner hizo importantes declaraciones en el

Bundestag al afirmar que "deberíamos hacer todo lo posible para dejar claro a la gente que existe una alternativa democrática al gobierno actual, es decir que la República Federal es un socio digno de crédito gobierne quien gobierne. La visión del SPD entiende que el sistema de alianzas europeo y atlántico, de los que forma parte la República Federal, es el marco y el fundamento de toda la política exterior alemana y de su esfuerzo reunificador". Estas palabras muestran que el SPD aceptaba la importancia de la credibilidad de Alemania a los ojos de los aliados, indicando así el cambio de orientación que se había producido a favor del sistema de defensa occidental, subrayando de esta manera que su política exterior entraba en una nueva fase.

A comienzos de los años 60 presionaron para crear la Europa de los Pueblos en contraste con la Europa de los Estados, fueron los primeros en promover la ley para la elección directa de los parlamentarios, trataron de potenciar el papel del Parlamento y sugirieron procedimientos para resolver sus diferencias con el Consejo de Ministros. Después de las elecciones de 1965, cuando Willy Brandt fue nombrado ministro de Asuntos Exteriores mantuvieron, sin embargo, una postura ambigua respecto a la fórmula federal de la CEE subrayando, más bien, la necesidad de establecer una amplia identificación cultural (6).

Los socialistas fueron partidarios de ampliar la Comunidad a otros países europeos con la finalidad de no dividir Europa en dos grupos económicos competitivos, por eso condenaron el veto de De Gaulle a la entrada de Gran Bretaña en 1963 y ante el segundo veto que puso el general en 1967 el Congreso del SPD, que se celebró

en Nuremberg al año siguiente, aprobó una resolución afirmando que persistía todavía en la finalidad de extender la Comunidad a otros países europeos especialmente Gran Bretaña, Irlanda y Escandinavia para construir una Comunidad política. En la Cumbre de La Haya de 1969, siendo ya Willy Brandt Canciller, y habiendo sido sustituido De Gaulle por Pompidou, presionaron para el ingreso del Reino Unido, para establecer una moneda europea, y para conseguir la unión monetaria y el desarrollo de la cooperación política, con la subsiguiente creación de una Comunidad política y el fortalecimiento de sus instituciones. En 1970 declararon la voluntad de convertir la CE en el área social más progresista del mundo en el transcurso de esa década, presionando para que hubiese una colaboración mayor tanto en política exterior como en temas de seguridad. La cumbre de París en 1972, en la que Brandt tuvo una influencia crucial, fue todavía más ambiciosa y acordó que la unión europea debería conseguirse para 1980 (7).

Cuando en 1974 Schmidt sucedió a Brandt en el poder la Comunidad atravesaba serias dificultades económicas, la crisis del petróleo entorpecía el progreso hacia la Unión Europea y Monetaria y además los laboristas presionaban para renegociar los términos de la entrada de Gran Bretaña desde 1972. Schmidt apoyó las demandas inglesas y en 1974 se cambió el sistema de contribución presupuestaria, expresó su acuerdo con la entrada de Grecia, Portugal y España, después de la caída de las respectivas dictaduras, y concentró su mayor esfuerzo en el establecimiento del Sistema Monetario Europeo, que fue pactado finalmente en la cumbre de 1978.

En el manifiesto de las elecciones europeas de 1979 el SPD pedía una Carta de Derechos Civiles para proteger a los

ciudadanos de todos los estados miembros asegurándoles el pleno empleo, la democracia industrial y acuerdos económicos para resolver las desigualdades sociales; reclamaba, además, la unidad económica y monetaria y aumentar el poder del Parlamento para controlar el presupuesto y aprobar leyes. Cuando en 1981 los ministros de Asuntos Exteriores alemán y francés -Genscher y Colombo- lanzaron la iniciativa de la "Unidad Europea" al SPD le pareció un gesto precipitado y su atención se volcó prioritariamente hacia la ampliación de la Comunidad a los países que habían sufrido recientemente regímenes totalitarios.

Después de haber perdido las elecciones en 1982 y tras pasar a la oposición el SPD ha reflejado en sus programas actitudes más progresistas. En su Manifiesto europeo de 1984 ha subrayado la lucha contra el paro, en pro de la paz, la preservación del medio ambiente, la erradicación del hambre en el Tercer Mundo y el desmantelamiento de los misiles nucleares (8). En la cumbre de Milán de 1985 apoyó la Unión Europea y subrayó su oposición al poder nuclear y al despliegue de los misiles. Lafontaine llegó a pedir la salida militar de la OTAN y mayor independencia respecto a Estados Unidos.

#### EL PARTIDO LABORISTA INGLES

La formación socialista que ha presentado más problemas en su relación con la CE ha sido el Partido Laborista que ha mantenido posiciones contradictorias y ambiguas respecto a todo el proceso de unidad europea, desde su oposición a la iniciativa Briand en 1929 hasta su propuesta

de retirar al Reino Unido de la CE en 1980. Su política internacional se ha caracterizado más por la defensa de la soberanía nacional y sus preferencias por la Commonwealth y EEUU en detrimento de la unidad europea (9).

Después de la guerra el laborismo no vio con buenos ojos la unidad europea por tres motivos: a) no querían reconocer el peso de Alemania como socio legítimo y con todos los derechos para emprender una nueva aventura; b) por su deseo de mantener la soberanía e independencia en un continente todavía devastado por la guerra, y c) los postulados de la unidad ponían de manifiesto un reconocimiento insuficiente de la Commonwealth. Los ingleses, por otra parte, estaban orgullosos de haber ganado la guerra, aunque hubiese sido de la mano de su gran aliado americano. Así pues el primer paso para la constitución de una Europa Unida, el Plan Schuman de 1951, fue rechazado alegando la forma en que había sido presentado por los franceses y como consecuencia de la postura que los laboristas habían tomado el año anterior en el congreso de los Partidos Socialistas: en su documento "European Unity" manifestaron que no podían aceptar compromisos que limitasen su libertad o la de otros para alcanzar el socialismo democrático. Esta oposición se evidenció de nuevo en su reacción ante la propuesta de un plan de Defensa de la CE y la constitución de una Comunidad política defendida por el Primer Ministro francés René Pléven. Para los laboristas el establecimiento de un ejército europeo duplicaría el sistema defensivo de la OTAN y además permitiría el rearme alemán, que sólo admitió después de un duro debate en 1954.



Quienes primero hicieron una declaración de apoyo al pro-europeo gobierno conservador británico, para establecer una amplia Area de Libre Comercio, fueron los sindicatos. En su congreso de 1957 y en el de 1962 apoyaron las negociaciones para la entrada en la CEE, pero no parece que esta actitud tuviera ninguna resonancia en las filas del partido laborista. Es más el anuncio de MacMillan de entrar en la CEE, dada su actitud revisionista que pretendía estrechar lazos con los socialistas del continente para influir sobre las ideas socialdemócratas de la economía mixta, tampoco influyeron en el comportamiento de los laboristas quienes después de haber perdido tres convocatorias electorales seguidas vieron la oportunidad de presentarse ante los electores como los guardianes del estado-nación. En su documento "Labour and the Common Market" el partido subrayó cinco requisitos condicionantes para entrar en la Comunidad Europea: 1) fuertes y vinculantes salvaguardas para el comercio y otros intereses de nuestros amigos de la Commonwealth; 2) libertad para seguir con la propia política exterior; 3) cumplimiento de la promesa gubernamental para nuestros asociados de la EFTA (Area Europea de Libre Comercio); 4) el derecho a planificar nuestra propia economía y, 5) garantías para salvaguardar la agricultura británica. Como se puede observar se trata de una declaración poco socialista que se zanjó con el veto de De Gaulle en 1963.

A pesar de que para los laboristas la primera responsabilidad de todo gobierno británico era la Commonwealth, Wilson anunció después de su elección en 1966 su decisión de entrar en conversaciones para ingresar en la CE, si los intereses británicos y los de la Commonwealth eran salvaguardados, y en 1967 el partido se pronunció por

una mayoría de dos tercios a favor de la entrada, pero, mientras tanto, la petición de ingreso fue vetada de nuevo por el Presidente De Gaulle (10).

En 1971 Wilson se pronunció contra los términos negociados por el partido conservador, pero al votar su aprobación en la Cámara de los Diputados, los laboristas se dividieron contribuyendo a la división que ya por entonces comenzaba en el seno del propio partido respecto a estos y otros temas, como hemos visto en las páginas precedentes. Entonces la táctica de Wilson para unir al partido en este tema fue rechazar la entrada en los términos en que había sido propuesta por Heath y pedir una convocatoria de elecciones generales para sondear a la opinión pública. Pero cuando el 28 de octubre de 1971 se celebró la votación parlamentaria para aprobar o rechazar el ingreso del país en la CE, 69 parlamentarios laboristas votaron junto a los conservadores a favor de la entrada en las condiciones propuestas por Heath y 20 más se abstuvieron, agudizando todavía más la división interna del laborismo. La reacción del partido contra la entrada en la CE fue tan dura que el congreso anual de 1973 prohibió a los diputados laboristas participar en las instituciones europeas hasta que no se celebrase un referendun en el que se pidiese la renegociación de las condiciones de ingreso.

Cuando los laboristas accedieron de nuevo al poder en 1974 Wilson renegoció las condiciones de entrada y propuso un referéndum para el 5 de junio de 1975, pero ante el referéndum los socialistas volvieron a dividirse; el partido recomendó el no a las nuevas condiciones pero el gobierno Wilson hizo una pequeña campaña en la que explicaba su voto afirmativo a la continuidad de su participación como miembro de la CE. De esta manera el

referendum supuso una victoria muy importante para Wilson, puesto que dos de cada tres votantes dijeron sí a la continuidad. Esta contradicción entre la actitud del partido y la del gobierno se agudizaba cada vez más debido al predominio creciente del ala izquierda laborista. Así en 1976 mientras el gobierno se pronunciaba a favor de elecciones directas al Parlamento europeo, el congreso del partido lo hacía en contra. La presencia continua de este conflicto interno dio como resultado que en las elecciones europeas de 1979 los laboristas sólo lograsen 17 eurodiputados de los 78 que correspondían a todo el Reino Unido, y esta victoria de los conservadores fue una premonición de lo que ocurriría dos meses después con el ascenso al poder de Margaret Thatcher (11).

En este período de predominio izquierdista dentro del partido el laborismo fue muy agresivo respecto a la Comunidad, de tal manera que en su congreso de 1978 propuso una reforma en los siguientes términos: 1) reformar el Acta Europea de 1972 y devolver el poder a la Cámara de los Comunes para decidir si las regulaciones de la CE deberían aplicarse a Gran Bretaña o no; 2) reformar la política agraria; 3) revisar el Tratado de Roma para recortar los poderes de la Comisión, y 4) rechazar cualquier propuesta hacia la unidad económica o monetaria. Esta resolución suponía una declaración evidente de cómo salvaguardar los intereses británicos, y del deseo de que el poder fuese devuelto a la nación-estado.

En 1980 el partido volvió a querer retirarse de la CE y manifestó que esta propuesta se llevaría a cabo cuando los laboristas accediesen de nuevo al gobierno, lo que fue un motivo más para que el sector de la derecha liderado por Jenkins y Owen abandonase la formación

política y fundase el Partido Socialdemócrata. En el manifiesto de 1983 se propuso de nuevo la retirada, pero la debacle electoral que sufrieron provocó que el nuevo líder N. Kinnock propusiese una política de new realism haciendo hincapié, más que en la retirada, en las formas en las que el partido trataría de cambiar la CE desde dentro.

Poco después, en el Manifiesto de la Federación de Partidos Socialistas de la CE, los laboristas manifestaron su apoyo a las medidas expansivas para crear puestos de trabajo. Este cambio fue liderado por Stuart Holland que coordinó el proyecto Para salir de la crisis (12) (Out of crisis) en el que pedía una respuesta coordinada de los partidos de izquierda para toda Europa. El nuevo liderazgo de Kinnock que intentaba renovar el partido subrayaba la necesidad de coordinar una acción europea para afrontar el desempleo y asegurar una zona libre de la acción de armas nucleares. Con esto se abrió una etapa de mayor colaboración, pero aun así el laborismo no adoptó en 1985 la declaración de la Federación de los Partidos Socialistas de la CE, y esto demuestra su rechazo a la integración supranacional.

No obstante bajo la dirección de Kinnock los socialistas británicos han abandonado sus miras instrumentales respecto de la Comunidad y han alejado su miedo a la pérdida de la soberanía nacional, observan a Europa como su espacio político y económico natural, sin necesidad de que esto se contraponga a sus relaciones con la Commonwealth, y en ese sentido durante estos últimos años se han identificado plenamente con los planteamientos de los otros partidos socialistas europeos lo que les ha acarreado una victoria contundente sobre los conservadores en las últimas elecciones europeas.

## EL PARTIDO SOCIALISTA ITALIANO

Featherstone afirma que los socialistas italianos fueron los primeros en discutir las ideas sobre la unidad europea y que ya antes de la I Guerra Mundial, mientras los socialistas de todas partes entablaban acaloradas discusiones entre nacionalismo o patriotismo e internacionalismo, el PSI abogaba por una opción europea, un plan de paz y el desarme, pensando que de esta manera disminuiría el riesgo de guerra, sobre todo si progresaba el federalismo. Tan unánime ha sido siempre la actitud de los socialistas italianos respecto a Europa que, aun en el mismo momento de su división interna en el congreso de 1947, todos apoyaron la idea de la unidad europea y rechazaron su adscripción a cualquiera de los dos bloques.

Pietro Nenni, que fue uno de los líderes indiscutibles del PSI hasta su muerte, pensaba que si Italia se aliaba con cualquiera de los dos bloques contribuiría a una mayor rigidez en las relaciones de la vida política doméstica de los partidos. Para él Italia tenía que formar parte de un bloque neutral y rechazaba a priori el anticomunismo, manteniendo buenas relaciones con la URSS. Por su colaboración con el Partido Comunista Italiano el PSI fue expulsado de la Internacional Socialista en 1949 y no volvió a ella hasta 1966, el año en que se fusionó de nuevo, aunque por breve tiempo, con el Partido Socialdemócrata de Saragat. Fue este último quien tuvo una postura más europeísta en estos primeros años de la postguerra, apoyando el Plan Marshall en 1948 y comprometiéndose en el congreso de 1949, a trabajar con otros partidos socialistas, para alcanzar una Federación Europea (13).

Mientras tanto el PSI y el PCI atacaron a la OTAN y al Consejo de Europa por ser instituciones cuya finalidad era esencialmente mantener la división de Europa en dos bloques y favorecer la hegemonía americana. El Plan Schuman fue interpretado en el PSI como un intento de vincular la producción industrial de Occidente con los planes de rearme del gobierno americano, y se opusieron también al Plan para la Defensa de la CE que suponía el rearme de Alemania. Además, Nenni pensaba que el Mercado Común se convertiría en una zona de libre cambio más que en un medio para establecer una política económica y social nueva que evitase el empobrecimiento de las zonas más desfavorecidas. Todo esto llevó a que en 1957, cuando se celebró la votación parlamentaria para aprobar el ingreso de Italia en la CE, los socialistas se abstuviesen mientras los comunistas votaban en contra. A su vez la postura sindical era un tanto confusa. La UIL siguió siempre los dictámenes del partido socialista, apoyando la integración, mientras la CGIL se había opuesto a la integración, pero cuando tuvieron que afrontar los tratados económicos se manifestaron a su favor, contra la opinión del PCI, quizá convencidos de los beneficios que estos tratados podrían reportar a la industria italiana.

El primer cambio significativo de actitud en el PSI se produjo en el Congreso de Milán de 1961, pues aunque la izquierda y la derecha del partido se encontraban divididas sobre este tema Nenni afirmó que se debería prestar mayor atención a Europa participando en los movimientos europeos y estando presentes en las instituciones políticas y económicas a las que Italia debería estar asociada. Nenni

pedía una acción coordinada y unitaria en relación con los movimientos de los trabajadores en la CEE y una iniciativa común de las fuerzas socialistas y sindicales organizadas en los seis países comunitarios. Este cambio suponía que Europa era considerada como una esfera legítima para la acción internacional y una alternativa posible a Washington y Moscú (14). La ruptura con el PCI, la posibilidad de formar un gobierno de centro izquierda y la reunificación con el PSDI de Saragat reforzaron esta postura.

A partir del congreso de 1964 en Milán el PSI apoyó la entrada del Reino Unido, Irlanda y Dinamarca y respaldó las elecciones directas al Parlamento Europeo. Cuando el partido se unificó con el PSDI propuso un plan económico europeo, como medio para acabar con las desigualdades regionales y sociales promoviendo el progreso técnico y científico, garantizando el pleno empleo y controlando los monopolios.

En 1972 De Martino fue elegido secretario general y propuso una estrategia de alianza con el eurocomunismo del PCI. El Congreso de 1976 respaldó esta estrategia pero las elecciones convocadas para ese mismo año fueron un fracaso y De Martino renunció al cargo siendo sustituido por Craxi que desplazó la política de los socialistas hacia la derecha de tal manera que su postura europea no se diferenciaba apenas de la del PSDI (15).

Craxi ha sido partidario de la plena integración europea, rechazó un proceso a dos velocidades, según el nivel de desarrollo de los países integrados, fue partidario de la ampliación a los doce miembros actuales, de la planificación económica, de la democratización en la industria y del pleno empleo. Cuando llegó al poder dió su adhesión total al borrador del tratado sobre la Unión Europea, y con el PSDI formuló el Manifiesto de la Federación Socialista para las elecciones al Parlamento Europeo de 1984. En 1985 jugó un papel muy importante en la cumbre de Milán, en las discusiones sobre la Unidad Europea, proponiendo un tratado que extendiese las competencias de la CE, reforzase la Comisión y formalizase la coordinación de la política exterior. Craxi también mostró su compromiso con el atlantismo aceptando la necesidad del despliegue de los misiles Cruise y Pershing para mantener el equilibrio de fuerzas en Europa, y recientemente ha insistido en el eurosocialismo porque sus contactos con los otros partidos socialistas europeos más poderosos le han ayudado en la política interna.

#### EL PARTIDO SOCIALISTA OBRERO ESPAÑOL

En este grupo de cinco países, los socialistas españoles han sido una excepción debido a las circunstancias políticas por las que atravesaron en la dictadura. El régimen de Franco después de la ruptura de su aislamiento internacional intentó directa o indirectamente recabar su reconocimiento por parte de la Comunidad Europea. En 1962 pidió la integración que le fue denegada, pero en 1970 firmó un tratado comercial con la CEE. Ya después de la



muerte del dictador, en 1977 España entró a formar parte del Consejo de Europa, se firmó la carta de los Derechos Humanos y el Presidente Suárez formuló la petición de ingreso. El ingreso en la Alianza Atlántica se hizo en el año 1982 bajo el mandato de Calvo Sotelo y con la oposición del PSOE que en la campaña electoral de ese mismo año se comprometió en su programa a convocar un referendun tan pronto alcanzase el poder.

Cuando el PSOE accedió al gobierno del Estado cambió de criterio y, al convocar el referendun al que se había comprometido, pidió el voto afirmativo a los electores para integrarse en la estructura no militar y por una defensa que no utilizase armamento nuclear, alineándose así con países como Francia o Grecia, países así mismo no integrados en la estructura militar. Desde el punto de vista económico el ingreso de España en la Comunidad tropezaba sobre todo con los problemas de agricultura y pesca que afectaban a la economía francesa, de ahí que los propios socialistas franceses se negasen a la entrada española lo que llegó al extremo de que la delegación española se retirase del Congreso que los socialistas galos celebraron en Bourg-en-Bresse en 1983, por la discrepancia y desacuerdo que se puso de manifiesto sobre la ampliación de los miembros. Sin embargo, precisamente siendo Mitterrand presidente del Consejo de ministros de la CE fue cuando se decidió fijar enero de 1986 como la fecha definitiva del ingreso.

El PSOE deseaba entrar a formar parte de Europa lo antes posible no sólo por motivos económicos sino también políticos ya que supondría un factor de estabilización democrática y un punto de no retorno. Su relación con los otros partidos socialistas europeos facilitó esta entrada.

Inmediatamente después apoyó la Unión Europea y en 1985 firmó el Acta Unica con una salvaguarda en el apéndice que trataba de proteger su débil economía doméstica. En el programa electoral de 1986 se comprometió a trabajar por la organización del mercado interior fundamentándolo sobre criterios de cohesión económica, a fin de alcanzar un reequilibrio entre los países de la CE y reformar las medidas que tratan de promover el desarrollo de las regiones más periféricas.

## 6.2. Los últimos pasos para la unidad europea.(16)

La II Guerra Mundial supuso una conmoción general en el ánimo de la mayoría de la clase política y de los ciudadanos europeos; tan profundo fue el derrumbamiento moral en todos los países que poco después se extendió un hondo deseo de sustituir el sistema europeo de estados-nación rivales por una nueva forma de afrontar la política del Viejo Continente, de tal manera que los europeos se convirtiesen en ciudadanos hermanos. Cuando se elaboró el Plan Schuman en 1950, que tuvo como resultado la Comunidad Europea del Carbón y el Acero, fue presentado como un primer paso para poder constituir en el futuro la Federación Europea, pero cuando en 1954 se intentó proyectar la Comunidad Política, basada en fuerzas de defensa integradas, y fue derrotada en el Parlamento francés, se vieron claramente las dificultades

que todavía tendría que sortear este gran proyecto hasta convertirse en realidad.

Durante los primeros veinte años del proceso ha dado la impresión de que los diversos estados han considerado la constitución de la CE como algo que estaba "fuera de ellos" y no como parte intrínseca de su propia constitución y esencia, conscientes de que las "leyes nacionales" estaban por encima de los acuerdos comunes. Sólo al principio de los años 70 cuando, con la supresión del veto francés al ingreso de Gran Bretaña, en la cumbre de La Haya de 1969, y la consiguiente ampliación de la Comunidad a otros miembros, se dió un vuelco a los objetivos puramente económicos y comerciales para caminar más allá hacia metas netamente políticas. Y ha sido en la década de los años 80, con la segunda ampliación, cuando se ha clarificado todavía más la unidad europea a la que unos estados se están adaptando más rápidamente que otros, que todavía temen por el estatus de su soberanía nacional.

La Comunidad Europea se puede convertir en pocos años en un gigante económico, en algunos aspectos mucho mayor que Estados Unidos. Con sus 320 millones de habitantes, frente a los 275 de la Unión Soviética, los 234 de Estados Unidos y los 119 de Japón, la CE tiene un Producto Nacional Bruto y una cuota de comercio internacional de mucho mayor que los EEUU convirtiéndose en el mayor socio comercial del mundo. Sus exportaciones de artículos manufacturados representan el 26 por cien de los de la OCDE frente al 14 por cien de los EEUU y el 17 por cien del Japón, y su participación en la exportación mundial de servicios es aún mayor. Se espera que el comercio dentro de la CE alcance el 10 por cien del comercio mundial, como resultado del mercado único, y que las exportaciones alcancen un nivel similar generando un superávit en la balanza comercial de cerca del 1 por cien del PNB de la CE. Desde 1983 Europa tiene un superávit en el comercio de mercancías frente a los Estados Unidos, que alcanzó los 23.000 millones de dólares en 1987, aunque conviene tener presente que en este aspecto Alemania tiene un gran

protagonismo ya que en ese mismo año Alemania Federal tenía un superávit comercial con el resto del mundo de 70.000 millones de dólares, lo que la coloca como el mayor exportador del mundo. El estudio de Cecchini sobre la Europa del 92 sugiere que el Mercado Unico Europeo aumentará el PNB de la CE en un 5 por cien, utilizando como base 1988 y creará cinco millones más de puestos de trabajo, los costos bajarán y aumentará la competitividad, y en general se espera un aumento espectacular de los beneficios que, según Jacques Delors, se derivarán como efecto desencadenante de gestionar en conjunto la evolución de cuatro cuestiones clave: la moneda, la tecnología, la dimensión social y la política exterior.

### El desarrollo político

No podemos transcribir en estas breves páginas una historia completa de lo que han sido todas las circunstancias, enfrentamientos, polémicas, acuerdos y desacuerdos por los que ha atravesado la constitución de la Comunidad Europea en su conformación actual. Pero dado que en estos últimos años de la década de los 80 el proceso ha sufrido un cambio considerable en su evolución y aceleración, de tal manera que apunta ya hacia un final

constitucional, vamos a resumir brevemente los últimos y definitivos tramos hacia esa unidad de los pueblos de Europa partiendo de su conformación actual. Dejamos de lado los últimos acontecimientos acaecidos en los países del Este que, aún siendo de crucial importancia, no cambiarán sustancialmente la estructura institucional de la CE aunque sí que pueden fortalecerla considerablemente, al convertirse la Europa comunitaria en polo de atracción de toda una serie de estados de la Europa central y oriental como Polonia, Hungría o Checoslovaquia.

Los principales acontecimientos de esta última fase han sido los siguientes: a) el acuerdo de 1984 sobre la aportación presupuestaria británica, que puso de nuevo en entredicho su participación ; b) el fortalecimiento del poder de las instituciones de la CE que desembocó en el borrador del Tratado de la Unidad Europea; c) el acuerdo de Luxemburgo sobre el Acta Unica de 1985, para alcanzar una Europa sin fronteras en 1992; y d) el acuerdo que aumentó considerablemente los recursos presupuestarios, duplicando el volumen de fondos, impuso restricciones a los gastos de la política agraria, aprobó normas de disciplina financiera y, por último, dio la entrada definitiva a España en enero de 1986.

El fortalecimiento de las instituciones ha sido también un camino muy lento. Durante muchos años no se había hecho ningún progreso hacia una mayor integración comunitaria, los últimos pasos de mayor importancia que se dieron fueron las elecciones directas al Parlamento en 1975 y la creación del sistema monetario en 1978-79. Faltaba todavía el objetivo final de la unión europea, que suponía una política exterior común, mayor cohesión en la política económica interna, un acuerdo compartido sobre el sistema de seguridad, mayor armonización jurídica y legal y mayor cooperación científica y cultural (17). La iniciativa fue tomada por el Parlamento Europeo que propuso el borrador de un tratado para establecer esta unión después de las primeras elecciones directas de 1979. El grupo de parlamentarios que protagonizó esta iniciativa consiguió el apoyo de la mayoría del Parlamento y el borrador del tratado se aprobó en febrero de 1984 con una votación de 237 votos a favor, 31 en contra y 43 abstenciones. Este fue uno de los principales logros de las primeras elecciones directas.

A pesar de que la mayor parte de la población europea consultada ha sido siempre favorable a la unidad, el proceso ha tenido muchos obstáculos y paradas. Sólo en 1984 cuando Mitterrand europea, llegó a la presidencia sufrió un impulso decisivo. Gran Bretaña trató de evitar este paso, pero se creó un Comité Ad Hoc que comenzó a trabajar estableciendo una serie de prioridades convergentes como la creación de un área económica interna, la promoción de los valores de la civilización y la búsqueda de una identidad externa. Para ello se recomendó convocar una conferencia de los representantes de los gobiernos que eran miembros para negociar el tratado del Acta Unica, y esta línea recibió la aprobación francesa. La primera vez que se fijó la fecha de 1992 para la puesta en marcha del Acta Unica fue en un discurso del Presidente al Parlamento Europeo en enero de 1985 y entonces los gobiernos pidieron a la Comisión que confeccionara un programa detallado con un calendario explícito

para la reunión de junio. En todas estas negociaciones del Acta Unica se perfilaron claramente dos grupos de países con criterios diferentes. Por un lado los franceses, italianos, holandeses, belgas, luxemburgueses y alemanes que perseguían cambios ambiciosos en las instituciones comunitarias y por el otro los británicos, griegos y daneses que no deseaban ir tan deprisa. Los británicos consiguieron al final que no se firmase un nuevo tratado que abrogase el de Roma y que se siguiese un sistema de intereses convergentes y de buena voluntad política. Con la aprobación del Acta Unica en 1985 los gobiernos consiguieron ponerse de acuerdo sobre una serie de obligaciones mínimas que afectarían a todos por igual, de manera que se evitaba el peligro de poner en marcha una Europa a dos velocidades en la que un grupo de países se descolgasen de las principales decisiones políticas. Tal y como se venía afirmando desde comienzos de los años 70 la unificación podía permitir a Europa , como entidad distinta, establecer una posición común en los asuntos mundiales. Se subrayaba la idea de que las posiciones comunes deberían constituir el punto central de referencia de las diferentes políticas nacionales. Se señalaba también la necesidad de coordinar las posiciones de los miembros en los aspectos económicos, políticos y de seguridad, se hacía referencia a la capacidad de los Diez para actuar como interlocutores con los estados terceros y de presentar criterios comunes en las reuniones internacionales que trataran cuestiones relacionadas con la cooperación política europea.

Una de las cuestiones más importantes es el desarrollo de las instituciones y su nivel de integración. En las discusiones que mantuvieron el Reino Unido y Francia sobre la importancia de este tema Jacques Delors subrayó

que en los próximos años la Comunidad sería responsable del 80 por cien de toda la legislación de los doce países miembros y que poco a poco irá formándose un embrión de gobierno europeo en el seno de un Parlamento que cada vez adquirirá mayor protagonismo (19)

El Parlamento Europeo se creó en 1958 y tomó el nombre de Asamblea como característica de una cámara donde se exponen y discuten los temas pero sin casi ninguna autoridad respecto al poder ejecutivo. Se trataba de una institución débil a la que no se accedía por elección directa sino que sus miembros eran nombrados entre los parlamentarios nacionales. Hasta los años 80 el Parlamento carecía de la mayoría de los atributos de que gozan las democracias liberales europeas. Sus poderes legislativo, ejecutivo y presupuestario eran muy limitados como también su capacidad para cumplir las funciones informativas, comunicativas, representativas y de legitimación. Sin embargo su influencia se extendía más allá de sus poderes constitucionales influyendo en las decisiones políticas de la CE. Durante años ha jugado el papel de foro de opiniones, discusiones y propuestas, generando una conciencia europeísta en los estados miembros. Pero las decisiones eran el resultado de un diálogo entre la Comisión y el Consejo. La política era considerada como el resultado de una Comisión supranacional que proponía la legislación a un Consejo que deliberaba y decidía las medidas que se debían adoptar (20). Poco a poco el Parlamento ha tomado mayor protagonismo, sobre todo a partir de las primeras elecciones directas de 1979, aunque no ha sido considerado asamblea legislativa en sentido estricto hasta



hace muy poco y su nombre como tal no ha sido oficial hasta 1987. Al Parlamento acompañan como instituciones más representativas el Tribunal de Justicia, árbitro e intérprete de la legislación de la Comunidad, el Consejo Europeo como árbitro político, el Tribunal de Auditores como inspector de las finanzas comunitarias y el Banco de Inversiones.

Aunque el Acta Unica no es un documento de carácter federalista, sin embargo ha sido calificada por algunos como parte de una fase federalista que se refleja en el aumento del poder del Parlamento, en la pérdida de protagonismo del Consejo y en el papel federal del Tribunal de Justicia. Como afirma Lodge, no se puede establecer un paralelismo directo entre la CE y los sistemas nacionales; la CE no es un Estado . Pero la idea federal de una doble ciudadanía es pertinente en el debate sobre la Unión Europea y sobre el papel que puede jugar en su seno un parlamento europeo elegido democráticamente. La idea de que la identidad colectiva se alcanza a través de su expresión parlamentaria sigue teniendo fuerza (21). Además, conceder a los ciudadanos el derecho a votar en las euroelecciones es un paso en el proceso diseñado para explicar lo que significa la ciudadanía en la CE. Las euroelecciones de 1989 han sido las primeras en tener una campaña electoral común para que los doce estados eligiesen a los miembros del Parlamento Europeo, pero todavía quedan algunos detalles para que este proceso sea uniforme.

#### El desarrollo económico

La CE carece de un plan económico global y la atención del Mercado Común se ha centrado principalmente en

la eliminación de las barreras del comercio y otras formas de discriminación económica que podrían afectar negativamente al comercio interior de la propia Comunidad. No existe por tanto ningún consenso sobre los objetivos macroeconómicos de la Comunidad. Lo que sí se ha puesto en práctica son una serie de instrumentos económicos para evitar acciones nacionales que deformen la estructura competitiva del mercado, como las barreras arancelarias, las ayudas estatales, o para facilitar el intercambio, como el Sistema Monetario Europeo, el Banco Central o la moneda común.

El artículo segundo del Tratado de Roma establece los objetivos de la CE: "la promoción de un desarrollo armonioso de las actividades económicas, una expansión continua y equilibrada, un aumento de la estabilidad, un crecimiento acelerado de los niveles de vida y unas relaciones más estrechas entre los estados miembros". Esto supone una política macroeconómica coordinada y estable que debería llevar a la armonización del proceso fiscal, una política monetaria común que lleve a la plena unión monetaria y una política comercial que evite el proteccionismo. También carece de política industrial, pero se ha dotado de instrumentos a través de los cuales puede alcanzar objetivos, como la armonización de las leyes, la liberalización del comercio, y otros mecanismos que tratan de hacer frente a los sectores industriales que están en crisis. La armonización se ha descrito a menudo como la clave para la creación de la unión aduanera, y las modificaciones al artículo 100 del Tratado de Roma en el Acta Unica van dirigidas a hacer más eficaz el mercado interno. Pero si exceptuamos los sectores de la industria textil y del acero resulta muy difícil todavía ensayar estrategias industriales

comunes y racionalizadoras. Si a esto añadimos la escasa efectividad de las políticas regionales y los problemas que nacen de la ausencia de una política industrial global encontraremos la causa que llevó a diversos gobiernos a buscar el fortalecimiento del Sistema Monetario Europeo y a reclamar una acción más eficaz hacia la creación de un espacio económico más armónico y coordinado.

En la década de los años 80, con la tercera revolución industrial basada en la microelectrónica y las tecnologías de la información, Europa tomó conciencia de que las empresas japonesas y americanas eran muy superiores a las europeas en las nuevas tecnologías, mientras que en la producción más convencional algunos países asiáticos recientemente industrializados le hacían una competencia feroz. Este miedo al retraso europeo y su falta de dinamismo se imputó a la fragmentación de la economía europea debido a la existencia de múltiples mercados nacionales. De ahí que una de las soluciones más importantes para hacer frente a esta competencia se viese en la desaparición de las barreras aduaneras y la formación de un mercado único, el libre tránsito de mercancías, trabajadores, servicios y capital, poniendo una fecha definitiva a estas barreras en 1992 debido al elevado coste que supone este obstáculo administrativo. El Informe Cecchini ha valorado el impacto global de la unidad económica, porque el crecimiento de la CE no solamente está obstaculizado directamente por trabas microeconómicas, como las barreras no arancelarias, sino que también lo está por obstáculos macroeconómicos que actúan a nivel de la economía general en los siguientes capítulos: 1) las finanzas públicas que siguen produciendo una excesiva presión

alcista en los tipos de interés a largo plazo, con lo cual penalizan la inversión productiva, la actividad comercial, el crecimiento futuro y las perspectivas de empleo; 2) la tecnología en la industria convencional pierde constantemente mercados en favor del Japón y Estados Unidos; 3) la inflación sigue ensombrecimiento el pronóstico sobre el crecimiento económico; y 4) el desempleo continúa siendo una amenaza si no se crece económicamente. Todas estas limitaciones se suavizarán con la integración del mercado en la CE (22).

Otro de los retos fundamentales que se le presentan a Europa en este final de siglo es el de la creación y asimilación de las nuevas tecnologías. Con la pérdida de importancia de las empresas nacionales y el protagonismo de las multinacionales la guerra de la competitividad se sitúa en el escenario internacional, como han subrayado una multiplicidad de autores. La CE, que ya se percató de este problema en el primer proyecto de Monnet, ha salido al paso con el proyecto ESPRIT (Programa Estratégico Europeo para Investigación y Desarrollo en Tecnología de la Información) y el EUREKA (Agencia de Coordinación Europea de la Investigación). La primera idea del ESPRIT fue desarrollar un programa estratégico europeo basado en la colaboración entre las mayores empresas europeas y sus homólogas más pequeñas, las universidades y los centros de investigación. Este programa fue dotado a finales de 1982 con 11,5 millones de Ecus, y la segunda fase que comenzó en 1987 tuvo un presupuesto de dos billones de Ecus, destinados prioritariamente a la microelectrónica, sistemas de proceso de innovación tecnológica y tecnologías aplicadas. De esta manera el programa ha servido de canal de cooperación y ha

generado expectativas para afrontar la competencia que viene del Japón y EEUU. Por su parte EUREKA, a diferencia de la iniciativa americana dedicada a hacer un esfuerzo en el campo de la defensa, es primordialmente un programa de investigación civil y comprende diversos programas de grandes ordenadores, la tercera generación de la robótica, empresas automatizadas, redes de investigación y equipamiento y la integración de altas tecnologías en las empresas. Para completar estos y otros programas se lanzó el COMMET en 1987 cuya principal finalidad es la preparación educativa y el aprendizaje de las tecnologías más avanzadas dado el número relativamente escaso de especialistas con los que cuenta Europa en comparación con países más adelantados.

No hay que olvidar que la tecnología es el proceso de innovación que, antes que cualquier otro fenómeno, ha roto todas las fronteras y constituye una de las partidas más importantes del déficit o superávit comercial de muchos estados. Esta situación ha llevado en los últimos años a que algunos países elevasen considerablemente el porcentaje de PNB dedicado a investigación y desarrollo, con el fin de alcanzar una mayor independencia de los países tecnológicamente más avanzados que penetraban los mercados más débiles a través de sus empresas multinacionales. Por esto uno de los acuerdos más firmes entre los países de la CE ha sido la promoción de su programa de innovación tecnológica. Aun así el gasto público americano dedicado a este concepto aventaja al europeo de EUREKA en una proporción de cien a uno.

### El desarrollo social

La entrada en la CE de los países del Sur y, sobre todo, de los más pobres añadió una nueva dimensión a los problemas de la unidad, se trataba de la dimensión social. La libre circulación de mercancías y personas podía ir en detrimento de las regiones más pobres y de los sectores de población más desprotegidos. Algunos gobiernos como el griego, el español y el portugués pidieron añadir declaraciones separadas al Acta Unica, argumentando que el progreso hacia el mercado único no debería perjudicar a los sectores sensibles y vitales de su economía y exigían medidas para reequilibrar las regiones más pobres. Desde julio de 1988 hasta finales de 1989 la presidencia del Consejo de Ministros y de la Comisión estuvo en manos de estos países y de Francia, que estaban presididos por los socialistas. A comienzos de 1988 Papandreu señaló que se ocuparía especialmente de la dimensión social del mercado interior, y en mayo de 1988 Mitterrand declaró que la principal prioridad francesa sería la creación de un espacio social unificado. Así pues, la igualdad social, la mayor protección de los trabajadores y el desempleo eran temas que preocupaban a los gobiernos del sur de Europa y en especial a los que estaban gobernados por los socialistas.

Ahora bien, en el Tratado de Roma la política social había ocupado un lugar muy secundario de tal manera que sólo se aludía a ella en la constitución de la CEE como un instrumento para mejorar las condiciones de vida y de trabajo. El artículo 117 obliga de manera general a los gobiernos a promover mejoras para capacitar a los trabajadores a participar en los beneficios que se esperan de la

integración económica. El Acta Unica sin embargo va más lejos al darle a la Comisión la responsabilidad de diseñar propuestas para utilizar los fondos estructurales (incluyendo los fondos sociales), para reducir las diferencias regionales y el atraso de las regiones más desfavorecidas.

A mediados de 1980 la Comisión adoptó cuatro nuevas disposiciones ejecutivas para simplificar y reformar los fondos estructurales. Estas disposiciones definen las áreas de trabajo de los tres fondos (Fondo Social Europeo, Fondo de Desarrollo Regional Europeo y FEOGA), la coordinación entre ellos y el Banco de Inversión Europeo. Los tres fondos son instrumentos importantes en sus sectores, pero la división de la política sectorial entre ellos ha perjudicado su efectividad potencial. Por lo cual era tan importante interrelacionar sus redes respectivas como ir por pasos para racionalizar y focalizar sus actividades sobre una base coordinada, con el fin de aportar la máxima cantidad de ayuda disponible para hacer frente a los problemas existentes. El problema central de la falta de fondos no fue tratado efectivamente hasta febrero de 1988 cuando el Consejo Europeo acordó multiplicar por dos los fondos en 1993. Desde entonces, la Comisión ha propuesto ya una serie de objetivos coordinados para aplicar estos fondos, reservando cinco áreas principales de interés que son: 1) el desarrollo estructural y el ajuste de las regiones más pobres; 2) la reconversión de las regiones, que incluyen las áreas de empleo y las comunidades urbanas afectadas seriamente por el declive industrial; 3) combatir el paro de larga duración; 4) la integración profesional de la juventud; 5a) el ajuste de las estructuras agrícolas; y 5b) el desarrollo de las zonas rurales.

El objetivo global de todo esto es asegurarse que la asistencia se dirige a las zonas de mayor necesidad de modo efectivo y estable. En 1983 el Consejo de Ministros decidió que un 70 por cien del Fondo Social Europeo debería ir a parar a los trabajadores en paro menores de 25 años. Desde entonces la Comisión responsable de la determinación de las líneas directrices del Fondo Social Europeo para un período de tres años, ha puesto el énfasis en la tecnología y se ha asegurado de que los fondos vayan dirigidos, cada vez más, a las zonas en las que pueden tener mayor impacto. En 1987 y 1988, introdujo nuevas directrices para asegurar que los recursos irían a las zonas con el más alto índice de desempleo y con menor Producto Interior Bruto, y a las zonas de reestructuración industrial.

Juliet Lodge (23) señala que la política social de la Comunidad Europea no ha tenido nada que ver directamente con la variedad de cuestiones que connota el término "política social" en muchos estados de Europa occidental. No se trata de un esquema generalizado para la consecución del bienestar social, ni tampoco está diseñada como un medio para armonizar los sistemas de seguridad social ni de nivelar las cargas de la seguridad social entre los estados en un período de tiempo determinado, como pidió Francia al principio. Su objetivo era más bien mitigar y minimizar los problemas económicos surgidos a raíz del cambio estructural. Para conseguir esto sus principales objetivos son la mejora de las condiciones de vida y de trabajo; la promoción de la cooperación entre los estados miembros en materia de desempleo, legislación laboral y condiciones de trabajo; una formación profesional básica y avanzada; seguridad social; prevención de los accidentes y las enfermedades laborales; higiene laboral; el derecho de asociación y negociación colectiva entre la patronal y los trabajadores (Artículo 118); igualdad de salarios (y otras consideraciones "en dinero o en especie", Artículo 119); y la promoción de la equivalencia entre los esquemas existentes de vacaciones pagadas. Las operaciones del Fondo Social forman parte de estos objetivos y los esquemas



específicos han sido creados, con el tiempo, para destinar los fondos a ciertos grupos de trabajadores menos privilegiados, formados por mujeres, trabajadores sin cualificación, menores de 25 años, parados de larga duración, aquellos que necesitan reciclaje profesional y los minusválidos.

El Fondo Social pretende también promover la formación más que la simple readaptación y reinstalación de los trabajadores; reciclar a estos desempleados para afrontar el progreso tecnológico y combatir el subempleo en la periferia. Además de esto la actuación del Fondo ha sido modificada para dirigir los recursos a las zonas de mayor necesidad y para coordinar más adecuadamente los proyectos en vez de dirigirlos a los estados que más persisten en pedirlos.

Por su parte los sindicatos, incluso en las empresas multinacionales, no habían conseguido todavía movilizarse a nivel internacional, nacional o de Comunidad Europea. En su mayoría, con la excepción de la Confederación Sindical Europea, no parecían tener una estrategia decidida para 1992. La dimensión social del Mercado Unico Europeo les planteaba además problemas muy importantes como los salarios, el empleo, el entorno laboral, las normas y los dumpings sociales; en resumen, los temas clave en las relaciones industriales. A la luz de estos hechos el discurso

de Jacques Delors en la Confederación Sindical de 1988 tuvo un significado especial para ellos.

En este congreso que se celebró en Estocolmo, en junio de 1988, Delors argumentó que el Mercado Unico Europeo debería incluir la garantía de mantener los derechos sociales y las libertades sindicales. En la cumbre de Hannover dijo que el Consejo Europeo debía confirmar que la dimensión social del Mercado Unico Europeo tendría la misma prioridad que otros objetivos del Acta Unica.

Además el debate sobre la dimensión social del Mercado Unico Europeo revela la continuidad en política social y en relaciones industriales de asuntos como : la naturaleza, el contenido, la frecuencia y el destino de la información que la empresa ha de dar a los representantes de los trabajadores. Es particularmente conflictiva la cuestión de si a los trabajadores se les debe dar o no información sobre las intenciones de la empresa antes de tomar decisiones que les afecten a ellos.

Sin embargo a corto plazo ha sido la tercera área de la dimensión social la que ha despertado mayor ansiedad política: el establecimiento de un sistema europeo de relaciones industriales. La Comisión ve la cooperación entre la dirección de la empresa y los representantes del trabajo como algo esencial para el éxito del Mercado Unico Europeo.

En diciembre de 1988 ambos interlocutores emitieron una Declaración Conjunta que pretendía mantener "la actual tradición de diálogo entre los interlocutores sociales". Los esfuerzos de la Comisión por subrayar la dimensión social y por relanzar el diálogo social

culminaron en septiembre de 1988 con la aparición del documento " Dimensión Social del Mercado Interior". A iniciativa de Jacques Delors en enero de 1989 se acordó formar un grupo piloto a nivel político entre la Comisión, UNICE y la Confederación Sindical Europea en quienes se confió para estimular el diálogo social que debe continuar a nivel regional y sectorial.

Hacia el final de la década la Comisión ha fijado la agenda para los años 90, identificando y enumerando alrededor de 80 medidas específicas en varios campos de la política social, y ha empezado a trabajar en las cuatro áreas de la dimensión social de la Comunidad Europea necesarias para la consecución del Mercado Unico Europeo: libre tránsito de personas, cohesión económica y social, desempleo y diálogo social.

La ambición de crear una Europa de los Pueblos no puede sustentarse simplemente con símbolos de pertenencia, por muy atractivos y diversos que sean. Es necesario completarlos con ventajas tangibles que afecten directamente a los niveles de vida de los ciudadanos y con oportunidades para beneficiarse del Mercado Unico Europeo.

### 6.3. Los sindicatos y la CE (24)

Ya hemos visto, en capítulos anteriores, que los sindicatos, a diferencia de algunos partidos socialistas, vieron el Plan Schuman para establecer la Comunidad Europea del Carbón y el Acero (CECA) con un interés creciente, puesto que el plan implicaba a más de dos millones de trabajadores que quedaban afectados por los cambios estructurales que conllevaría el establecimiento de este amplio mercado. El comité para el Plan Schuman, establecido por el Internacional Committee of Free Trade Union, valoró como su tarea más importante la coordinación de las actividades entre los gobiernos y las delegaciones sindicales con la finalidad de clarificar el papel de la máxima autoridad en la Comunidad, en particular respecto a la política social y al empleo, y para asegurar la participación viable de la ICFTU en las fases preparativas del proyecto.

A su vez los sindicatos también fueron considerados por Monnet como miembros activos del Comité de Acción para los Estados Unidos de Europa desde su fundación, debido a su actitud proeuropea históricamente comprobada. No obstante ejercieron muy poca influencia en los preparativos para el Tratado de Roma como consecuencia de su escaso poder en el curso de los acontecimientos. Además tanto los sindicatos socialistas como los demócratacristianos se organizaron en estructuras separadas sin ningún tipo de coordinación entre ellos, y los comunistas llegaron a constituir en 1957 una comisión antiintegracionista para

luchar contra la Europa de los monopolios. Sólo a finales de la década de los 60, cuando se produjo un cambio de actitud gubernamental, respecto a la función de los sindicatos, sobre todo en Francia y Alemania, comenzaron a cambiar las cosas lentamente. Los sindicatos socialistas establecieron una organización europea de trabajadores de los estados miembros de la CEE, la Confederación Europea de Sindicatos libres (ECFTU), mientras los demócrata-cristianos creaban también la Organización Europea de la Confederación Mundial del Trabajo (EO-WCL). Ambos organismos operaban con independencia de los sindicatos nacionales y centraban su atención solamente en los temas europeos. A su vez los comunistas obtuvieron por vez primera el reconocimiento de la Comisión y habían establecido su oficina en Bruselas. Con ello quedaban formadas y formalizadas las organizaciones de las tres corrientes sindicales europeas con mayor peso entre la clase trabajadora.

A comienzos de los años 70 comenzó a cambiar sensiblemente la actitud de los gobiernos respecto a las reivindicaciones sociales, puesto que cada vez era más importante asociarlas a los aspectos económicos de la CE, y en la cumbre de París de 1972 el Canciller alemán Willy Brandt subrayó que la justicia social y el progreso no deberían ser considerados por la Comunidad como un apéndice del crecimiento económico, y que una política social efectiva ayudaría a estimular el interés de los ciudadanos por la política y las instituciones europeas.

Poco después en febrero de 1973 tuvo lugar la asamblea constituyente de la Confederación de los Sindicatos Europeos (ETUC) que comprendía a unos 25 millones de trabajadores. En su constitución afloraron muchas de sus

divergencias políticas e ideológicas, insistiendo algunos de ellos en incluir la palabra "libre" dentro del nombre de la organización para diferenciarse de los sindicatos comunistas y en menor grado de los cristianos, reflejando una orientación claramente socialista, particularmente por su independencia política y financiera de los partidos y los gobiernos. La organización efectuó una declaración de principios muy general, en la que se decía solamente que debería representar los intereses sociales, económicos y culturales de los trabajadores a nivel europeo. Al comienzo tuvieron que afrontar una fórmula de consenso sobre temas muy diferentes y la tarea resultó especialmente difícil porque no podían evitar el condicionamiento de sus raíces ideológicas ni extrapolar los intereses nacionales. Los temas más importantes que monopolizaron las discusiones de sus congresos y el diálogo con las autoridades políticas fueron el desempleo y la democracia industrial, aunque también se discutió sobre política energética, igualdad de derechos y oportunidades o condiciones de trabajo. En 1973 se comenzó con 17 sindicatos miembros afiliados al ETUC, pero se llegó a doblar ese número en 1983, lo cual representaba unos 40 millones de trabajadores, siendo las agrupaciones de Alemania, Gran Bretaña e Italia las más numerosas puesto que solamente ellos contabilizaban el 50 por cien de los afiliados.

El ETUC ha priorizado siempre sus contactos con la Comisión como órgano que tenía capacidad para formular propuestas legislativas en la Comunidad, a fin de poder influir en sus decisiones, pero estas relaciones no dieron muchos resultados hasta que en 1977 se puso a la cabeza de la Comisión Roy Jenkins que institucionalizó este tipo de

encuentros, lo cual no impidió que surgieran profundas diferencias entre ambas instituciones, como por ejemplo cuando se trataron las medidas económicas que se deberían adoptar ante la crisis petrolífera, que los sindicatos consideraron lesivas para sus intereses. Sólo después, en 1981 se reabrió el diálogo cuando la Comisión fue encabezada por Gaston Thorn.

Cuando se formó el Parlamento Europeo y se acordó el acceso a la Cámara a través de elecciones directas, el ETUC decidió emprender dos tipos de acciones; la primera sería informar a los periodistas sobre la situación de los trabajadores y sus problemas en la Comunidad y sobre las decisiones tomadas por el Comité Ejecutivo, en cuanto se refería a las elecciones, y la segunda consistiría en redactar una serie de artículos y documentos en los que se reflejasen las posiciones del ETUC sobre toda una serie de temas de su interés como la política económica de la CE, los problemas de los emigrantes, la política energética, la política agrícola, el destino de los fondos sociales, la política ambiental, etc.

De todos estos capítulos, que ahora ya tenían carta de naturaleza propia en la plataforma reivindicativa de los sindicatos e incluso en la lista de preocupaciones y problemas de la política comunitaria, el único que se había estipulado en el Tratado de Roma para combatir el preocupante problema del desempleo, como ya hemos visto antes, era el Fondo Social Europeo (FSE), que pretendía aumentar las oportunidades de empleo para los trabajadores en el Mercado Común y contribuir de ese modo a aumentar el nivel de vida. El objetivo poner en marcha un mecanismo para compensar a las personas cuyo empleo estuviera amenazado por cualquiera de los cambios

estructurales que el Mercado Común podía generar en el período de su constitución. El Fondo sería administrado por la Comisión ayudada por un grupo de representantes de los gobiernos, de los trabajadores y de los empresarios de cada estado miembro.

El Fondo fue considerado el componente social más importante del Tratado y la piedra angular del edificio de la Seguridad Social Europea, pero estas expectativas no se correspondieron con la realidad, puesto que el alcance de la ayuda se limitó básicamente al reciclaje de los trabajadores que habían perdido su empleo debido a la reconversión industrial. De ahí que el ETUC no lo considerase un instrumento adecuado para fomentar las políticas de empleo, y además sus fondos (1,7 billones de ECUS en 1983) se consideraron insuficientes para la creciente demanda de reciclaje. Desde el punto de vista de los sindicatos, por tanto, el Fondo Social no estaba dotado para ser un instrumento de política de empleo.

Por otra parte cada vez se hacía mas evidente para los sindicatos que la estructura institucional consultiva de la CE no producía los resultados que se esperaban de ella, por lo cual trataron de fomentar otras vías de consulta y decisión que fuesen más eficientes como, por ejemplo, las reuniones tripartitas entre sindicatos, empresarios y Comisión. La primera de estas reuniones tuvo lugar en Bruselas en 1975. Hubo en ella un acuerdo considerable respecto a las causas y consecuencias de la crisis económica por la que atravesaba Europa, pero no sobre las medidas que se habían de tomar para superarla. La Comisión recomendó medidas expansionistas y el aumento de determinadas inversiones públicas sobre todo las que ayudasen a las necesidades prioritarias de la economía. Los sindicatos, sin embargo, a pesar de reconocer la necesidad que había de controlar la inflación eran partidarios de favorecer una política de reactivación económica rechazando que los salarios fuesen el factor más importante que impulsa la inflación, y apuntando hacia el control de los monopolios y los precios de los bienes básicos como medios



más efectivos para alcanzar la estabilidad de los precios. Además pusieron el acento en que el empleo debería ser protegido a través de la redistribución y reducción del tiempo de trabajo y con la imposición de medidas estrictas contra la utilización creciente de trabajo negro.

Así pues las diferencias eran patentes debido a la representación de intereses contrapuestos. Mientras los sindicatos luchaban por el pleno empleo los empresarios trataban de frenar el aumento del coste del trabajo y la intromisión gubernamental en los asuntos económicos, y aunque no se llegó a ningún resultado o acuerdo concreto todos estaban de acuerdo en que este tipo de reuniones era positivo puesto que posibilitaban el intercambio de criterios y puntos de vista.

De esta manera el movimiento obrero en su conjunto ha respondido muy tímidamente al reto de la formación de la Comunidad Europea. La creación del ETUC, como plataforma de representación de los intereses de los trabajadores, ha conseguido algunos logros sociales, entre ellos el no menor de unificar sus propias reivindicaciones y finalidades que, a lo largo del camino, se habían manifestado conflictivas sobre todo respecto a la CGT francesa y CCOO española, hasta que estos sindicatos abandonaron sus posiciones más radicales y se plegaron a un programa más pragmático y reformista. El ETUC ha forzado un creciente número de reformas en las instituciones europeas a nivel consultivo, ha tenido influencia en algunas políticas sociales que se han aplicado desde la CE y hoy día ya no se puede prescindir de su presencia y opinión en muchas de las decisiones que continuamente se toman en la Comunidad.

Ahora bien el continuo aumento del paro con la consiguiente pérdida del número de afiliados, particularmente en los procesos de producción extensivos, la destrucción de empleo por la incorporación de las nuevas tecnologías, el cambio de los procesos productivos y la flexibilización del mercado laboral han debilitado la fuerza de los sindicatos como agente negociador y esto les ha obligado a dirigir sus demandas y reivindicaciones hacia los respectivos gobiernos

nacionales. No hay que olvidar que el desempleo ha sido y continúa siendo una de las peores lacras sociales del mundo occidental desarrollado. El aumento del coste del trabajo en Europa, la asimilación de las nuevas tecnologías para poder competir en los mercados internacionales y otros factores de cambio en los procesos productivos han creado puestos de trabajo en el sector de los servicios pero han destruido millones de empleos en la industria tradicional, y en especial han discriminado a las mujeres y a los jóvenes. Para combatir el desempleo el ETUC ha propuesto como imprescindibles una serie de medidas como el aumento de la inversión pública, la reducción de la jornada laboral, la elaboración de políticas específicas y regionales, etc. Pero los sindicatos han visto que, durante estos últimos años, mientras la CE avanzaba en su marcha hacia el objetivo del mercado único con la liberalización de los movimientos de capitales y mercancías y la reestructuración de las empresas y los procesos productivos, quien pagaba la factura de todo este proceso eran los asalariados que carecían de una política concreta de

medidas sociales para hacer frente al deterioro de las condiciones de trabajo que se producía en determinadas zonas o a la carencia de determinados niveles de protección social.

En una reciente reflexión sobre la Europa Social se afirmaba que lo que se pretende con la política social es establecer derechos fundamentales a nivel europeo que no puedan ser vulnerados por una ley nacional, un convenio o un acuerdo de empresas. Se trata de asegurar garantías mínimas que impidan hacer de la precariedad, y la degradación de las condiciones de trabajo el instrumento principal de la competitividad, de establecer reglas nuevas que respondan a las situaciones inéditas que se derivan de un contexto económico internacional diferente. Se desea sentar las bases jurídicas que posibiliten paulatinamente la negociación de convenios colectivos de ámbito comunitario a nivel de empresa, grupos de empresa o sector. Si Europa desea diferenciarse de otros modelos político-económicos ha de ser precisamente por su diferente modelo social, un modelo que comprenda su tradición histórica y humanista (25).

Pero esta declaración de intenciones no se ha correspondido con la realidad. De ahí que la CES -como portavoz de 39 confederaciones en 21 países europeos que representa a 45 millones de trabajadores- convocase una manifestación en Bruselas el 18 de octubre de 1989 con el objetivo de reclamar a la CE la aprobación de la Carta Social Comunitaria. Pero cuando se aprobó la Carta Social decepcionó porque no tiene carácter legislativo propiamente dicho y no preconiza una armonización al alza de las condiciones de vida y trabajo.

Así pues, por todo lo dicho hasta aquí sobre el desarrollo y formación del Mercado Común y de la Comunidad Europea, podemos resumir diciendo que el nacimiento de la idea después de la II Guerra mundial y el motor de su puesta en marcha no se ha gestado en el seno de la izquierda, ni siquiera en algún grupo de sus representantes más significativos, quizá porque el germen fue más un tra-

tado de características económicas que un proyecto ideológico, o la propuesta de un modelo alternativo a lo que entonces significaban los dos bloques dominantes y contrapuestos. Por tanto el proceso gradual de integración de los

pueblos de Europa se ha basado sobre los modernos principios del capitalismo.

Los partidos socialistas, algunos por la precaria situación dentro de sus fronteras y otros por una falta de visión de futuro, condicionados por sus perspectivas y circunstancias nacionales, han seguido diferentes caminos y estrategias de tal manera que su proclamado internacionalismo ha quedado muchas veces en entredicho por sus compromisos con los intereses de la economía capitalista nacional. Hasta la llegada de Willy Brandt al poder en Alemania Federal se puede decir que los socialistas iban a remolque de las propuestas de los gobiernos de derechas para la creación del Mercado Común y, en algunos casos, se opusieron directa o indirectamente a él, sobre todo bajo la acusación de estar creando sólo una Europa de mercaderes. Bien es cierto que el Tratado de Roma no había creado una estructura imparcial sino que reflejaba los intereses dominantes de los estados miembros y de determinados grupos sociales dentro de ellos. A medida que los partidos socialistas se incorporan a las tareas de gobierno, sobre todo cuando desaparecen las dictaduras del Sur, y de manera especial bajo el mandato de Mitterrand algunos planteamientos comienzan a cambiar y se habla ya de la Europa de los Pueblos o incluso de la Europa Social. En la edad del capitalismo multinacional la democracia ha de ser también multinacional, por tanto se han de crear estructuras de decisión al alcance de todos para facilitar la negociación, y la acción común. El estado-nación en Europa parece que no cumple ya los requisitos para hacer frente a este tipo de política multinacional.

Con todo la CE representa una gran esfera de intereses capitalistas fuertemente integrados, cuya primera y

principal motivación para integrarse ha sido contestar al reto y desafío de otras grandes potencias capitalistas como son Estados Unidos y Japón, fundamentalmente en lo que se refiere a los mecanismos del mercado.

#### 6.4. ¿ Hacia una Europa socialdemócrata?

La pregunta que se formulan hoy los socialdemócratas europeos es, ¿cuál va a ser el papel de la socialdemocracia europea en este juego?. Si la socialdemocracia ha aceptado ya el mercado y por tanto la lógica del capital en su mecanismo más primario ¿en qué ha de consistir la tarea socialdemócrata, primero, dentro de Europa y, después, en la política mundial? o, dicho en otras palabras, ¿a qué no se quiere reducir ni conformar? y, en ese caso, ¿cuales van a ser sus armas para conquistar e implantar su modelo de sociedad?

No hay que olvidar que en este momento, por un período significativo y muy importante en la construcción arquitectónica de la Comunidad, sus designios están pilotados por un socialdemócrata francés, Jacques Delors, y que en las últimas elecciones al Parlamento celebradas en 1989 los partidos socialistas obtuvieron 182 escaños de los 518 que tiene, afirmandose así como el partido que obtuvo mayor número de eurodiputados respecto a los anteriores comicios de 1984, lo cual implica un deseo por parte del electorado más consciente y europeísta de condicionar esa construcción con un matiz social que antes no tenía.

Ahora bien, aunque la unión política nacerá en 1993 los pasos decisivos para configurar un espacio jurídico y político se han de dar todavía, y ahí es donde la filosofía política de la socialdemocracia europea ha de prestar mucha atención si desea en el futuro que Europa se establezca como un modelo político y social que la diferencie de otros modelos más neoliberales. Tres son los ámbitos en que se establecieron estas coordenadas: la unión política, la unión económica y la Carta Social y, a su vez, esta

conformación política marcará más pronto o más tarde su papel en el escenario mundial.

No vamos a detenernos en cada uno de estos aspectos - tratados ya en otros estudios- para discutir el carácter federal o confederal de su unión política, la homogeneización de los actuales derechos nacionales, el avance de la unión monetaria y el peligro de crear una Europa a dos velocidades de bienestar y de crecimiento, el papel del Banco Central Europeo y la cantidad de medidas económicas homogeneizadoras que se han de tomar todavía para unificar comportamientos económicos, el papel de la ONU y la posibilidad de crear una política propia de defensa, etc. Nos parecen, no obstante, medidas fundamentales que según el cariz que tomen pueden condicionar un modelo europeo u otro.

La socialdemocracia europea, que ha tenido un papel secundario en el primer período histórico de la formación de la Comunidad, ha de ser consciente de que más que un determinado tipo de alianza geopolítica, o un sistema monetario lo que diferenciará el modelo europeo del de otros continentes será la carta de los derechos ciudadanos, las formas institucionales de las relaciones de trabajo y el equilibrio del ecosistema en todos sus aspectos. De hecho el núcleo de disensión más grande que está encontrando el camino de la unidad son :el problema de la cohesión económica y social para asegurar las transferencias de los países ricos a los pobres, la política exterior y de seguridad, la dimensión social de la CE y los nuevos poderes del Parlamento Europeo.

No es fácil abrirse paso de manera coherente entre estas exigencias que suponen, por una parte, reconducir los espacios sociales existentes dentro de la Comunidad a un espacio social más o menos homogéneo, lo cual provocará una gran reestructuración industrial y demográfica que si se acompaña de niveles de protección social dignos requerirá grandes inversiones monetarias y , por otra parte , la construcción de una política exterior y de seguridad que también debería absorber grandes inversiones.Sólamete una

política de equilibrios podría fundamentar a la larga una CE que no mostrase las debilidades estructurales que ahora presenta, y cuya fortaleza le permitiría jugar un papel protagonista en el escenario mundial. Las limitaciones que esa política de equilibrios presenta podrían condicionar el desarrollo y la evolución de Europa hacia una sola dirección en la que la socialdemocracia se vería atrapada por las potencias de cariz neoliberal y vería así frustrado su modelo social.



## **VII. REPENSAR EL SOCIALISMO**

### 7.1. Crisis del keynesianismo y vitalidad socialdemócrata

A comienzos de los años 80, con el declive electoral y la salida del gobierno del laborismo y la socialdemocracia alemana, por una parte, y ante la imposibilidad de recuperar los niveles de crecimiento anteriores y el pleno empleo, por otra, se dio por sentado que el keynesianismo había llegado a su fin. Los cambios que se habían producido en el mundo de las relaciones de producción, la crisis económica de 1973, la aparición de nuevas demandas sociales y movimientos reivindicativos, la sobrecarga de los gastos que había asumido el Estado y la falta de políticas que diesen una vía de salida a estos problemas, habían puesto en evidencia los límites del reformismo socialdemócrata. Buen número de estudiosos desde Dahrendorf hasta Panitch, por mencionar solamente a dos de los extremos ideológicos de la literatura social del momento, daban por terminada la experiencia keynesiana y al mismo tiempo se registraba un intenso resurgimiento de la ideología neoliberal.

La crisis de ambas formaciones socialdemócratas, que había estado precedida por la caída de otras socialdemocracias europeas, tenía una importancia fundamental por pertenecer a dos de los países con mayor tradición socialista, de mayor peso demográfico y político y con una dilatada experiencia de gobierno estatal y local. Los dos partidos habían practicado una política muy parecida al enfrentarse a la crisis petrolífera de 1973, tenían una concepción redistributiva del bienestar muy integrada en el modelo

institucional, y habían arrastrado también problemas internos muy similares, aunque el SPD salió mejor parado de este envite que los laboristas.

Recordemos que, en Alemania, Schiller obligó a implicarse en la política económica del gobierno a los grupos más poderosos dado que los planes del gobierno, en una economía tan altamente concentrada, dependían totalmente de su cooperación. De la misma manera Wilson trató de imponer una estrategia económica más intervencionista creando un grupo de grandes empresas que por su capacidad productiva y nivel de inversión pudieran competir con las de los países más desarrollados. Ambos pactaron con los sindicatos para que los aumentos salariales no excedieran el coste de la vida. Pero así como el SPD impuso de inmediato una política económica y social restrictiva que le dió buenos resultados en el bienio 1978-1979 y le permitió mantenerse en el poder hasta 1982, los laboristas en un primer momento impulsaron una política expansionista presionados por su ala izquierda, lo cual hizo crecer el gasto social y los salarios del sector público, y sólo ante el agravamiento de la crisis se plegaron a las medidas de austeridad que impuso el Fondo Monetario Internacional (FMI), medidas que le llevaron a la ruptura definitiva con los sindicatos y a la crisis y división del partido.

Este fracaso parecía dar por sentado el agotamiento del modelo. Pero entonces se produjo el acceso al poder de los socialismos sureuropeos, sobre todo del francés y el español, ya que el socialismo portugués sólo estuvo en el gobierno dos años, el PASOK en sus ocho años de gobierno no logró afirmar un período estable de modernización y, por su parte, los socialistas italianos se vieron obligados

siempre a gobernar en coalición, más como partido político coaligado que coaligante. El PS francés y el PSOE han sido los únicos partidos socialistas de la Europa comunitaria que han gobernado sus respectivos países en casi toda la década de los ochenta y han tenido que afrontar los efectos de la segunda crisis petrolífera del bienio 1979-1981.

Los socialistas de Mitterrand partieron de los mismos presupuestos que sus homólogos británicos y alemanes para afrontar la crisis: pensaron que el control de las grandes empresas era condición sine qua non para controlar la economía, la inversión y el relanzamiento; así nacionalizaron las industrias modernas clave inyectándoles fuertes sumas de capital para transformarlas en empresas líderes de sus propios sectores con el fin de que fuesen las más competitivas del mercado internacional. Como el sindicalismo francés era mucho más descentralizado y fragmentado que el de sus vecinos, trataron de controlarlo a través de la colaboración gubernamental con el Partido Comunista a fin de que la aplicación de su política económica no fuese boicoteada por los conflictos laborales y se aplicaron a extender rápidamente algunas medidas universalizadoras del tradicional Estado del Bienestar. Los socialistas franceses comenzaron su periplo gubernamental con una política expansionista pero al cabo de un par de años tuvieron que acudir a la devaluación del franco, la congelación de los salarios y el recorte del gasto público. Sólo este golpe de timón, que cambió su praxis política y les hizo abandonar sus tradicionales presupuestos ideológicos, les permitió afrontar la crisis económica de los años ochenta con cierto éxito y prorrogar así su mandato político hasta el momento presente.

Por su parte los socialistas españoles accedieron al poder en 1982 en circunstancias históricas muy especiales, precedidos de una larga dictadura y de un breve proceso de transición democrática políticamente muy agitado. Enfrentados al reto de estabilizar el sistema político democrático, secularmente frustrado, y de introducir el sistema económico español en las instituciones europeas, pusieron más atención en la consolidación del Estado democrático de derecho y en la modernización de la economía que en la congruencia entre programa ideológico y praxis política. Así, cuando accedieron al poder se apresuraron a poner en práctica un programa económico de ajuste y estabilización de corte neoliberal para afrontar la grave crisis económica que heredaban, con la intención de sanear las cuentas del Estado para poder introducir posteriormente medidas de política social más populares. Aleccionados por la experiencia francesa evitaron la política de nacionalizaciones y confiaron más en las fuerzas del mercado, que pretendían impulsar mediante una dura reestructuración industrial. En este primer período contaron con la colaboración de las fuerzas del trabajo, sobre todo de la UGT, estableciendo pactos bilaterales y trilaterales con la esperanza de que una economía fuerte y saneada diese paso a la creación de puestos de trabajo, cuyo déficit era el más alto de Europa, y a un equilibrio mayor entre las rentas del trabajo y del capital.

El PSOE practicó así una política calificada por muchos como la más neoliberal de todos los partidos socialdemócratas, hasta que en diciembre de 1988 los sindicatos consideraron que esta política les había perjudicado claramente, habiendo favorecido solamente a los intereses empresariales y financieros, y exigieron una serie de medidas

que cambiasen la política social del gobierno, que se enfrentaría pronto a su tercer mandato consecutivo.

Aun así el PSOE ha conseguido estabilizar el sistema político e integrar a España en la Comunidad Europea, ha emprendido una política de modernización económica estructural y una política social extensiva sobre todo en el campo de la seguridad social, la enseñanza, la sanidad y otros sectores de las prestaciones sociales.

Vemos pues que la respuesta de estos partidos socialistas a la crisis -aunque los momentos de la crisis hayan sido diferentes, tanto en su extensión como en su impacto- ha tenido algunos trazos comunes pero otros diferentes. En general todos han aplicado medidas restrictivas y monetaristas y han tratado de pactarlas con el movimiento obrero y los sindicatos, pero en unos casos estas medidas acompañadas de contraprestaciones sociales a corto plazo (Alemania-Gran Bretaña) han fracasado, mientras que en otros las contraprestaciones han tenido que esperar al reajuste neoliberal (Francia-España) y obtener las compensaciones sociales a largo plazo. En los primeros la crisis del Keynesianismo ha tenido consecuencias negativas tanto para los partidos socialdemócratas como para los sindicatos, mientras que en los segundos-aun a costa de una menor radicalización- los socialistas todavía están en el gobierno practicando una política no ya neo-keynesiana pero sí al menos más progresista que la de la derecha europea.

Para explicar este proceso convendría decir que la fuerte subida del precio del petróleo es el detonante de la crisis económica que estalla en 1973, pero de ninguna manera su explicación última. Ésta hay que buscarla en diversos problemas estructurales que comienzan a manifestarse en las economías industrializadas algunos años antes y que son objeto de un debate todavía abierto. Las diferentes interpretaciones al respecto pueden ser agrupadas en torno a dos ejes básicos : las que buscan la génesis de la crisis en el lado de la oferta y las que la buscan en el lado de la demanda.

Desde la perspectiva de la demanda se habla de la saturación relativa de los mercados una vez finalizada la etapa de reconstrucción de postguerra y conseguido el acceso al consumo de masas por parte de poblaciones cada vez más urbanizadas e integradas en la órbita del trabajo asalariado. Se trata de una saturación relativa porque también está relacionada con la irrupción de los nuevos países industrializados en la escena económica internacional, países que a partir de entonces empiezan a manifestarse sensiblemente más competitivos en muchos mercados de bienes de consumo masivo. Esta interpretación de connotaciones keynesianas tiene puntos de contacto con la teoría marxista de la tendencia al subconsumo, es decir, la incapacidad de la población asalariada -que constituye el grueso de los consumidores- para absorber todo lo que le ofrece el mercado. Es compartida también por algunos teóricos de la sociedad postindustrial, que ponen de relieve la importancia creciente de la demanda de servicios en las sociedades más avanzadas.

Desde la perspectiva de la oferta -más apreciada por los economistas de inspiración neoclásica- se pone el acento más bien en la creciente divergencia entre la evolución de los salarios y la de los beneficios empresariales, que alcanza su punto álgido a finales de los años 60 con el recrudecimiento de la conflictividad laboral y social. La crisis era consecuencia del comportamiento económico irracional de los asalariados, cuyas exigencias no guardaban proporción con la mejora de la productividad de su trabajo y estaban paralizando el proceso productivo al reducir los beneficios y desmotivar la inversión. Esta línea interpretativa también puede ser reescrita en clave marxista. Como consecuencia del largo período de crecimiento sostenido y pleno empleo que va desde 1945 a 1973, la clase obrera, que había sufrido un proceso de urbanización penoso y estaba soportando las durísimas condiciones de trabajo de la cadena taylorista-fordista, encuentra su poder de negociación enormemente reforzado y a finales de los años 60 consigue imponer cambios

apreciables en la distribución del excedente entre capital y trabajo. La burguesía no pudo o no supo responder incrementando la productividad del trabajo mediante cambios en la composición orgánica del capital -es decir, incorporando innovaciones tecnológicas- y optó por contraer la inversión productiva o bien por desplazarla hacia los nuevos países industrializados, sin movimiento obrero y con salarios mucho más bajos.

No se puede ni se pretende cerrar aquí el debate sobre las causas de la crisis, un debate en el que todos probablemente llevan razón y en el que no es fácil sustraerse al razonamiento en círculo, ya que oferta y demanda no son en última instancia sino dos elementos íntimamente relacionados de un mismo proceso económico. Si nos atrevemos a afirmar, no obstante, que los intentos de explicar los éxitos y fracasos relativos de las políticas económicas puestas en práctica por los diferentes partidos socialdemócratas en el poder, en diferentes países y en distintos momentos durante los últimos veinte años, así como sus éxitos y fracasos electorales, en relación con las ondas, ciclos o fases (largos, medios o cortos), del proceso de acumulación, nos parecen desafortunados por el elevado nivel de abstracción que requieren y, por tanto, por su incapacidad para construir la interpretación a partir de variables más locales(1).

Sean cuales sean las causas últimas de la crisis económica, lo que queda fuera de discusión es que con ésta llega a su fin la época dorada de la regulación keynesiana y que la crisis del keynesianismo da paso de alguna manera a la crisis de la socialdemocracia. Ahora bien, no pueden identificarse miméticamente una y otra crisis. Keynes no era socialista, la regulación de la economía a través de la demanda no fue inventada por los economistas socialdemócratas y los partidos conservadores hicieron votos de fidelidad keynesiana durante muchos años.

Lo que pone de manifiesto la nueva situación que ve la luz a partir de 1973 es la incapacidad de la teoría económica para entender el funcionamiento del sistema



económico. Encorsetada por formulaciones matemáticas cada vez más complicadas apoyadas en restricciones cada vez más rigurosas acerca del comportamiento de los actores sociales, desvinculada cada vez más de las variables históricas, sociológicas y políticas que "contaminan" sus modelos, la teoría económica no ha sabido salir por la izquierda del impasse en que se encuentra, y ha pretendido hacer creer que podía escapar de él por la derecha redescubriendo las delicias del capitalismo salvaje anterior a 1929; un capitalismo que cuando se ha pretendido poner en práctica en los últimos tiempos tampoco ha conseguido ni el crecimiento sostenido ni el pleno empleo, sólo la desregulación de los mercados de trabajo y el recrudecimiento de las bolsas de pobreza y del estado del malestar en las economías más ricas del mundo.

Ahora bien , puede decirse que la crisis del keynesianismo es también la crisis de la socialdemocracia al menos en dos sentidos : 1) cuando los partidos socialdemócratas en el poder intentan hacer frente a la crisis económica con instrumentos keynesianos no obtienen buenos resultados y pierden las elecciones; 2) cuando los partidos socialistas en la oposición llegan al poder con programas electorales "keynesianos" , sólo consiguen revalidar sus mandatos y obtener ciertos éxitos en su política económica después de desdecirse de sus compromisos electorales y de emprender la modernización de sus economías mediante recetas de corte, al menos parcialmente, conservador. A esto no son ajenos los condicionamientos cada vez más fuertes derivados de la internacionalización de la economía, la imperiosa necesidad de competir en los mercados exteriores y el papel de determinadas instituciones clave del capitalismo mundial, como por ejemplo el FMI.

Quizá por esta razón la socialdemocracia europea -en opinión de Perry Anderson- va desembocando poco a poco en algo parecido al Partido Demócrata americano, con la supresión de cualquier contenido antagónico de clase y su transformación en simple aparato sustitutivo de la

dominación burguesa, con algunas clientelas populares y pretensiones más liberales, pero dedicada sin ambages a la promoción de la libre empresa(2).

A pesar de esa falta de "nueva respuesta" que todos detectan y del fracaso que muchos han profetizado a los partidos y regímenes socialdemócratas, conviene tener presente que la realidad no confirma inequívocamente estos augurios, al menos en dos sentidos. En primer lugar, Merkel a puesto en cuestión la tesis de que la socialdemocracia goza de mala salud, puesto que a comienzos de la última década del siglo XX gobierna en 11 de los 16 países de Europa Occidental, una cuota de poder nunca alcanzada. Es más, ha construido una tabla con resultados electorales agregados en la que demuestra esa vitalidad socialista (TABLA 1)(3 ).

TABLA 1

Resultados electorales de los partidos socialdemócratas en Europa (valores medios en porcentaje)

	<u>1945-89</u>	<u>1945-73</u>	<u>1960-75</u>	<u>1974-89</u>	<u>1980-89</u>
Austria	45.4	44.2	46.3	48.1	45.4
Bélgica	30.2	32.1	30.0	27.2	28.0
Dinamarca	35.9	37.7	38.7	31.8	30.9
Finlandia	24.8	24.8	24.0	24.9	25.4
<u>Francia</u>	21.7	17.5	16.8	32.3	34.7
<u>Alemania</u>	33.7	36.3	41.0	40.2	39.4
Grecia	---	----	----	35.4	43.4
Irlanda	11.2	12.4	14.5	9.3	8.7
<u>Italia</u>	16.5	17.6	17.3	14.9	16.4
Holanda	29.0	27.7	25.9	31.5	31.0
Noruega	42.3	44.2	42.9	38.7	37.4
Portugal	----	----	----	30.6	27.2
Suecia	45.5	46.3	46.8	43.9	44.5
Suiza	24.5	25.5	24.3	22.7	20.7
<u>España</u>	----	----	----	38.2	45.4
<u>Gran Bretaña</u>	41.0	46.0	45.1	34.3	29.2
-					
Medias	31.2	31.7	31.8	31.5	31.9

Las medias de los periodos 1945-73 -la época dorada- y 1974-89 -el declive- sólo se diferencian en 0.2 puntos, lo que no demuestra esa caída. Es más, en los últimos 15 años,

considerados como el período más crítico, los partidos socialdemócratas alcanzan su cuota electoral media más alta. Por tanto podemos hablar con toda seguridad de una afianzada estabilidad que comienza incluso a absorber a partidos de izquierda más pequeños que se ven definitivamente alejados de las tareas parlamentarias y de gobierno.

En resumen los partidos socialdemócratas sureuropeos han aumentado considerablemente en estos últimos años su cuota electoral, mientras que los noreuropeos, a pesar de haber perdido el poder, sólo han reducido moderadamente su influencia electoral.

Otro claro indicador de la vitalidad de los postulados socialdemócratas es la pervivencia e incluso fortalecimiento de las políticas de bienestar que se siguen practicando en todos los países europeos, donde estos partidos participan en la escena política, bien en el poder o en la oposición. En estos últimos años hemos asistido a la aparición de una abundante literatura sobre la crisis del Estado del Bienestar y al ataque sistemático a sus presupuestos desde posiciones neoliberales acusándolo sobre todo de falta de eficiencia y racionalidad. Sin embargo Jans Alber y Walter Korpi, en sendos artículos basados en apreciaciones y datos estadísticos y cuantificables, han demostrado todo lo contrario.

Alber, (4) combinando las características de la orientación que está teniendo el desarrollo del Welfare State con las consecuencias en cuanto a sus efectos secundarios en el ámbito de la integración social se formula las siguientes preguntas: 1) ¿ha continuado creciendo recientemente el Estado del Bienestar?, 2) ¿existe un comportamiento homogéneo en la

aplicación del Estado del Bienestar o los diferentes países desarrollan respuestas políticas discrepantes?, 3) los recortes en la política de bienestar ¿han provocado la desafección electoral de la población y, en consecuencia, la crisis de legitimidad de las instituciones políticas?, 4) ¿ha producido el Estado del Bienestar efectos secundarios negativos?

Desde 1965 a 1973 las economías de la mayor parte de los países estudiados crecieron a un ritmo medio anual del 5 por cien, pero en 1974 el crecimiento medio descendió repentinamente al 2 por cien, para caer bajo cero al año siguiente. En el período de 1975 a 1984 el ritmo medio de crecimiento se mantuvo por debajo del 2 por cien. En este contexto los esquemas del Estado del Bienestar fueron sometidos a una dura tensión fiscal. No obstante, el gasto público global ha continuado creciendo a un ritmo más rápido que el PNB en el período de recesión y austeridad. En todos los países excepto en Alemania el gasto de transferencias sociales fueron más altos en 1984 que en 1975.

Un análisis de la evolución del gasto público nos muestra dos situaciones diferentes . Primero, encontramos países donde continuó creciendo muchísimo entre 1975 y 1984. Es el caso de Italia y Francia. Los otros dos, el Reino Unido y Alemania trataron de mantener el crecimiento del gasto público a la par con el crecimiento de la economía. Una comparación longitudinal muestra que la mayoría de los países frenaron el crecimiento de las transferencias sociales en el período de crisis. Pero otros fracasaron cuando quisieron controlar el ritmo de su crecimiento, como Gran Bretaña.

Para entender todo esto necesitamos saber: 1) si las restricciones en el gasto público se debieron a una política de crisis o a que el Estado de Bienestar había alcanzado ya sus límites; 2) qué gastos fueron los más afectados por esta política y 3) cómo se explican esas variaciones nacionales tan marcadas.

Por lo que se refiere a las variaciones nacionales se observa que en todos los países se puso en práctica el recorte de las prestaciones sociales después de 1975, incluso en Italia que era un país expansionista en el desarrollo del gasto agregado.

Las prestaciones en educación y sanidad de la seguridad social fueron las más recortadas. Las pensiones también se frenaron en la mayor parte de los países aunque de manera más limitada.

Los otros programas sociales estuvieron sujetos a intervenciones más heterogéneas. Con todo las medidas de austeridad no supusieron un desmantelamiento de las políticas de bienestar y algunos países incluso aumentaron sus ayudas. Gran Bretaña sufrió un proceso de segmentación por el cual las ayudas más importantes se mantuvieron mientras los servicios sociales para los grupos marginales fueron recortados. Esto podría explicar por qué Gran Bretaña se alineó entre los países más austeros respecto al desarrollo del gasto social total, mientras estuvo con los más expansionistas en el campo de las transferencias sociales, debido sobre todo al gasto en la cobertura del paro.

Si examinamos la tabla 2 podemos observar cuales fueron los programas más recortados . El gasto educativo sufrió la reducción más considerable y las pensiones continuaron dejando atrás el crecimiento del PNB por amplios márgenes.

TABLA 2

Ratios de gasto social por tipo de programa.

	Gasto social total			Educación			Salud			Pensiones			Otros		
	1965	1975	1981	1965	1975	1981	1965	1975	1981	1965	1975	1981	1965	1975	1981
Alemania	22.4	32.6	31.5	3.5	5.4	5.2	3.4	6.6	6.5	10.0	12.9	12.6	5.6	7.7	7.3
Reino Unido	16.2	22.4	23.5	4.5	6.8	5.7	3.6	5.0	5.4	4.9	6.3	7.3	3.2	4.3	5.1
Francia		24.2	29.4		5.8	5.7	3.6	5.5	6.5	7.7	8.4	11.9	5.2	4.4	5.4
Italia	20.1	26.0	28.9	4.0	5.0	6.4	4.1	5.8	6.0	7.7	10.4	13.1	4.4	4.9	3.4

El tamaño de los grupos que se benefician del gasto social en cualquier país es un factor importante para explicar la evolución del gasto puesto que tiene implicaciones políticas y fiscales. Desde el punto de vista político tiene una traducción electoral; por ejemplo, los pensionistas representan una proporción creciente de la población electoral; sin embargo la enfermedad es usualmente una situación transitoria y el gasto en educación afecta sobre todo a la población escolar, que no tiene voz en el proceso político, etc.

El estudio realizado en la Universidad Europea de Florencia, al que hemos aludido en otras ocasiones, revela que todos los gobiernos europeos han continuado apoyando el Estado del Bienestar, y que los partidarios de disminuir esta política de solidaridad son una pequeña minoría.

Las bases para una reacción anti Welfare-State a gran escala en el futuro parecen más bien débiles, porque la extensión de la política de bienestar ha desarrollado características autoperpetuantes y un creciente clientelismo electoral del Welfare numéricamente importante. En Alemania, por ejemplo, las personas que viven predominantemente de las transferencias sociales son hoy más numerosas que los trabajadores manuales, y controlaban más del 26 por cien del voto en 1983. En Italia el 36 por cien del electorado tenía una pensión estatal en 1980 y de forma parecida sucedía en otros países.



Por tanto Alber resume diciendo que: 1) en el período de austeridad posterior a 1975 los programas de Welfare State de los países occidentales más importantes no han experimentado ni restricciones ni desmantelamientos, 2) los recortes en los programas sociales no llevaron a una crisis de legitimación y fueron apoyados masivamente por toda la población, 3) a pesar de los recortes el gasto social continuó creciendo más deprisa que los ingresos públicos. En la Comunidad Europea, por ejemplo, entre 1967 y 1986, el gasto público de la política social en relación al PIB creció de un 36.4 por cien a un 48.3 por cien. Crecimiento que se ha desarrollado a pesar de la arraigada aceptación pública de los límites del Estado.

Por lo que se refiere a otro importante aspecto de la política de bienestar no parece demostrado, ni históricamente (5) ni en la actualidad, que esta política inhiba el crecimiento económico. Recientemente Korpi (6) ha hecho un estudio comparativo entre 18 países en el que demuestra todo lo contrario.

La tesis de que la igualdad y la eficiencia económicas son antitéticas estaba ya profundamente arraigada en muchos economistas neoclásicos como Alfred Marshall; recientemente, Lindbeck y Olson han seguido en la misma línea. Un resumen de estas tesis diría que la eficiencia económica y el crecimiento, así como la creación de puestos de trabajo y el ahorro, disminuirían con: a) el aumento de la intervención política en las fuerzas del mercado, b) el aumento del número y la fuerza de los grupos de interés organizados, especialmente sindicatos y partidos políticos de izquierda, y c) la disminución de la desigualdad en la distribución de la renta y la riqueza. Por el contrario Myrdal sostiene la hipótesis de que las reformas introducidas por el Estado del Bienestar en lugar de ser un coste para la sociedad sientan las bases para un crecimiento económico más rápido y firme. Sus argumentos son que la desigualdad social es perjudicial para el crecimiento económico porque conduce a un desperdicio del capital humano a través de las negativas

consecuencias psíquicas y psicológicas de la pobreza sobre los pobres y porque la desigualdad disminuye las oportunidades de los individuos de las clases más bajas para que puedan utilizar sus talentos. Esta tesis se enmarca en el contexto de sus análisis sobre instituciones económicas donde los factores "económicos" y "no económicos" se colocan en pie de igualdad como factores de interdependencia causal. Además para Myrdal un nivel alto de demanda es crucial para la eficiencia económica y el crecimiento, y conduce a una mejor utilización de los recursos.

En esta misma línea Korpi analiza las relaciones entre marcos institucionales (institutional settings) y el crecimiento de la renta y la productividad en 18 países de la OCDE, tomando en consideración dos periodos, el de 1950-73 y el posterior a la crisis de 1973, comparando y contrastando las experiencias de países que han puesto en práctica un modelo de bienestar residual y aquellos que han aplicado un modelo institucional. En el primer periodo encuentra una asociación positiva entre el crecimiento económico y el tamaño del Sector Público y del gasto social. En el segundo periodo, cuando relaciona sus indicadores del tamaño del sector público y del desarrollo del Estado de Bienestar con el crecimiento económico de 1973-82, encuentra, además, que el crecimiento del PNB guarda una asociación positiva con la densidad sindical y la fuerza de los partidos de izquierda. El crecimiento de la productividad para el periodo 1973-79 también mantiene una relación positiva con la fuerza de los partidos de izquierda.

La hipótesis que defiende la superioridad autorreguladora del mercado como instrumento de eficiencia económica nos llevaría a suponer que la evolución de los modelos institucional y marginal del bienestar será cada vez más divergente. En los años 50, en efecto, solamente Suecia podía competir con los estados que practicaban una política de bienestar marginal en términos de PNB per cápita. Pero a partir de entonces esta hipótesis se desmiente puesto que los modelos institucionales de Welfare State alcanzaron parcialmente a los marginales, y hoy día podemos afirmar

que el crecimiento económico y de la productividad durante el período de la postguerra ha sido más alto en los países de Welfare State institucional que en los marginales, lo cual contradice la hipótesis de que el modelo institucional de política social tenga efectos económicos fuertemente negativos.

El problema más serio que se presenta en este contexto es quizá el del desequilibrio de los presupuestos estatales, bautizado ya hace tiempo por O'Connor como la crisis fiscal del Estado (7). Es cierto que en la mayor parte de los países el déficit continúa creciendo a pesar de la disminución del crecimiento del gasto en bienestar. Entre 1975 y 1983 la deuda pública media de la mayor parte de los países más desarrollados subió del 37 al 59 por cien del PNB. Muchos autores han demostrado que existe una evidencia empírica de que los estados de bienestar encuentran una dificultad creciente para armonizar sus gastos con sus ingresos, aunque una clara asociación estadística entre el crecimiento del gasto en bienestar y los problemas fiscales

solamente se ha observado durante el reciente periodo de austeridad, como señala Alber. Se hace necesaria, por tanto, una adaptación institucional que haga esfuerzos para aumentar la eficacia y eficiencia del gasto público a la vez que introduzca cambios en el sistema actual de financiación.

En este sentido ya hemos visto que en nuestra exposición anterior se han descrito dos modelos distintos de Welfare State que no necesariamente se contraponen en todo, pero que acogiéndonos a la clasificación general podemos distinguir como aquellos pertenecientes al área mediterránea (Francia, Italia, España) y los del área angloescandinava (Alemania, Gran Bretaña y otros). En el primer modelo predominan las disposiciones fragmentarias y "categoriales" concentradas en la distribución de prestaciones monetarias más que sobre los servicios, y tendentes a reproducir en buena medida las diferenciaciones inherentes al sistema de ocupaciones. En el segundo predominan sin embargo programas de Welfare State uniformes para toda la población, con fuerte énfasis sobre los servicios colectivos y personales y basados sobre prestaciones uniformes e independientes del status ocupacional( 8 ).

En el debate académico de esta tipología el contraste entre los dos modelos se etiqueta con las expresiones particularista-meritocrático y universalista-igualitario. Es decir, se trata, en un caso, de prestaciones sociales como "retorno justo" de las contribuciones aportadas y del rendimiento laboral, y en el otro de la intervención equitativa del Estado en base a las necesidades.

En el segundo modelo, a pesar de sus ambiciosas pretensiones igualitarias, la provisión directa

de prestaciones homogéneas y uniformes por parte del Estado genera efectos redistributivos perversos y se arriesga a conseguir el cumplimiento de las necesidades a niveles demasiado altos para toda la colectividad. Con todo la crítica a este modelo no quiere ser la defensa del otro que tiene todavía más defectos.

En estas circunstancias la racionalización es quizás el tema común más consensuado. Supone una revisión de lo ya hecho para compatibilizar equidad y eficiencia. Un segundo tema es el de la flexibilidad. La aplicación del welfare a través de un seguro rígido obligatorio se ve como inapropiada respecto a una demanda crecientemente cambiante y multifacética. Se recomienda un modelo más flexible y "personalizado". Un tercer tema es el de la selectividad. La visión común desde la izquierda era que el progreso del bienestar dependía de una amplia universalización de la seguridad social y del cambio desde un sistema particularista y fragmentado a un sistema redistributivo institucional, al estilo sueco. Esta visión está siendo revisada a causa de la desilusión que han producido los resultados obtenidos por el Welfare State de los países nórdicos respecto a su redistribución y eficiencia económica. Debido a esto los científicos sociales están cambiando desde un enfoque universalista a otro selectivo, que consideran más adecuado. Esto no quiere decir una vuelta al modelo residual. Más bien se trataría de un modelo caracterizado por derechos básicos y universales de bienestar basados en la ciudadanía (más que en el status ocupacional) y que sólo daría plena protección para los más pobres, mientras que los más acomodados serían privados "selectivamente" de algunos beneficios o pagarían una cuota por los servicios.

Lo que subyace a este debate es el viejo tema de igualdad versus meritocracia es decir el peso relativo que se ha de asignar a las necesidades y méritos en la distribución del Welfare (9).

Así pues el futuro del Estado del Bienestar podría girar en torno a:

1.-La delimitación de un nivel mínimo de prestaciones atendidas por el Estado y aplicadas a toda la población, entendidas como derechos de ciudadanía.

2.-Una segunda franja de prestaciones estaría garantizada y regulada por el Estado, pero financiada con criterios selectivos en base a la renta, y producidas de forma mixta Estado-mercado.

3.- Por último una tercera franja de prestaciones serían incentivadas por el Estado, pero producidas, financiadas y gestadas de forma casi exclusivamente mercantil.

Llegados a este punto podemos observar el desarrollo de un hecho contradictorio que se ha producido en los últimos años y que formulamos de la manera siguiente: a) en primer lugar hemos asistido a la crisis de las socialdemocracias más desarrolladas, que con planteamientos keynesianos no han sabido afrontar la crisis de 1973 provocada por una mezcla de concausas estructurales y coyunturales; b) crisis que no alcanza, unos años más tarde, a algunos partidos socialdemócratas mediterráneos, bien porque algunas de esas causas se han mitigado o porque han sabido darle una salida primero pactando y después sin pactar con los sindicatos; c) en cualquier circunstancia, ni por el alcance de la caída electoral, ni por la supresión de las políticas de bienestar parece que la socialdemocracia haya comenzado su ocaso sino que más bien, tanto en su estructura política como en sus presupuestos filosóficos, tiende a asentarse en la mayor parte de los países europeos.

## 7.2. Paradojas, límites y esperanzas de la Socialdemocracia.

Esta aparente contradicción entre la crisis del keynesianismo y la vitalidad socialdemócrata ha provocado, desde comienzos de los años 70, que el marco conceptual que se consideraba apropiado para el análisis de la sociedad haya sido objeto de crítica y contestación intelectual. Con la nueva división internacional de la producción y los cambios en las economías domésticas toda la estructura social ha sufrido un proceso de transformación, lo que a su vez ha tenido implicaciones tanto en el aparato del Estado como en la recomposición de las clases sociales. Las crisis económicas, los cambios en la distribución de la renta, el ritmo de acumulación del capital, la fuerza organizativa de la clase trabajadora y el papel ideológico de las instituciones políticas están sufriendo un proceso de remodelación y reconstrucción.

Ante este panorama algunos estudiosos de la izquierda y la derecha han mantenido que la socialdemocracia, tal como ha sido concebida hasta el momento presente, ya no supone una fórmula de futuro. Przeworski, por ejemplo, ha subrayado algunas de las paradojas y contradicciones de esta política. La emancipación de los trabajadores no se puede alcanzar hoy en día solamente con las fuerzas del trabajo por lo cual se han de buscar apoyos en otras capas de la sociedad, es decir, que sus líderes han de buscar ese apoyo a costa de moderar las reivindicaciones de la clase. El dilema que se les presenta a los partidos socialdemócratas es que para tener éxito electoral deben asumir una postura interclasista, pero si actúan así diluyen su capacidad de representar a la clase. Por tanto si se persiguen estrategias de clase están condenados a ser minoría, y si se hace un llamamiento interclasista pierden votos de la clase trabajadora y su propio carácter

socialista (10). En un reciente debate que tuvo lugar en la Universidad de Chicago afirmaba: "la cuestión que guía la mayor parte de mi trabajo es conocer por qué ha fracasado la izquierda en los países capitalistas democráticos al intentar ofrecer una alternativa al capitalismo, política, económica e ideológicamente viable. Las conclusiones a las que llego son las siguientes: 1) los asalariados y otros ciudadanos pueden mejorar sus condiciones materiales dentro de los límites del capitalismo; 2) el Estado puede establecer diferencias en la distribución de recursos y rentas, de ahí que el control de los partidos sobre el Estado sea importante y que la democracia tenga consecuencias para el bienestar de los diferentes grupos bajo el capitalismo; 3) las posibilidades inherentes al sistema democrático impulsan a los movimientos de masas a orientar sus estrategias para conseguir mejoras a corto plazo que disminuyen la identidad de clase; los movimientos sociales que fracasan en esta lucha, desaparecen; 4) todas las transformaciones sociales, incluyendo la "transición al socialismo", son costosas, y si la única motivación para conseguir las son los intereses materiales, aquellos movimientos que son poderosos bajo el capitalismo no lo intentarán. El más sucinto resumen de mis conclusiones es este: donde las organizaciones obreras son fuertes bajo el sistema capitalista no necesitan una amplia nacionalización de los medios de producción porque pueden controlar la distribución de los recursos y de la renta a través de su control sobre el mercado laboral y de su influencia sobre el Estado. Donde estas organizaciones son débiles tienen mucho más que ganar reclamando la nacionalización de la riqueza productiva. La paradoja está en que los movimientos de la clase trabajadora que tienen el poder político de conquistar el socialismo a través de la legislación no tienen incentivos para hacerlo, mientras que los movimientos que tienen mucho que ganar nacionalizando la riqueza no tienen poder para hacerlo. Pero aun así, mi trabajo lleva a la conclusión de que si los sindicatos



consiguen poder de mercado e influencia política y si los partidos de los trabajadores ganan las elecciones pueden mejorar mucho el Estado del Bienestar y asegurar al menos un mismo bienestar material para todos." (11)

Este callejón sin salida en el que parece encontrarse la socialdemocracia, encerrada en sus propias limitaciones y paradojas internas, es señalado también por el pensamiento neoliberal pero desde premisas muy diferentes, que inciden sobre todo en las contradicciones que encierran la economía keynesiana y la aplicación sin paliativos del Estado del Bienestar. No vamos a insistir en la tan conocida crítica que incide en la crisis fiscal del Estado, por la sobrecarga de su gasto público, y en la equivocada subordinación del mercado que en este paradigma debe ser el protagonista principal de la dinámica social (12). Si diremos que todas estas críticas han sido acumulativas, y se pueden resumir en la afirmación de Paramio de que la izquierda no ha sabido presentar un proyecto global a la crisis con vistas a avanzar hacia el socialismo, y eso ha provocado que las políticas reales de respuesta a la crisis hayan sido aceptadas con renuencia o rechazadas por amplios sectores de la clase obrera (13) y, yo diría, del espectro global de la izquierda. La socialdemocracia que hemos vivido -afirma este autor- es una experiencia histórica fechada y limitada, ahora bien la política de los socialistas que han aceptado las reglas de juego democrático, como parte esencial de su proyecto, no tiene por qué quedarse en los límites de lo realizado por la socialdemocracia europea entre 1945 y 1975 (14). Pero de hecho ahí se ha quedado, aun cuando ni su peso electoral ni su política de bienestar hayan decaído, la realidad ha sido

que los socialdemócratas han usado el poder del Estado para establecer condiciones ideales para la acumulación del capital mientras aumentaban simultáneamente los programas de reforma del Estado de Bienestar, y a su vez la burguesía liberal toleraba la redistribución en la medida en que la socialdemocracia ofrecía buenas condiciones para la acumulación.

Miliband ha sido incluso más duro en su juicio, al afirmar que la socialdemocracia "ha sido en esencia un proyecto de reforma moderada en el marco del capitalismo, un esfuerzo, a lo sumo, por conseguir un mejor trato para el trabajo organizado y los grupos de ingresos más bajos en la sociedad capitalista. Esto se ha relacionado con la aspiración a que el Estado realice una contribución más efectiva a la gestión del capitalismo. La socialdemocracia se ajustó más y más a los requisitos del capitalismo, y cuando estos requisitos chocaron con las reformas, lo más frecuente fue sacrificar las reformas en el altar del "interés nacional"....La socialdemocracia nunca ha planteado amenaza real alguna a la estructura de dominación y explotación de las sociedades capitalistas. A lo largo del tiempo, sus líderes han demostrado claramente que se han preocupado por gestionar el capitalismo, no por superarlo."

(15).

En esta incapacidad de la socialdemocracia subyace una debilidad estructural frente al capitalismo, cuyo sistema sigue liderando el mundo y constituye la principal de sus limitaciones. Debilidad que se aprecia en una falta de respuesta teórica y práctica a las formas cambiantes del capital, sobre todo en el capítulo de las relaciones de producción. La teórica se refleja claramente en la carencia de fórmulas alternativas para organizar relaciones productivas que mantengan un equilibrio entre equidad y eficiencia convirtiéndola así en un protagonista subordinado del capital. Su respuesta consiste en afirmar que la socialdemocracia no es solamente welfare state más economía mixta, pero esta definición se caracteriza por

afirmar lo que no es, no lo que es. Desde ese punto de vista la socialdemocracia no ha cambiado todavía su tradicional concepción del Estado, y para cambiarla se apresta a renovar todo su aparato conceptual adecuándolo a las nuevas circunstancias y necesidades. La debilidad práctica emerge de esa falta de alternativa que se refleja en la crisis estructural de las instituciones civiles, partidos y sindicatos, pero sobre todo en estos últimos, que han constituido el eje de las relaciones de producción. El sindicalismo que en las dos últimas crisis del sistema aparece, en un primer momento, como virtual ganador del enfrentamiento, acaba siempre cargando con todas las consecuencias del reajuste y parece como si cada movimiento de adaptación del capital se resolviese en una nueva derrota de esta organización social.

Marco teórico-ideológico e instituciones de apoyo se ven así afectadas por las formas cambiantes del capital e inician una nueva adaptación en su lucha contra el modelo más liberal de mercado en su afán por encontrar una respuesta alternativa definitiva o menos provisional.

Así pues las grandes transformaciones de estos últimos años, y las que todavía se anuncian con la revolución informática, han puesto en crisis muchos de los conceptos que el socialismo tradicional venía aplicando al análisis de la realidad social, y no sólo aquellos más ortodoxamente vinculados al marxismo clásico, como el papel determinante de los medios de producción, la escisión entre infraestructura y superestructura o los de clase y revolución, sino el propio significado y naturaleza del desarrollo social, el concepto del trabajo y la ética que se fundamenta sobre él, los terminos de igualdad y solidaridad en relación con la justicia social, o la naturaleza del Estado y su papel en relación con las políticas públicas y los derechos del individuo. La mayor parte de estos cambios se han producido con la transición de una forma de capitalismo organizado a otra de capitalismo desorganizado según la formulación de Lash y Urry (16), para quienes la historia del capitalismo

organizado está llegando a su fin .Esa era que estuvo caracterizada por la producción masiva de bienes en grandes empresas y en grandes centros urbanos, por movimientos sociales espacial y ocupacionalmente homogéneos, dominados por trabajadores industriales e integrados en formaciones sociales en las que la relación capital-trabajo y la desigualdad de clases jugaban un papel dominante. Por razones muy diversas ese periodo está dando paso a otra forma de capitalismo en el que se afirman procesos de desindustrialización, de reubicación espacial y desurbanización, una desorganización que ha afectado fundamentalmente al movimiento laboral y a sus formas de asociación y representación.

Estos cambios nos obligan, según Glotz, a modificar nuestro marco analítico y nuestro instrumental conceptual: "El apego más pasional al análisis de clases de anteaer y la apelación a los intereses comunes de todos los 'asalariados' no deben impedir ver que el camino que sigue la sociedad industrial moderna desemboca en la segmentación : ésta es la cara oculta de la individualización que comporta el enfriamiento de los movimientos sociales y la cristalización de nuevas pseudoclasas. Nunca hasta ahora habían sido tan distintas las condiciones de vida dentro de la misma clase trabajadora" (17); todo lo cual ha dejado obsoleta buena parte del pensamiento y de la experiencia sobre la praxis socialista. En ese sentido la mayor parte de las ideas elaboradas antes de la I Guerra Mundial constituyen un abanico de críticas al capitalismo más que reflexiones acerca del capitalismo, tal como afirma Hobsbawm (18), y lo que se ha hecho después de la II Guerra Mundial son reformas del capitalismo en base a consideraciones acerca del interés general y a políticas económicas de eficiencia racional. Pero hoy día más que reafirmarnos en valores abstractos y eternos u ofrecer generalidades acerca de los cambios económicos y sociales, lo que necesitamos son consideraciones específicas sobre lo que va a significar la economía del microchip para el mundo del trabajo, la vida

cotidiana, el ocio y la educación. La microelectrónica , los experimentos en el campo de la genética, la ingeniería de las comunicaciones y la óptica integrada pueden hacer que sobren millones de puestos de trabajo o permitir una reducción radical de la jornada de trabajo, como afirma Lotz. Está en marcha una tendencia a la individualización que puede tener un efecto liberador o provocar el aislamiento de los individuos y otras consecuencias para las que no estamos preparados.

Ahora bien, por el momento la consecuencia más grave y manifiesta de estas carencias y cambios ha sido el paro , que se ha convertido en una enfermedad endémica y estructural con todas las secuelas que ello reporta, entre las que cabe mencionar , en primer lugar, el debilitamiento de la organización sindical y por tanto de la capacidad reivindicativa de los sectores más débiles de la sociedad.

En el transcurso de estos últimos veinte años se ha podido comprobar que el problema del desempleo no responde a circunstancias coyunturales, en relación con las distintas fases del ciclo económico, sino que está vinculado a las transformaciones estructurales que se han desarrollado en el mundo de la producción y del trabajo . Es mucho más que un problema de rigidez del mercado de trabajo, aunque el cambio de la estructura productiva es tan radical y se produce con tanta rapidez que no encuentra una respuesta inmediata ni adecuada por el lado de la oferta.

El fenómeno de la desocupación ha golpeado especialmente a algunos colectivos , como los jóvenes, las mujeres y los trabajadores industriales de los sectores en proceso de reestructuración tecnológica. En el caso de los jóvenes se trata de las generaciones que han ingresado en el mercado de trabajo en plena crisis y no han conseguido estabilizarse en él , llegando a constituir bolsas de parados de larga duración que con el tiempo les han convertido en seres potencialmente marginados de la sociedad , condenados a no alcanzar el estatus social vinculado al mundo del trabajo. Por otra parte nos

encontramos con el colectivo de las mujeres que a pesar de su integración cada vez mayor, todavía son rechazadas para muchos puestos de trabajo y , por último , los trabajadores de mediana edad que han sido expulsados del proceso productivo durante los recientes procesos de reconversión industrial y tecnológica, sobre todo en algunos sectores de la industria pesada y manufacturera , y que con toda probabilidad mañana serán excluidos del sector de los servicios, debido a que su recalificación es extremadamente difícil.

Para enfrentarse a este problema (19) se trabaja en dos campos propicios a la exploración. El primero es el de las relaciones económicas y políticas internacionales y sus disfunciones : en un sistema mundial que ha alcanzado niveles de integración hasta ahora desconocidos, una disfunción en la regulación de las relaciones internacionales puede tener efectos devastadores e incidir profundamente sobre el ritmo de crecimiento de la demanda mundial. El segundo es el del un salto -ruptura o aceleración - en los ritmos de transformación estructural sobre los que se basa el desarrollo económico. Bien se trate de una crisis de regulación económica y social compleja - como sostienen algunos autores franceses - o se trate "sólamente" de una oleada más intensa de transformaciones tecnológicas -como sostienen otros economistas - , la idea aceptada por todos es que la macroregulación tradicional de la demanda y la flexibilidad del sistema de precios no son capaces de "dirigir" saltos tan intensos sin crear desocupación . La adaptación - es decir la búsqueda de un nuevo equilibrio estructural- tardará bastante tiempo y por tanto la desocupación también va para largo. Ambos campos están todavía lejos de ser explorados de forma exhaustiva, y todavía se ha explorado menos el modo en que se combinan con la débil y oscilante dinámica de la demanda mundial.

El paro y otras consecuencias derivadas de estos cambios hacen que los sindicatos estén viviendo desde hace una decena de años una fase de transición rápida que ha

puesto al movimiento sindical en la mayor parte de los países industrializados frente a problemas particularmente complejos.

Las tasas de inflación , el déficit público y la incertidumbre económica han tenido y continúan teniendo una fuerte repercusión en las políticas de concertación social. El prolongado período de recesión que hemos vivido ha reducido el poder contractual de los trabajadores y ha animado a los empresarios a iniciar y proseguir una estrategia de desregulación, lo cual trae consigo la reducción del poder de los sindicatos y de su capacidad para representar los intereses de los trabajadores . La reconversión industrial y la innovación tecnológica, el crecimiento de los servicios, especialmente los del sector terciario avanzado, el crecimiento de las pequeñas empresas y la economía sumergida pueden ser interpretados como una respuesta a los problemas de productividad y competitividad que han salido a la superficie con la crisis.

La disminución de la ocupación en los sectores caracterizados por la producción en masa y a gran escala , el desplazamiento progresivo de la ocupación en los países industrializados hacia el sector de los servicios, donde el sindicalismo no tenía una posición de fuerza y el incremento acelerado de la presencia femenina en la fuerza de trabajo han cambiado profundamente la base sindical y han contribuido a su fragmentación. El declinar de sectores tradicionales como el siderúrgico, el naval, automovilístico, de la mecánica pesada, minero y otros ha mermado la fuerza sindical, y las áreas de reclutamiento de gran parte de sus dirigentes. A su vez el crecimiento de la ocupación que se ha verificado en otros sectores del terciario avanzado y en sectores manufactureros de pequeña empresa ha compensado en alguna medida la pérdida de ocupación registrada en los sectores tradicionales pero no ha sido capaz de compensar la pérdida de cohesión sufrida por el sindicato (20) .

Una de las características fundamentales del período precedente fue el desarrollo y asentamiento de las

instituciones corporativas, un compromiso entre las clases sociales en un contexto de crecimiento económico y distribución de los recursos. Para ello era necesario un movimiento sindical con estructura monopolista y un alto grado de organización que englobara a casi toda la población laboral; una concentración similar de las organizaciones empresariales, una amplia centralización de la negociación salarial colectiva y una participación asegurada de las organizaciones centrales del trabajo y el capital en las decisiones de política económica y social del Estado. Los pactos corporatistas que se habían desarrollado y fortalecido en el período de postguerra empezaron a entrar en crisis en los años 70 ( Gran Bretaña , Alemania ) y en los años 80 ( Francia, Italia y España). El colapso de esta forma de consenso coincidió, como ya hemos visto, con el final del keynesianismo y del capitalismo organizado y con la entrada en una nueva fase del desarrollo capitalista caracterizada por : a) una mayor internacionalización de la economía; b) la disminución del peso de la producción industrial en las economías avanzadas, cuya masa de trabajadores había constituido el núcleo central de las negociaciones tripartitas ; c) la segmentación del mundo del trabajo, es decir, la división entre sector público y privado , trabajo estable y precario, la feminización ,etc. La nueva etapa ha destruido el pacto neocorporatista y esta forma de gestión social que implicaba a todos los agentes sociales esta desapareciendo. En resumen ,podemos afirmar que en la etapa destruens del sindicalismo ,en estos últimos años, se ha producido: a) una pérdida de protagonismo de la concertación social en las relaciones laborales y una importante disminución del papel político de los sindicatos a la que han contribuido la reestructuración industrial, que con la reducción de plantillas ha reducido la necesidad de colaboración de los sindicatos, y el resurgimiento de las ideas neoliberales entre la clase empresarial, que ha tratado de aprovechar la coyuntura para segmentar el poder contractual de los trabajadores ; b) una



profundización de las diferencias entre los diversos países de Europa occidental en cuanto a la forma de afrontar la crisis de la concertación y el futuro de los sindicatos, debido al reto de la competitividad internacional que en cada país se presenta en condiciones distintas y genera segmentaciones y dualidades también distintas , y c) un aumento del pluralismo sindical que se ha manifestado a través de la separación entre los sindicatos de obreros y empleados, o con la aparición de otros colectivos profesionales de carácter corporativo.

Podemos decir, por tanto, que el sindicalismo está viviendo hoy día una fase de cambio y transición en la que se da ya por finalizada una etapa de acuerdo sobre las reglas fundamentales en las que se basaba el complejo de las relaciones industriales de la mayor parte de los países industrializados de Europa (el labour accord) relaciones que habían tratado de fortalecer los partidos socialdemócratas europeos.

Ahora bien la flexibilidad en el mercado de trabajo, la reducción del consenso político centralizado, la segmentación reivindicativa e incluso la disminución de la militancia no implica que ya no sea necesario colaborar con las fuerzas del trabajo , o que estas vayan a desempeñar en el futuro un papel secundario, sino que habrán de reestructurar y reformular a su vez la propia praxis sindical y política. ¿Cuál va a ser el papel del sindicato en la economía del futuro altamente internacionalizada y competitiva?, ¿qué estrategias sindicales se desarrollarán para defender las reivindicaciones del nuevo panorama que se dibujará en el mundo del trabajo? Estas son preguntas todavía difíciles de responder , pero en las que quedan implicados temas tan importantes como la capacidad contractual del mundo del trabajo , que influye principalmente en su legitimación, y su representatividad vinculada muy estrechamente a su identidad político-institucional.

Pasada la primera fase de la crisis sindical con una actitud claramente defensiva, los sindicatos , conscientes

de que desempeñan un papel innovador en la sociedad democrática, en la medida en que representan los intereses de una parte fundamental y mayoritaria de la población activa que deben reflejarse en las políticas del Estado , han de iniciar una etapa innovadora (construens) para aumentar su capacidad de representación y adoptar nuevos instrumentos de consenso y participación democrática. La flexibilidad o la segmentación no quiere decir que desaparezcan las relaciones de producción, sino un determinado tipo de relaciones más o menos homogéneas al que ha correspondido otro tipo de identidad obrera y por tanto de formulación sindical. Con el cambio se pueden avanzar hipótesis de futuras formas sindicales , predicciones de futuras identidades colectivas o no , pero habrá que esperar y ver , y en este esperar y ver es donde radica la verdadera debilidad y limitación de la respuesta socialista frente a las relaciones de producción , es decir , en que siempre va por detrás y de forma subordinada a la iniciativa del capital , aunque también es verdad que éste no ha podido escapar totalmente a la influencia sindical y socialdemócrata.

Este impasse de la "socialdemocracia europea", (expresión que utilizó por primera vez Anthony Crosland en una conferencia leída en un congreso organizado por la Internacional Socialista en Costa Rica en octubre de 1975 y publicada más tarde en la Fabian Society), ha puesto de manifiesto también la ambigüedad del aparato conceptual que han venido utilizando los socialistas europeos en estos últimos años y las dificultades con las que tropieza el intento de ponerlo en práctica en marcos diferentes. Así por ejemplo los socialistas españoles, que acceden al poder en la década de los 80 después de un período dictatorial, dada la situación de su economía doméstica y los condicionamientos económicos internacionales del momento, no pueden practicar más que una política de modernización y reestructuración de la economía, el Estado y la sociedad, frente a las metas ya conseguidas por los norteamericanos que,

en condiciones más ventajosas, accedieron al gobierno veinte o treinta años antes.

Pappalardo ha demostrado que entre la política de rigor de los socialistas franceses y españoles, en la década de los años ochenta, y la austeridad conservadora de británicos y alemanes, en el mismo período, no ha existido ninguna diferencia. Todos han recurrido a una política económica monetarista y tanto Francia como España han sido los únicos grandes países europeos que han atribuido a las políticas de control de los salarios un papel decisivo en la lucha contra la inflación(21).

Esta ambigüedad, que les ha permitido practicar políticas diferentes y a veces contradictorias, ha puesto de manifiesto la crisis que han sufrido muchos de los conceptos, teorías e ideologías del acervo socialista cuando se han contrastado con la praxis política y han tenido que enfrentarse con sus rivales capitalistas. Además, desde ángulos muy distintos, han aparecido estudios y trabajos que han modificado de grado o a la fuerza este campo conceptual. Así Wallerstein, al teorizar sobre la

remodelación de las relaciones entre las economías de mercado y las fronteras nacionales, ha subrayado el cambio estructural de las funciones del Estado en la economía mundial (22); Mandel ha relacionado los cambios asociados a la administración estatal de la economía con las fluctuaciones de onda larga en el proceso de acumulación del capital (23); Urry ha intentado explicar el cambio de relaciones entre el Estado, las clases sociales y las identidades sociales, la socialdemocracia y los partidos políticos (24); Stephens ha insistido en que en los estados capitalistas más avanzados se está produciendo una transición fundamental que alterará de manera definitiva las relaciones organizativas entre capital y trabajo (25), y en general las revistas especializadas han mantenido un pulso constante con las aportaciones más innovadoras.

Muchos de estos trabajos son más interesantes por sus análisis que por sus prescripciones, pero han tenido la virtud de ir dejando atrás ortodoxias y prejuicios que han condicionado durante muchos años la discusión política y teórica de los partidos de izquierda. Se podría hacer un gran elenco de estas discusiones y cambios que Stuart Hall ha resumido en tres áreas en las que el socialismo necesita una revisión drástica. La primera es la fuerte oposición entre el capitalismo como sistema basado en el mecanismo de mercado y el socialismo como sistema basado sobre la planificación, y la gestión social del proceso productivo. Después del fracaso de los países del Este no hay duda de que cualquier propuesta económica realista desde la izquierda consistirá en una forma u otra de economía mixta. La alternativa para la izquierda ya no consiste en rechazar las limitaciones de los agentes históricos, que se supone personifican el control y la planificación social, sino enfrentarse a estas limitaciones aceptando que son

inherentes a la naturaleza de la sociedad. Si ya no podemos soñar con la "clase universal" podemos al menos ofrecer una universalidad relativa ampliando el proceso de la toma de decisiones sociales, poniendo en primera fila una multiplicidad de agentes sociales limitados, fragmentados y parciales que entren juntos a formar parte de la "voluntad colectiva". Pero también la noción de "mercado" tiene que ser redefinida de tal manera que pierda su necesaria vinculación con la idea de mecanismo automático de regulación y maximizador ilimitado del beneficio. El segundo enfoque que la izquierda ha de cambiar, se refiere a la cuestión del agente social. El pluralismo y la fragmentación abren la posibilidad de una política más radical y democrática que en el pasado, puesto que el proyecto de la izquierda ha de consistir en el penoso esfuerzo de aunar muchas demandas e identidades a través de la negociación y el diálogo político. En tercer lugar la izquierda ha de abandonar el mito de la dicotomía entre base y superestructura, es decir, un nivel en el que los intereses se constituyen y otro en el que son representados. Ninguna sociedad actual funciona de esa manera. Si experimentamos una fragmentación creciente de la vida social al nivel de lo que tradicionalmente se llamaba infraestructura, entre diferentes grupos de trabajadores, razas, y sexos, por ejemplo, el llamado nivel político no es un nivel de representación de las demandas de los diferentes grupos, sino, en muchos casos el de la constitución de la unidad de esos mismos grupos. En ese sentido los espacios políticos en los que opera la izquierda están cambiando sustancialmente, lo que necesitamos es un "reformismo revolucionario" que amplie el espacio de representación del sistema político y constituya una voluntad política nueva como resultado de una política de agregación de las demandas sociales (26).

Hemos aludido también a un cambio en la concepción del Estado. Los acontecimientos de la pasada década nos dicen que la organización de la esfera pública se ha convertido en la problemática política central de los años 90. Ahora

bien , hay al menos cuatro formas de entender hoy lo que es el Sector Público .Una es el modelo Beveridge del Estado del Bienestar como sistema de seguridad social contra riesgos tales como el desempleo o la enfermedad , riesgos tan generales y uniformes que deberían ser una responsabilidad colectiva.Otra es la visión de la izquierda, que considera el Sector Público como un sistema consolidado de redistribución e ingeniería social con la esperanza, en algunos grupos , de que estas prácticas vayan prefigurando la futura sociedad socialista. La tercera consiste en el argumento libertario de deshacerse del Sector Público y reemplazarlo por una redistribución directa, de modo que los ciudadanos puedan comprar su propia educación y sanidad en el mercado.Y la cuarta, actualmente la más influyente, contempla el sector público como una serie de agencias de servicios (27).

Por tanto la discusión acerca del sector público ha ido tomando cuerpo en estos últimos años debido a la relevancia de su protagonismo dentro de las tareas del Estado y a la falta de criterios claros que definan los límites entre lo público y lo privado . En cualquier circunstancia ésta es una de las facetas que están reformulando la concepción del Estado tal como la hemos heredado del siglo diecinueve.

Lo mismo cabe decir del mundo laboral y las organizaciones obreras .Desde hace quince años disminuyen los conflictos y los afiliados a los sindicatos en los países industrializados de occidente.La OCDE señalaba recientemente que la afiliación en los países más ricos era del 37 por ciento en 1975 mientras que en 1988 había descendido al 28 por cien.El conflicto ha pasado a ser una manera de ajustar las reglas del juego; la forma del gobierno interno de los sindicatos, su autoridad sobre los asalariados y su cultura política eran acordes con la gestión centralizada de la empresa y del Estado,pero está naciendo un nuevo modelo de empresa con una menor división del trabajo en su seno que exige una mayor formación general y profesional, lo cual debilita la cohesión de

clase. A su vez se produce , cada vez más , un divorcio entre los partidos socialistas y los sindicatos. Los partidos se vuelven cada vez más electoralistas diluyendo sus programas sociales mientras que los sindicatos comienzan ya a ser los coordinadores de grupos corporativos en constante conflicto. Todo esto ha contribuido también a reformular la constitución y el papel de los partidos y los sindicatos en la sociedad moderna.

Ahora bien, no es posible combatir el neoconservadurismo u ofrecer alternativas socialdemócratas válidas si nos limitamos a constatar los cambios que se producen, si apelamos a los valores tradicionales o si elaboramos teorías muy afinadas pero con escasa o limitada traducción a la política real. Por eso en todos los debates recientes de la izquierda se insiste en que tenemos que enfrentarnos a los cambios que se han producido en los últimos años a escala mundial, traduciéndolos gradualmente en objetivos concretos de reivindicación.

Esta tarea se afronta tradicionalmente desde dos ángulos, por una parte desde los programas políticos que se presentan a los electores y se han de poner en práctica si se accede al gobierno y, por otra, desde propuestas concretas que determinado tipo de estudiosos elaboran en el ámbito académico. En el marco de los programas políticos, buena parte de los partidos socialdemócratas europeos han tenido como referencia el de los socialdemócratas alemanes que recientemente han presentado su Programa Básico, aceptado en el Congreso Extraordinario de Berlín de 1989, muchos de cuyos capítulos se reflejaron ya en los diez puntos del Manifiesto por una Nueva Izquierda que publicó su líder Peter Glotz. La mayoría de estos programas, desde el aprobado en el último Congreso del PS francés o el Meet the Challenge, Make the Change laborista hasta el Programa 2000 del PSOE, coinciden básicamente en casi todos sus puntos y constituyen una especie de decálogo socialista que se adapta a cada país según sus circunstancias.



Las propuestas más interesantes desde el ámbito académico juegan sin embargo un papel de prospectiva que en algunos casos se muestra poco eficaz o útil, pero en otros puede formular puntos de partida que inspiran nuevos proyectos políticos desde la izquierda. Por su significatividad especial citamos el programa de Bowles y Gintis sobre democracia industrial (28); el trabajo de John Roemer sobre los mecanismos de distribución de los recursos, de manera que resulten eficientes y equitativos, como intento pionero de racionalizar la propiedad pública (29); la propuesta de una renta básica y universal, recientemente reavivada por Ph. Van Parijs y R. Van der Veen, que se ha constituido ya en un objetivo cada vez más generalizado (30), sin olvidar trabajos como el de J.E. Meade, que trata de formular un modelo de tercera vía combinando lo mejor de la economía socialista con lo mejor de la economía de mercado (31), el de Therborn (32) y otros.

Dentro de este panorama dos aportaciones merecen una atención especial; el estudio de Esping-Andersen (33) y el de Fritz Scharpf (34), aunque ambos han sido elaborados en base a una reflexión sobre las socialdemocracias del norte. El primero es una respuesta a las tesis de Przeworski, que considera falaces, e insiste en seguir la estrategia socialdemócrata que se ha desarrollado hasta el momento presente, porque profundizando en ella se crearán las condiciones de posibilidad para el establecimiento de una sociedad más socialista, mientras que el segundo trata de elaborar una respuesta al cul de sac keynesiano mediante una huida hacia delante, considerando que si este keynesianismo se amplía a Europa o alcanza el nivel internacional los presupuestos socialdemócratas se podrán cumplir. La propuesta de Scharpf es más economicista, fijándose sobre todo en la lógica del capital y las relaciones de producción, mientras que la de Esping-Andersen es más política, subrayando las estrategias para llegar a la vía socialista.

Esping-Andersen en su crítica a Przeworski le acusa de tener una percepción estática de la socialdemocracia, como actor social, puesto que en sus planteamientos olvida la variedad de instituciones políticas en las que se desenvuelve y los contextos socioeconómicos y los ciclos en que se desarrolla, que constituyen "estructuras de oportunidad" que difieren de un país a otro, y son las que permiten optar por unas prioridades políticas u otras. Además no explica las diferentes estrategias políticas que han puesto en práctica los partidos socialdemócratas. Para Andersen las nuevas capas de asalariados no manuales tienen la llave para cualquier alianza socialdemócrata viable en los países escandinavos, pero de ahí no deduce que una estrategia de alianzas deba condenar al fracaso la lucha socialdemócrata por el poder. Su tesis es que el poder socialdemócrata depende de una combinación de fuerzas históricas: es decir, del modelo de coaliciones de clase y del comportamiento del partido en la movilización de las clases a través de las prácticas reformistas. La socialdemocracia es un movimiento que busca construir la unidad de clase y movilizar el poder a través de la legislación nacional. De ahí que el drama histórico de la socialdemocracia se defina por las formas en que estas fuerzas se han coaligado y han sido derrotadas.

La tesis de Przeworski sobre el papel progresista o regresivo de las nuevas clases medias de trabajadores no manuales tampoco es concluyente, puesto que en ese sentido se barajan hipótesis contrapuestas: algunos opinan que su fragmentación no ayuda a la solidaridad y conciencia de clase (Mills), otros las consideran como una capa de la pequeña burguesía (Poulantzas), pero otros las consideran como fuente de radicalismo socialista (Gorz-Mallet). Por tanto no necesariamente han de ser fuerzas negativas para la alianza de clases.

Este autor se contrapone también a las tesis que predicen el final socialdemócrata como son: a) la que afirma que la socialdemocracia a medida que consigue sus objetivos, pierde su acomodada base electoral (tesis del

aburguesamiento); b) a medida que avanza la democratización y el notable declinar de "la clase", esto conduce a los partidos socialistas lejos de su tradicional imagen clasista y de su ideología radical. De esta manera la socialdemocracia decaerá siempre bajo dos condiciones: si mantiene su misión histórica los trabajadores acomodados e integrados junto con los nuevos estratos medios, la rechazarán, y si adopta un estrategia electoral interclasista podrá mantener los electores pero difícilmente se diferenciará en su quehacer político de los partidos burgueses.

Contra estas tesis del fracaso socialdemócrata los revisionistas suecos sostienen que las reformas políticas y sociales pueden crear poco a poco las condiciones de posibilidad para las transformaciones económicas. La "ciudadanía política" debe preceder a la "ciudadanía social" y ésta a la "económica". El modelo, como arguyen Korpi y Stephens, se basa en la teoría del poder de movilización. La fuerza política debe nacer de las reformas y el pleno empleo que dotarán a los trabajadores de una gran capacidad para la participación y la solidaridad. Desde este punto de vista el welfare state no es un fin en sí mismo sino un medio para alterar el equilibrio de poder de las clases en favor de la socialdemocracia. De ahí que las crisis del capitalismo sólo contribuyen a debilitar esta estrategia.

Afirmo -escribe Andersen- que el proceso de formación de la socialdemocracia depende del impacto de las políticas estatales sobre la estructura de clases. Mi argumento es que la socialdemocracia es históricamente indeterminada por la simple razón de que ninguna de las fuerzas sociales que la conforman está predeterminada. Nuestra construcción teórica presenta tres componentes: la estructura de las clases, su formación, y sus alianzas. En ese escenario son importantes: a) el número, la composición de la fuerza de trabajo y sus diferencias estructurales. La diferenciación en la estructura del capital también juega un papel importante; b) el mercado hace que los trabajadores se sientan atomizados y fragmentados y puesto que la estrategia de la socialdemocracia es un proyecto mayoritario su definición de un universo solidario debe dirigirse al "ciudadano" no a la "clase". La creación de la solidaridad dependerá de los resultados reformistas, una de cuyas premisas consiste en introducir medidas sociales no sujetas a las leyes del mercado, que afecten a los asalariados y doten a las personas con rentas y derechos de bienestar, con la finalidad de que tanto los trabajadores marginales como los más institucionalizados rechacen la ruptura de estas reglas de solidaridad. Las reformas deben evitar las situaciones en las que los servicios sociales colectivos alimenten el descontento tanto entre los que pagan como entre los que reciben. Con todo la desmercantilización y la solidaridad universal no son suficientes para la movilización socialdemócrata a largo plazo, por eso el control gubernamental de la economía es otra precondition necesaria para evitar la inestabilidad económica y la crisis, que es lo que más debilita al movimiento obrero.

Como vemos pues las tesis de Esping-Andersen pasan por el reforzamiento de lo que ya se ha realizado hasta el momento, tratando de profundizar estas medidas en condiciones de expansión económica hasta llegar al pleno empleo, con el fin de ir cambiando poco a poco el equilibrio de fuerzas a base de reconquistar parcelas de poder en otras áreas y terrenos.

Scharpf (35) en las conclusiones de su libro se interroga sobre el retorno a la situación keynesiana. A su entender los keynesianos sólo se plantean la regulación del mercado, pero si los mecanismos económicos generadores de crisis se han internacionalizado han de internacionalizarse también las estrategias de previsión y superación de las crisis económicas. Se trataría ,por tanto, de recuperar a nivel internacional, mediante la institucionalización de instrumentos de regulación keynesiana, la capacidad de regulación característica de la política económica que se ha perdido a nivel nacional.

Desde un punto de vista europeo -apunta este autor- hay para ello dos estrategias, o la internacionalización de la regulación o su europeización. Estas dos estrategias no se excluyen mutuamente sino que podrían reforzarse en su eficacia. Ambas son inatacables en su lógica económica, pero su realización choca con dificultades políticas e institucionales tan fundamentales que le parece altamente arriesgado que la izquierda europea deposite preferentemente sus esperanzas estratégicas en una u otra variante de keynesianismo internacional.

Scharpf afirma que el objetivo de la primera estrategia es el restablecimiento de un orden económico internacional y estable, como el que existió en los decenios de postguerra. Durante ese periodo los Estados

Unidos tenían un predominio político y económico tan claro, que les era posible definir sus intereses en términos comprensivos y a largo plazo y renunciar a una utilización a corto plazo y egoísta de su potencial de poder. Ejemplos de ello fueron el plan Marshall y las rondas de conversaciones GATT para la liberalización del comercio internacional, iniciadas por Estados Unidos. Pero lo más importante fue que Estados Unidos asumió el papel de banquero internacional, cuya función era proveer a la economía internacional de una cantidad suficiente pero no inflacionaria de dólares americanos, que el régimen de Bretton-Woods había elevado a divisa de reserva internacional.

Mientras Estados Unidos ejerció un predominio político y económico claro no hubo excesivas tensiones en el sistema monetario. Pero cuando ese predominio comenzó a ser cuestionado por la irrupción de nuevos elementos en la escena internacional -como por ejemplo la emergencia de las economías japonesa y alemana- la política americana se orientó cada vez más hacia el corto plazo y dejó de ser un factor estabilizador de la economía mundial.

De ahí han nacido todas las propuestas que tratan de sustituir al dólar por una reserva internacional de liquidez, en base a que habría que sustituir la hegemonía americana en el orden internacional por un orden voluntariamente acordado entre los grandes países industrializados de Occidente. Lo cual demuestra que la preponderancia de los Estados Unidos ya no es tan grande en algunos aspectos aunque conserva una gran capacidad de liderazgo que le hace necesitar menos de sus aliados.

La estrategia del keynesianismo europeo también tiene a su favor la lógica económica: la plena integración del mercado interior europeo que la Comunidad Europea conseguirá crear en 1992, un espacio económico enteramente comparable al de los Estados Unidos, cuya dinámica interna será presumiblemente mayor y cuya dependencia real respecto de la economía mundial será esencialmente menor que las de las distintas economías nacionales europeas por separado. El ulterior desarrollo del sistema monetario europeo, que asimismo está en el programa apoyado por los socialdemócratas alemanes, y que acabará produciendo una unión monetaria europea con un mercado común europeo de capitales sometido al control bancario central de un fondo monetario europeo, podría crear una instancia de equilibrio contrapuesta a la que representa el mercado de capitales regido por el dólar.(36)

Ahora bien, esta política ha de recorrer todavía un camino lento de consenso en la política europea, como el que se alcanzó el 21 de diciembre de 1990 en París respecto a la política de defensa (la Carta de París).

Para conseguir una mayor internacionalización del keynesianismo Scharpf piensa que se trataría de establecer una coordinación entre la política monetaria europea y la política fiscal de los Estados Unidos conforme al modelo monetarista puesto en práctica en Alemania en 1974 que deja intactas las soberanías nacionales.

Salvada esta dificultad habría que enfrentarse también a la coordinación entre política monetaria y política salarial, que es imprescindible para moverse en un marco de regulación keynesiana de la demanda, que debería contar con la difícil coordinación de los sindicatos a nivel europeo.

Aun así el problema más importante es que los países europeos no están sometidos a una presión homogénea de los costes ya que la evolución de éstos depende mucho de las patronales y de los sindicatos, que son muy diversos en sus objetivos y estrategias.

Pero, ¿qué hacer si se repite más a menudo la situación que se produjo entre 1979 y 1984 y si no sólo el crecimiento y el pleno empleo sino incluso el nivel conseguido hasta ahora de prestaciones sociales y de medidas de bienestar social empieza a depender de que los beneficios aumenten y se mantengan permanentemente altos?

Una política socialdemócrata de oferta referida al sector privado tiene que orientarse hacia el aumento de las ganancias de las empresas y por tanto concentrarse en las estrategias de producción de las empresas para hacer sus productos más atractivos y la productividad más alta que la de sus competidores de otros países.

Una solución es "la especialización flexible" en productos de alto valor añadido. Con estrategias microeconómicas pueden obtenerse ventajas en lo referente a competitividad. Pero por este medio no pueden neutralizarse las limitaciones macroeconómicas que en la actualidad restringen el crecimiento económico en la totalidad de los países industriales.

Todo esto conduce a este autor a la conclusión de que en la actualidad no existe una estrategia keynesiana



económicamente plausible a nivel nacional con la que puedan realizarse plenamente los objetivos socialdemócratas sin violar condiciones funcionales de la economía capitalista. Pleno empleo, rentas crecientes del trabajo, transferencias sociales mayores y una provisión mejor y más adecuada de equipamientos y servicios públicos son objetivos que no pueden conseguirse hoy al mismo tiempo, porque las tasas de crecimiento que serían menester para ello son demasiado elevadas, y porque las exigencias restrictivas de distribución que el capital está hoy en situación de imponer se han elevado.

Ante las vías de solución políticas y económicas que proponen estos dos autores se levantan, por tanto, numerosos problemas entre los que no es menor el de la formulación de las alianzas de clase en momentos de crisis económica y social, o el de la consistencia y alcance de la unidad europea que todavía está por venir. Pero al igual que en nuestra anterior reflexión sobre el Estado del Bienestar dimos un papel importante al impacto político y cultural que los EEUU habían tenido en Europa después de la II Guerra Mundial, de la misma manera ahora pensamos que uno de los límites más importantes para la configuración de un sistema socialdemócrata incluso a nivel europeo es la dependencia europea del modelo capitalista americano que continua liderando no sólo el poder político mundial sino también el poder económico e ideológico.

Muchos autores, entre ellos varios americanos, (37) han diagnosticado ya el comienzo del declive americano originado por la imposibilidad de abarcar militarmente el mundo. La mayoría confirman que en 1973 se terminó el orden internacional instaurado en Breton Woods (1944), por el que los EEUU habían creado un sistema monetario y financiero a su medida.

Para confirmar esta pérdida de protagonismo americano se aduce que en 1950 los países de Europa Occidental disponían del 17 por cien del producto nacional bruto mundial frente al 34 por cien de los Estados Unidos, mientras que en 1980 Europa había subido al 28,6 por cien y

EEUU sólo alcanzaba el 23,3 por cien. El liderazgo tecnológico norteamericano está cediendo predominio en favor del Japón que domina la tecnología básica más importante : los semiconductores de los que depende el desarrollo de sectores clave como la informática o la robótica. La mayor potencia militar muestra una situación interna mediocre y es la nación más endeudada del mundo, con grandes déficits ecológicos, mala calidad educativa, degeneración de la vida urbana y grandes bolsas de pobreza como resultado de un capitalismo salvaje.

Pero planteamientos de este tipo olvidan que la dependencia europea del comercio internacional es mucho mayor que la americana, ya que en EEUU supone un 10 por cien del PNB mientras que en los países de la CE oscila entre un 25 y un 50 por cien, y de ahí deriva una mayor vulnerabilidad comparativa de Europa. Otro dato más reciente es que la economía internacional se ha expandido cuando se han expandido los EEUU: "en el 72-73, en el 76-79 y en el 82-85, esto es importante porque demuestra lo lejos que está la economía internacional de un gobierno de demanda mundial, y también en estos últimos años desde 1973 las tasas de crecimiento europeas han sido inferiores a las americanas. En este período los EEUU han creado 20 millones de puestos de trabajo mientras Europa sufría una pérdida de 2.5 millones, y aunque el desequilibrio entre la política monetaria y la política fiscal americana ha complicado los problemas de los responsables políticos europeos es evidente que el estancamiento europeo se debe a causas estructurales" (38). Por tanto aunque el liderazgo americano esté perdiendo predominio y la valoración del poder sea ahora más compleja todavía se le considera como la superpotencia capaz de asumir una misión global, como ha ocurrido recientemente con la guerra del Golfo, con todo lo que esta situación implica de reivindicación ideológica y de guía política y económica en el acontecer mundial.

Ahora bien, esto no significa el fin de la capacidad estratégica de la socialdemocracia europea o la renuncia a sus posibilidades, aunque es necesario reconocer que la

transformación que han experimentado las relaciones de intercambio entre capital, trabajo y Estado, las geopolíticas e incluso las más interpersonales de la vida cotidiana han cambiado también el marco donde se han de reformular las nuevas políticas.

### 7.3 En el umbral del siglo XXI.

Es difícil prever en qué dirección se desarrollarán en el próximo siglo muchos de los problemas y tensiones que han tenido vigencia durante la presente centuria, y que en buena medida hemos heredado del siglo anterior. La sociedad industrial viene dibujando desde la década de los años setenta un giro histórico en su desarrollo, algunas de cuyas circunstancias y consecuencias hemos tratado de analizar en las páginas anteriores. La ciencia social, dentro de sus limitaciones, enseña que sólo cuando se definen correctamente los problemas y tareas del futuro es capaz la sociedad de afrontarlos con cierta probabilidad de éxito y eso, a su vez, requiere para su cumplimiento un proyecto político.

En la tarea de definir correctamente los problemas, tanto el liberalismo como el socialismo han debido asumir el cambio que se ha producido recientemente en muchos de los postulados que han marcado su pensamiento.

Así, el pensamiento liberal más moderado ha ido aceptando poco a poco la intervención del Estado en la política de regulación del mercado así como la presencia institucionalizada de los sindicatos en las relaciones entre capital y trabajo. Los partidos políticos conservadores, que comenzaron introduciendo políticas sociales por motivos tácticos, con pretensión estabilizadora y en algunos casos, incluso, por razones ideológicas han visto imposibilitada su reducción en tiempos de crisis por motivos electorales, sobre todo a medida que el bienestar social ha ido ganando espacio como pauta cultural del impulso hacia la igualdad.

En el ámbito del socialismo, por su parte, ha sido difícil aceptar el hecho de que el trabajo industrial ya no sea el eje del proceso productivo(39) y a su vez que el movimiento obrero no sea el único motor del cambio progresista. El desarrollo tecnológico ha ejercido una mutación en ese mismo proceso modificando la estructura de las clases y las relaciones trabajo-ocio que, a su vez, han revolucionado las formas de la vida cotidiana. Esto ha repercutido en la dinámica y conformación de las instituciones provocando una crisis de representación, sobre todo en las instituciones civiles más importantes que son los partidos políticos y los sindicatos. Ha muerto también la vía nacional, no sólo al socialismo sino a cualquier proyecto de futuro, modificando las relaciones entre las naciones europeas de forma decisiva y conformando unas relaciones geopolíticas que pueden ser más consensuadas y equilibradas.

Ahora bien, la dinámica del fin del siglo y, por tanto, la que se vislumbra para las próximas décadas va a estar marcada por factores distintos a los que han condicionado las formas de vida en las décadas centrales del siglo presente. Tres elementos constituirán un denominador común para todo el mundo desarrollado: las comunicaciones instantáneas, la integración económica global y los avances tecnológicos acelerados. Estos y otros factores han venido repercutiendo ya en el cambio y la transformación del escenario mundial y, en el umbral del siglo XXI, han provocado su reformulación, lo cual está obligando a desechar los viejos instrumentos del análisis social y a dejar atrás categorías que parecían insustituibles.

Este cambio de escenario se puede advertir en tres ámbitos diferentes: por una parte en la reformulación de la teoría social, por otra en la aparición de nuevas dimensiones sociales y, por último, en el surgimiento de nuevas tensiones.

En el campo de la teoría algunos estudiosos perciben, desde hace tiempo, una restructuración de los espacios sociales existentes que comporta una mutación en la conciencia colectiva, individual y de grupo, lo que a su vez conlleva un cambio en las formas de dominación. Bourdieu (40), por ejemplo, advierte que es necesaria una exploración multiforme de los fenómenos sociales porque las relaciones socialmente dominantes ya no son económicas y ha quedado obsoleta la respuesta globalizadora al problema de las clases sociales y su reproducción. La clase ya no es el "estilo de vida" weberiano o resultado del determinismo economicista, porque han cambiado las posiciones sociales, los hábitos y las formas de reproducción. Se abren nuevos espacios sociales, como el ecologismo, con perspectivas multifuncionales, e incluso en los espacios tradicionales, como en el caso de la familia, han cambiado las estrategias de reproducción tanto respecto a su función en la trayectoria de clase como en la individual.

Nos hallamos ante sociedades que están sufriendo un cambio social, político y económico muy rápido y en las que las formas tradicionales de vida son barridas o transformadas por un continuo proceso de desarrollo político e industrial. En los últimos años los avances tecnológicos en el transporte y los medios de comunicación de masas han revolucionado también la construcción de las dimensiones espacio-temporales de los sistemas sociales y esto ha influido de modo determinante en la actividad del individuo y en la producción de su proyecto vital y de grupo (41). Desde ese punto de vista se habla de una desconstrucción de lecturas demasiados

historicistas y evolucionistas de las transformaciones sociales, subrayando que ya no existe una dirección o dinámica general del cambio social sino que la dirección y dinámica de los cambios serán específicos de cada episodio histórico.

Las patologías de un mundo que se pretendía construir con pautas racionales han aumentado considerablemente, contribuyendo a generar en el ciudadano una conciencia cada vez más fragmentada. La gran cantidad de información que recibimos diariamente y el escaso acceso a su control y producción ha provocado distorsiones sistemáticas en la comunicación humana, lo que ha contribuido también a la colonización de la opinión y al adormecimiento de la conciencia crítica (42).

Estas y otras muchas reflexiones de la teoría social han surgido y, a su vez, se han proyectado con motivo de la aparición de nuevas dimensiones sociales como la generalización de los medios de comunicación de masas, el acceso a las tecnologías avanzadas, la tendencia al individualismo, la depredación de la naturaleza y la sensibilidad ecológica, etc. No podemos detenernos en la descripción de cada una de estas nuevas dimensiones pero vamos a fijarnos en algunas de las más importantes.

El progreso científico encarna y depende de la comunicación abierta. El hardware de estas tecnologías - computadora, televisión, cable, satélite, laser, fibra óptica y tecnologías de microchip - se combinan para crear una vasta red interactiva de información y comunicaciones. Si el automóvil fue una "ideología sobre cuatro ruedas", la

telecomunicación electrónica y los sistemas de información son "una ideología a 186.000 millas por segundo", lo que nos convierte en un planeta sorprendentemente pequeño y con mucha prisa. Por otra parte la búsqueda de ciencia y tecnología exige, e incluso impone, sociedades abiertas. Las trayectorias de los satélites no respetan las fronteras nacionales, los cables telefónicos se introducen en las sociedades más cerradas. El software de las nuevas tecnologías es quizás incluso más globalizador que el hardware. El brazo informativo del comercio internacional se proyecta y alcanza a distintas naciones y culturas parroquiales y les da una cra común cincelada en Hollywood, Madison Avenue o Silicon Valley. Pero todo este mundo comercial de alta tecnología no es necesariamente democrático. Se presta a la vigilancia igual que a la libertad, a nuevas formas de manipulación y control encubierto así como a nuevas formas de participación (43).

Por su parte el concepto de individualización - como afirma Berking - no se refiere a la vieja concepción liberal de un individuo articulado en torno a la propiedad y la familia, sino que se refiere a la necesidad de aprender a vivir con formas de conducta contradictorias. Individualización significa, al mismo tiempo, ampliación de los ámbitos de libertad subjetivos y dependencia absoluta de las leyes del mercado, subjetivación y estandarización de las formas de expresión, aumento de la capacidad de autorreflexión y existencia de gigantescos mecanismos exteriores de control. Se trata de interrogarse sobre el problema de si todavía va resultar posible configurar

identidades colectivas ,de si es posible que se desarrollen procesos de formación de grupos o procesos meramente sociológicos de formación de comunidades a la vista de la creciente individualización de las formas de vida ( 44).

La crisis ecológica y , por tanto, la sensibilidad medioambiental aparece en las últimas décadas junto al final de la ideología desarrollista y evidencia la imposibilidad de un crecimiento incontrolado e indefinido. Esto supone poner en tela de juicio el modelo de desarrollo industrial. El desequilibrio ambiental es el resultado de la actividad depredadora del hombre y de su concepción de la dominación sobre la naturaleza. La destrucción de la capa de ozono , el aniquilamiento de masas forestales , el vertido de residuos industriales a los ríos y mares y otras agresiones sistemáticas a la naturaleza han sido el coste del progreso ininterrumpido y sin control de las sociedades occidentales . Las consecuencias de esta anarquía destructura han adquirido tal magnitud y la amenaza de revertir sobre la propia humanidad está siendo tan palpable que algunos países comienzan ya a dedicar en sus presupuestos generales recursos importantes para atenuar y , después corregir las pautas y consecuencias del modelo de desarrollo económico e industrial, de tal manera que se intenta llegar a un equilibrio entre crecimiento económico y respeto ambiental .

Los países industriales constituyen una cuarta parte de la población mundial, consumen las tres cuartas partes de los recursos mundiales y no tienen intención alguna de renunciar a sus pretensiones o de variar sus formas de vida. Nuestra



producción implica necesariamente consumo , y no existe ningún sistema de reciclaje capaz de evitar que el aumento de la actividad productiva vuelva el mundo cada vez menos habitable para el futuro. Por eso el cambio es necesario no sólo en el sentido de que nos habituemos a depositar los embases usados de cristal en un contenedor o de que logremos inventar algún catalizador para evitar los escapes, sino que se impone un cambio en otro sentido más fundamental hacia nuevas formas de vida que estén en armonía con las fuerzas autorreguladoras de la naturaleza (45). Si el crecimiento económico , el aumento de la población y el progreso tecnológico aparecen como los factores fundamentales de la degradación medioambiental debido a los estilos de vida y modelos de comportamiento de las sociedades avanzadas, se trata, como sugieren algunos estudios (46), de reinventar una economía ecológica de mercado que de prioridad a las leyes de la naturaleza y de la entropía con el fin de mantener el equilibrio con el medio ambiente. Crecimiento no es sinónimo de desarrollo ni de bienestar y habrá que desvelar nuevos indicadores de bienestar socio-económico-ambiental donde se incorporen los costes ecológicos; de lo contrario podría ocurrir que el mundo resultase ser la víctima de su propia prosperidad.

La reestructuración y redefinición de los espacios sociales como consecuencia del carácter multidimensional de las formas de vida , el cambio en la percepción de las dimensiones espacio-temporales ante la desaparición de nuestras posibilidades de distanciamiento, la tendencia hacia la individualización de las formas de vida, la crisis del

desarrollismo incontrolado y el aumento de la sensibilidad ecológica , la existencia de una conciencia ya madura sobre formas de explotación - como la sexual - cuyas bases descansan sobre condiciones más universales y otras nuevas dimensiones sociales que están apareciendo en el umbral del siglo XXI conforman un nuevo escenario que no va a estar exento de tensiones y contradicciones , aunque estas tomarán un cariz distinto al que hemos vivido hasta ahora. A las tradicionales tensiones entre capital y trabajo , en el mundo de la economía , se añadirán las productivas entre competitividad u regulación propias de un sistema globalizado; en la dicotomía entre desarrollo y crecimiento se interferirá toda la compleja problemática ecológica ; los problemas territoriales se agudizarán entre competencias regionales, estatales y federales de lo que Europa está siendo ya un buen ejemplo ; la tendencia a la individualización pondrá en entredicho las actuales formas de participación política y el papel del Estado , así como el protagonismo de los nuevos movimientos sociales y su función movilizadora ; y no conviene olvidar el cambio de panorama en las relaciones geopolíticas , con tres polos muy desarrollados - Estados Unidos , Europa y Japón - y su difícil relación con el Tercer Mundo o con los países en vía de desarrollo .

Esta enumeración no agota la descripción de las nuevas tensiones que se van a producir en las próximas décadas sino que trata simplemente de vislumbrar algunos de los desarrollos que tendrán que afrontar las fuerzas políticas en el futuro inmediato. Ante la imposibilidad de dar un tratamiento

exhaustivo a este nuevo panorama nos vamos a detener solamente en algunos de estos cambios que nos introducen en un escenario hasta ahora desconocido.

A lo largo de estas páginas hemos visto que la sociedad actual está todavía absorvida por el problema del bienestar social. Beck (47) afirma que las sociedades industriales de clases continúan atadas ,en su dinámica evolutiva, al ideal igualitario en sus diferente manifestaciones , sin embargo en los últimos tiempos estamos entrando ya en lo que llama la sociedad del riesgo ,es decir , la época del industrilismo en la que los hombres han de efrentarse al desafío que plantea la capacidad de la industria para destruir todo tipo de vida sobre la tierra y su dependencia de ciertas decisiones. Los inmensos riesgos de catástrofe atómica , ecológica , genética y química han acabado por socabar los cuatro pilares fundamentales de cálculo de riesgos y de su cobertura. La mayoría de estas amenazas se caracterizan por la dificultad que presenta su delimitación tanto desde el punto de vista espacio-temporal como desde el punto de vista social : la distancia se ha esfumado ante la contaminación atómica y química y en eso consiste la omnipotencia del peligro. De ahí que en estas sociedades el principio normativo que constituirá su fundamento será la seguridad . Esta situación quiebra el sistema de valores actual y puede introducir cambios significativos en el sistema político y jurídico, y en el comportamiento económico de la sociedad.

De otra índole son los problemas derivados del ajuste ,siempre conflictivo, entre los planos de poder y decisión ,

cada vez más amplios y abstractos , y su base territorial y comunitaria. A una dinámica centrípeta puede sucederle otra centrífuga. En cualquier caso , ya en la actualidad es posible observar reacciones de tipo populista y localista frente a los poderes públicos y las cargas fiscales , que muchas veces incorporan elementos preocupantes de conflicto intercomunitario. El rechazo a la inmigración o la lucha de identidades colectivas están muy presentes en este tipo de conflictos. Sin una síntesis positiva , sin avance político claro en el concepto de ciudadanía democrática , es posible que este tipo de reacciones insolidarias proliferen, dado que las tendencias de base que han utilizado como pretexto no es posible que se atenúen .

A su vez el proceso de individualización que hemos mencionado antes conduce al abstencionismo cívico del ciudadano no solamente debido a la dificultad para captar las contradicciones en que se desenvuelve su vida social sino porque las sociedades industriales avanzadas han traído como consecuencia una democracia limitada por la complejidad de los procesos sociales que cada vez más se dejan en manos de los expertos y porque las cuestiones relacionadas con la transformación de la sociedad tecnológica - como la genética humana o las nuevas técnicas médicas de reproducción - se sustraen fácilmente al ámbito de las decisiones políticas y parlamentarias.

Esta tendencia cada vez más agudizada hacia la individualización de nuestra sociedad occidental cuestiona la posibilidad futura de configurar identidades colectivas .El

movimiento obrero tal como ha sido formulado hasta el presente, tiende a remitir numéricamente y asiste a una recomposición de sus fuerzas y a una revisión de sus estrategias. Con todo, la defensa organizada de sus intereses se mueve dentro de los parámetros clásicos de su actuación. Por otra parte los nuevos movimientos sociales ya no tienen como referencia los intereses ligados a la situación de clase. Los intereses que representan son tan heterogéneos como su militancia y se han constituido en una multiplicidad de minorías éticas que avivan el debate público y promueven un cambio social de progreso luchando contra el empobrecimiento cultural de las sociedades avanzadas.

Todo este conjunto de problemas y las energías que los países occidentales van a emplear para hacerle frente agudizarán más, si cabe, las contradicciones que enfrentan a los países ricos y pobres, y por eso les confieren dimensiones internacionales. Muchos países verán frustrarse su voluntad y su esfuerzo por salir de una situación de pobreza y subdesarrollo. Las zonas más pobres del mundo serán las más afectadas porque son las que poseen menor capacidad para superar las condiciones de su entorno y esto aumentará todavía más la fractura económica y cultural entre unos y otros, de la que solo se podrá salir mediante el establecimiento de un nuevo sistema de relaciones internacionales en base a un concepto distinto de cooperación equitativa entre los países ricos del Norte y los países pobres del Sur.

Estas son algunas de las nuevas dimensiones y tendencias que a nivel sociológico y político han aparecido o se han

agrandado en el umbral del siglo XXI. La tarea que se presenta ante las fuerzas políticas de izquierda es ardua y difícil y solamente se podrá afrontar desde el marco europeo. A la socialdemocracia se le abre así , a través de Europa , una clara oportunidad para desarrollar un nuevo proyecto social.

## VIII. BIBLIOGRAFIA Y NOTAS

## VIII. BIBLIOGRAFIA Y NOTAS

### Capitulo I

- (1) Derbyshire, I. West Germany From Schmidt to Kohl. W. and R. Chambers LTD, 1987, pág. 12.
- (2) Süddeutsche Zeitung, 8 de agosto, 1974, cit en G. Braunthal :The West German Social Democrats 1969-82. Westview Press, 1983.
- (3) Braunthal, G.: op.cit, pp. 240-244.
- (4) Schmidt.H.: The Balance of Power, 1971
- (5) Derbyshire, I.: op.cit., pág. 28.
- (6) Przeworsky, A.: "Social Democracy as a Historical Phenomenon", New Left Review no. 122, Julio - agosto, 1980, pp.27-58.
- (7) Frankfurter Allegmeine Zeitung. Abril, 1982.
- (8) Glotz, P.: "Anatomie einer politischer Partei in einer Millionenstadt", Das Parlament, no. 41, Oct. 1975.
- (9) La "Fraktion" era el grupo parlamentario que representaba a la corriente de izquierda encabezada por Wehner.
- (10) Drath, V.H.: Willy Brandt: Prisoner of His Past. Radnor Penn. Chilton Book Co., 1975, pág. 349.
- (11) Glotz, P.: Der Weg der Sozialdemokratie, pág 232.
- (12) Mckenzie, R.T.: British Political Parties: the distribution of Power within the conservative and Labour Parties. New York, Praeger, 1963, op.cit. en Braunthal G. pág. 77.



- (13) Braunthal, G.: op.cit. pág. 51.
- (14) Braunthal, G.: op.cit. pág. 52.
- (15) Missiroli, A.: "The SPD-Portrait of a party". Workshop Barcelona, Sept.1990.
- (16) Braunthial, G.: op.cit. pág. 147-48.
- (17) Friedrich-Ebert-Foundation: Framework of Economic and Political Orientation of the Social Democratic Party of Germany for the Years 1975-85
- (18) Braunthal, G.: op.cit. pág. 150.
- (19) OR'85: Framework pág. 3. En Braunthal, G. op.cit. pág. 150.
- (20) Braunthal, G.: op.cit. pág. 151.
- (21) Vöwärts, 9 junio, 1977. En Braunthal, G. op.cit. pág. 154.
- (22) Braunthal, G.: op.cit. pág. 154.
- (23) Braunthal, G.: op.cit. pág. 155.
- (24) Braunthal, G.: op.cit. pág. 144.
- (25) Ibidem.
- (26) Ibidem.
- (27) Ibidem.
- (28) Ibidem.
- (29) Braunthal, G.: op.cit. pág. 145.
- (30) Braunthal, G.: op.cit. pág. 146.
- (31) Braunthal, G.: op.cit. pág. 147.
- (32) Ibidem.
- (33) Leaman, J.: The political Economy of West Germany 1945 85, MacMillan Press, 1988, pp. 182-183.
- (34) Leaman, J.: op.cit. pp.172-263.
- (35) Grande, E.: "West Germany: from reform policy to crisis-management", en E.Damgaard et alii (eds.): The politics of Economic Crisis, Avebury, 1989, pp. 51-52.
- (36) Derbyshire, I.: op.cit. pág. 87.
- (37) Grande, E.: op.cit. pág.59.
- (38) Flora, P.(ed.): Growth to Limits. The Western European

- Welfare States since World War II. Walter de Gruyter, Berlin 1986, págs. 28 y 40.
- (39) Op.cit, págs 22 y 60.
- (40) Op.cit, págs. 23 y 70.
- (41) Op.cit, págs. 31 y 74.
- (42) Op.cit, págs. 33 y 79.
- (43) Op.cit, págs. 26.
- (44) Op.cit, págs. 64-65.
- (45) Op.cit, págs. 104.
- (46) Baglioni, G. y Santi, E.: L'Europa sindacale agli inizi degli anni 80, Il Mulino, 1982, pág.154.
- (47) Braunthal, G.: op.cit. pág. 112.
- (48) Braunthal, G.: op.cit. pág. 116.
- (49) Braunthal, G.: op.cit. pág. 119.
- (50) Braunthal, G.: op.cit. pág. 120.
- (51) Berghahn, V.R. and Karsten, D,: Industrial relations in West Germany. Berg 1987 pp. 204-205.
- (52) Jacobi.O. & Müller-Jentsch:"RFA, structural change and continuity", en Baglioni,G. & Crouch,C. (Eds.): European industrial relations. Sage pub. 1990, pp.131-140.

## Capitulo II

- (1) Fwynn, W. end Rose, R.(eds.): Britain: Progress end declive. Macmillan, 1980. Ver también Weiner, M.: English culture and the declive of the industrial Spirit. CUP. 1981
- (2) Coates, D.: Labour in power. Longman, 1981. Ver también Mitchell, A.: Four years in the death of the Labour Party. Methuen, 1983
- (3) Layton-Henry, 2. (ed.): Conservative party politics. Macmillan, 1980. Ver también; Holmes, M.: Political pressure and economic policy: British government 1970-74, Butterworths, 1982.
- (4) Holmes, M: The Labour governement 1974-79. MacMillan,

1985. pp-5-6.

- (5) Wilson, H: Final term: The labour government, 1974-76. Weidenfeld and Nicholson, 1979.
- (6) Grant, W; The political economy of industrial policy, Butterworths, 1982.
- (7) The Bullock Committee of Inquiry. se formó en 1975 como parte integrante de las medidas que se tomaron en el Contrato Social.
- (8) Derbyshire, I: Politics of Britain. From Callaghan to Thatcher, Chambers 1988, pág. 48.
- (9) Derbyshire, op.cit, pág. 51.
- (10) Steward, M: Controlling the economic future, Wheat-sheaf Books, 1983 pág. 68.
- (11) Radice G. y L.: Socialist in the recession. Mac.Millan, 1983, pág.68. Ver Michie, A. and Hoggart,S.:The pact:the inside story of the Lib-Lab government 1977-78, Quartet, 1978.
- (12) Derbyshire, I: op.cit.pág.76.
- (13) Derbyshire, I: op.cit.pág.70-71.
- (14) Jessop, B. et alii: Thatcherism, Polity Press, 1988.
- (15) Derbyshire, I: op.cit.pág. 76.
- (16) Crewe, I: Britain at the polls, Penniman, 1979 pg.300.
- (17) Kogan, D. and Kogan, M.: The battle for the Labour Party, Kogan Page, 1982.
- (18) Kavanagh, D.(Ed.): The politics of the Labour Party, George Allen and Unwin, 1982, pp. 95-110.
- (19) Holland, S.: The Socialist Challenge, Quartet, 1975.
- (20) Crosland, A.: The future of the socialism. J.Cape,1956.
- (21) Seyd, P.: The rise and fall of the Labour Left, Mac Millan, 1987, pp.25-26.
- (22) Forrester, T: The Labour Party and the Working Class. Heinemann, 1976.
- (23) Seyd, P.: op.cit. pp.37-76.

- (24) Seyd, P.: op.cit. pág.41.
- (25) Seyd,P.: "Party renewal:The British Labour Party". Workshop, Barcelona, Oct.1990.
- (26) Kavanagh, D.: Thatcherism and British Politics: the end of consensus? O.U.P.1987.
- (27) Overbeck, H.: Global capitalism and Britain's decline. Hutchinson, 1989.
- (28) Jessop, B., Bonnet K., Bromley S., Ling T.: Thatcherism, op.cit. pp.18-19.
- (29) Morgan, K. O.: Labour people, O.U.P. 1987, pp.327-341.
- (30) Derbyshire, I.: op.cit. pp.141-142.
- (31) Derbyshire, I.: op.cit. pág.156.
- (32) Aldcroft, D.: "Britain's economic decline 1870-1980", en Roderick, G. and Stephens, M. (eds.): The British Malaise, Farmer Press, 1982. pp.31-64.
- (33) Kaldor, N.: Causes of the slow rate of growth of the U.K., C.U.P. 1966 citado en Hall, P.: Governing the economy, op.cit.pág.27.
- (34) Caves, R. and Krause, L. (eds.): Britain's economic perfomance, Brooking Inst., 1980 pp.135-198 en Hall, P. op.cit. pág.28.
- (35) En este apartado vamos a seguir las tesis de Peter Hall ampliamente aceptadas por otros muchos estudiosos.
- (36) Richardson, J.J.: "Changing policy styles and policy innovation. The response to economic crisis", en Damgaard, E.: op.cit. pág.12.
- (37) Jackson, P.: "Economic briefing" cit. en Richardson, op.cit. pp.16-18.
- (38) Para elaborar este capítulo hemos utilizado ampliamente el capítulo que Richard Perry dedica al Reino Unido en el libro de Peter Flora (ed.): Growth to Limits. op.cit., pp.155-241. Un estudio más detallado del periodo laborista puede verse en Bosanquet, N. y Towsend, P.: Labour and equality, Heinemann, 1980.
- (39) Townsend, P.: Poverty in the United Kingdom, Penguin 1979.

- (40) Mack, J. and Lansey, S.: Poor Britain, George Allen and Unwin, 1985.
- (41) Le Grand, J.: The strategy of equality, Allen and Unwin, 1982.
- (42) Roberston, A.: "El desarrollo del Estado del Bienestar en Gran Bretaña". Universidad de Edimburgo, 1990.
- (43) Rubery, J.: "Il sindacato negli anni 80: il caso della Gran Bretagna". En Edward, R. (ed.): op.cit. pp.103-104.
- (44) Crouch, C.: "Gran Bretagna del compromesso di classe alla radicalizzazione dei rapporti sociali", en Baglioni, G. and Santi, E. (eds.): L'Europa sindacale agli inizi degli anni 80, op.cit. pp.247.
- (45) Hyman, R.: "British industrial relations: the limits of corporatism", en Jaccobi, O. et alii (eds.): Economic crisis, trade unions and the state. Croom Helm, 1986 pp.87.
- (46) Clark, J. et alii (eds.): Trade Unions, National Politics and Economic Management, Anglo American Foundation, 1980.
- (47) Crouch, C.: "Gran Bretagna, dal compromesso di classe" op.cit. pp.182. Ver tambien, Kelly, J.: Trade Unions and Socialist Politics. Verso, 1988, pág.262.
- (48) TUC Annual Reports, en British Journal of Industrial Relations. Vol.XIV, 1976, no.3, pag.340. Tabla en Kelly, J.: op.cit. pág.261.
- (49) El "closed shop" es una práctica en base a la cual

existe un vínculo obligatorio entre el ingreso al trabajo y la afiliación al sindicato.

- (50) Gennard, J. and Lockyer, C.: "Reversing the ratchet?. Policy change under the Thatcher government 1979-86: industrial relations policy", en Damgaard, E. op.cit., pág.20-21.
- (51) Adeney, M. and Lloyd, j.: The miner's strike, Routledge, 1986.
- (52) Crouch, C. : "Conservative industrial relations policy: towards labor exclusion?", en Jacobi, op.cit. pp.131-157.
- (53) Hughes, C. & Wintour, P.: "Labour rebuilt: the new model party", Fourth State, 1990, pp.6-9.
- (54) Clif, T. & Flukstein, D.: "The Labour party: a Marxist history", Bookmarks London, 1988, pp.368-369.
- (55) Clif, T & Flukstein, D.: op.cit., pag.369.
- (56) Leyd, P.: "Party renewal: The British Labour Party", op.cit., pp.1-10.
- (57) Clif, T. & Flukstein, D., op.cit., pag.359.

### Capítulo III

- (1) Portelli, H.: Le socialisme français tel qu'il est. P.U.F., 1980
- (2) Johnson, R.W.: The Long March of French Left. St.Martin's Press, 1981.
- (3) Mossuz, J.: Les clubs et la politique en France, A.Colin, 1970.
- (4) Crouch, C. & Pizzorno, A. (eds.): The resurgence of class conflict in Western Europe since 1968. Mac Millan, 1978.
- (5) Bell, D.S. y Ciddle, B.: The French Socialist Party, Clarendon Press, 1984, pp.64-67.
- (6) Guidoni, P.: Histoire du nouveau Parti Socialiste, Tema Edit. 1973.
- (7) Bell, D.S. y Ciddle, B.: op.cit. pp 72-75.
- (8) Bell, D.S. y Ciddle, B.: op.cit. pp 94-98.

- (9) Derbyshire, I.: Politics in France: From Giscard to Mitterrand. Chambers, 1987. pág.48.
- (10) Derbyshire, I.: op.cit., pp.49-51.
- (11) Bell, D.S. y Ciddle, B.: op.cit. pp.105-106.

- (12) Bauchard, Ph.: La guerre des deux roses. Du rêve à la réalité 1981-85. Grasset 1986, pp.15-16.
- (13) Derbyshire, I.: op.cit.pp.63-64.
- (14) Bell, D.S. y Ciddle, B.: op.cit.pág.220.
- (15) Mazey, S. and Newman, M. (eds.): Mitterrand's France.Croom Helm, 1987. pág.9.
- (16) Guillerm, A. y Bourdet, Y.: L'autogestion, Edic.Seghers, Paris 1975.
- (17) Mazey, S. and Newman, M. (eds.): op.cit.pp.12-14.
- (18) Mitterrand, F.: Ma part de la vérité, Fayard. Paris 1969. pág.120.
- (19) Evin, R.: Michel Rocard ou l'art du possible, Simoën, 1979.
- (20) Bell, D.S. y Ciddle, B.: op.cit. pág.239.
- (21) Rocard, M.: Un pays comme le nôtre, Seuil, 1989, pp.8-20.
- (22) Cayrol, M.: "Les militants du Parti Socialiste. Originalité et diversités". Projet, Mayo 1982. pp.572-86. En Bell, D.S. y Ciddle, B. op.cit. pág.202.
- (23) Ross, G.: El experimento Mitterrand. Edicions Alfons el Magnànim, 1988, pág.22-24.
- (24) Mitterrand, F.: Ici et maintenant, Fayard, 1980.
- (25) Schmidt.V.A.: "Decentralization: A revolutionary reform" en P.Mc.Carthy (ed.): The French Socialists in Power 1981-86, Greenwood Press. 1987, pp.83-107.
- (26) Lauber.V.: "Economic Policy" en The French Socialists in Power, 1981-86, op.cit. pág.26.
- (27) Derbyshire, I.: op.cit.pág.77.
- (28) Lancelot, A. y M.T.: "La evolución del electorado francés 1981-86", en The French Socialists in Power, op.cit.pág.122.
- (29) Lancelot, A. y M.T.: op.cit.pág.124.



- (30) Bell, D.S. & Ciddle, B.: "The Communist Party: Out of frying Pan" en The French Socialists in Power, *op.cit.* pp.155-171.
- (31) Derbyshire, I.: *op.cit.* pág.84.
- (32) Derbyshire, I.: *op.cit.* pág.98.
- (33) Lauber, V.: "France and the economic crisis 1974-87", en The Politics of Economic Crisis, E,Damgaard et alii (eds.) Abevury, 1989, pág.110.
- (34) Lauber, V.: *op.cit.* pág.113
- (35) Hall, P.: "La evolución de la política económica" en Ross, C. y otros: El experimento Mitterrand, Edicions Alfons el Magnànim, 1988.
- (36) Hall, P.: Governing the economy, Polity Press, 1986, pág.194.
- (37) Hall, P.: *op.cit.* pág.200.
- (38) La France en Mai, 1981 (Paris, Documentation Française, 1981) vol. VII, pp.29-32.
- (39) Freeman, G.: "Socialism, and Social security" en Ambler, J. (ed.): The French Socialist experiment, Institut for the study of Human Issues, 1985. pp.92-116.
- (40) Collins, D.: "A more equal society? Social Policy under the socialists" en Mazey, I. y Newman M. (eds.): Mitterrand's France, Croom Helm, 1987 pp.81-103.
- (41) Adam, G. (ed.): Le pouvoir syndical, Dunod, 1983.
- (42) Sellier, F. and Silvestre. J.: "Le politiche sindacali in Francia durante la crisi economica" en Edwards, R. et alii (eds.): Il sindacato oltre la crisi. Franco Angeli, 1988, pág.186.
- (43) Reynaud, J.D.: "Una sperienza sindacale con vincoli e potenzialità dovuti al quadro politico", en Baglicni, G. y Santi, E.: L'Europa sindacale nel 1982, Il

- Mulino, 1984, pp.35-87.
- (44) Goetschy, J.: "The neo-corporatist issue in France" en Sholten, I. (ed.): Political stability and neocorporatism, Sage. 1987, pp.177-195.
  - (45) Goetschy, J.: op.cit., pp.190-191.
  - (46) "Les années Mitterrand (1981-1991)", L'Histoire, n°143, Avril,1991.
  - (47) Philippe, A. et Hudscher, D.: "Enquête a l'intérieur du parti socialiste", Albin Michel, 1991, pag.83.
  - (48) Philippe, A. et Hudscher, D., op.cit., pag.59.

#### Capitulo IV

- (1) Moretti, P.: I due socialismi: la scissione di Palazzo Barberini e la nascita della socialdemocrazia., Mursia, 1975.
- (2) Emiliani, P.: Dieci anni perduti: Cronache del Socialismo italiano 1943-52. Nistri Lischi Edit.1953.
- (3) Amato, P.: Il PSI tra frontismo e autonomia, 1948-54, Cosenza, Lerici, 1978.
- (4) Nenni, P.: Gli anni del centro-sinistra: Diari 1957-66, Sugar Co., 1982.
- (5) Landolfi, A.: Storia del PSI, Sugar Co., 1990, pp.300-302.
- (6) Kogan, N. : A political history of Italy, Praeger, 1983, pp.220-21.
- (7) Landolfi, A.: Storia del PSI, Sugar Co., 1990, pp.317-328.
- (8) Landolfi, A.: op.cit. pp.317-328.
- (9) Tamburrano, G.: Storia e cronaca del centro-sinistra, Feltrinelli, 1976.
- (10) Landolfi, A.: op.cit. pag.326.
- (11) Landolfi, A.: op.cit. pag.280.

- (12) Loizu, M.: ¿Qué es el compromiso histórico?, Avance 1976.
- (13) Cicchitto, F.: "Dal centro-sinistra all'alternativa" en A.A.V.V.: Dal centro-sinistra all'alternativa Feltrinelli, 1976, pp.68 y ss.
- (14) Di Scala, S.M.: Renewing italian socialism. Nenni to Craxi, Oxford Univ.Press. 1988. pp.179-80.
- (15) Pasquino, G.: Crisi dei partiti e governabilità. Il Mulino, 1980.
- (16) Gismondi, A.: Alle soglie del potere, Sugar Co., 1986.
- (17) Landolfi, A.: op.cit. pág.350.
- (18) Craxi, B.: "Il vangelo socialista", L'Espresso (24-8-78).
- (19) Covatta, L.et alii: Storia del partito socialista, Marsilio, 1980.
- (20) Merkel, W.: Prima e dopo Craxi. Liviana Edit. 1987. pág.32.
- (21) Di Scala, S.M.: op.cit.pp.213.
- (22) Bettini, G.: "PSI: la leadership degli anni ottanta" en Cittá e Regione, no.2 1983. pág.92.
- (23) Cazzola, F.: "Partiti, correnti e voto di preferenza" Revista italiana di Scienza Politica. no.3, 1972.pág.581.
- (24) Amato, G. y Cafagna, L. : Duello a sinistra, Il Mulino 1982.
- (25) Merkel, W. : op.cit.pág.124.
- (26) Pasquino, G.: Degenerazioni dei partiti e riforme istituzionali, Laterza 1982.
- (27) Merkel, W.: op.cit. pp.242-243.
- (28) Pedone, A.: "Linee di tendenza per l'economia", en Il governo Craxi, Sugar Co.Ediz.1989, pág.64.
- (29) Pala, M.: "La politica economica nel periodo 1983-87" en Il governo Craxi, Sugar Co., 1989, pág.87.
- (30) Pedone, A.: op.cit. pág.75.
- (31) Pala, M.: op.cit. pág.78.

- (32) Pedone, A.: op.cit. pág.65.
- (33) Pedone, A.: op.cit. págs.62-63.
- (34) Terranova, F.: Il potere assistenziale, Edit.Riuniti, 1975.
- (35) Ferrara. M.: Il Welfare State in Italia, il Mulino, 1984.
- (36) Ferrara, M.: "Italy" en P.Flora (ed): Growth to Limits, op.cit.pp.423-427.
- (37) Sarpellon, G. (a cura di): La povertá en Italia, F.Angeli (2 vols.) 1982.
- (38) Para una visión más actualizada y crítica del concepto de pobreza ver J.M.Tortosa: "Representación de la pobreza y política social" en Sociología del Trabajo, no.9, 1990. pp.71-87.
- (39) Ferrara, M.: Il Welfare State in Italia, op.cit. pág.148.
- (40) Wilensky, H.L.: "Leftism, Catholicism and Democratic Corporatism: The rol of political parties in recent Welfare State developpment", en P.Flora and A.H.Heindenheimer (eds.): The development of welfare State in Europe and North America, Transaction, 1981. pp.345-382.
- (41) Ferrara, M.: op.cit.pp.216-219.
- (42) Id., pág.235.
- (43) Alvaro, G.: "La spesa sociale in Italia" en Il governo Craxi. op.cit.pág.94-95.
- (44) Paci, M.: "Il sistema di Welfare italiano tra tradizione clientelare e prospettive di riforma" en Ascoli, U. (a cura di): Welfare State all'italiana, Laterza, pp.297-324.
- (45) Citamos solamente los estudios de Baglioni, Pizzorno, Romagnoli, Regini, Cella y tantos otros, algunos traducidos al castellano como el de Cella y Treu por el Ministerio de Trabajo.

- (46) Regini, M.: I dilemi del sindacato, Il Mulino, 1981. pp.55-56.
- (47) Regalia, I. et alii: "Conflitti di lavoro e relazioni industriali in Italia 1968-75", en Crouch, C., Pizzorno, A. (a cura di): Conflitti in Europa. op.cit. Etas, 1977.
- (48) Regini, M.: op.cit. pág.45.
- (49) Regalia, I. et al.: "Conflitti di lavoro e relazioni industriali in Italia", op.cit. en Regini, M.: op.cit. pág.49.
- (50) Coi, S.: "Sindacati in Italia: iscritti, apparato, finanziamento" en Il Mulino, 1979, n°.262.
- (51) Edwards, R. et alii (a cura di): Il sindacato oltre la crisi, Franco Angelli, 1988, pág.229.
- (52) Stefanelli, R.: Politica salariale e giungla retributiva, Riuniti, 1978.
- (53) Forbice, A. (a cura di): La riforma del salario, F.Angeli, 1984.
- (54) Edwards, R. et alii: op.cit.251.
- (55) Cella , G.P. y Treu, T.: "Collective and political bargaining" en Jacobi, O.: op.cit. pp.181-183.
- (56) Bartocci, E.: "La relazioni industriali nella stagione Craxi" en Il governo Craxi, op.cit.pág.130.
- (57) Carrieri, M. y Perulli, P. (a cura di): Teorema sindacale, Il Mulino 1985, pág.56.
- (58) Merkel, W. : " Italia bajo Craxi:¿Una República con gobierno?.Revista de Estudios Políticos,nº 59,enero-marzo 1988,pp.155-172.
- (59) Ferrara, G.: "Il nuovo PSI ha dieci anni".Micromega 3/86,pp. 83-87.
- (60) Sabatucci,G.:Il riformismo impossibile Laterza,1991,pp.113-122.
- (61) Sabatucci, G. : op. cit. pp. 312.

## Capítulo V

- (1) Letamendia, P.: Les partis politiques en Espagne. P.U.F., 1983.
- (2) Gillespie, R.: The Spanish Socialist Party. A history of factionalism. Clarendon Press, 1989, pp.321-22.
- (3) Maravall, J.M.: La política de la transición. Taurus, 1981, pág.30.
- (4) Dorado, R. y Varela, I.: "Estrategias políticas durante la transición" en Félix Tezanos y otros (eds.): La transición democrática española. Edit.Sistema, 1989, pág.263.
- (5) Félix Tezanos, J.: Estructura de clases y conflictos de poder en la España postfranquista. Edicusa 1978.
- (6) Esteban, J. y López Guerra, L.: Los partidos políticos en la España actual. Barcelona, 1982, pág.124.
- (7) Caciagli, M.: "La parábola de la Unión de Centro Democrático", en Félix Tezanos y otros (eds.): La transición democrática española, op.cit., pp.389-432.
- (8) Maravall, J.M.: op.cit. pág.191.
- (9) López Guerra, L.: "Partidos políticos en España: Evolución y perspectivas", en García Enterría (ed.): España: un presente para el futuro. Instituto de Estudios Económicos, 1984, pág.138.
- (10) Gómez Llorente, L.: "En torno a la ideología y la política del PSOE". Zona Abierta, nº.20, 1979, pp.34-35. Ver también: Castellano, P.: "Sobre el partido obrero", El Viejo Topo, 1979, pág.99.
- (11) Félix Tezanos, J.: Sociología del Socialismo español. Tecnos, 1983, pág.91.
- (12) Gillespie, R.: op.cit., pág.411.

- (13) Fuentes Quintana, E.: "Tres decenios de la economía española en perspectiva", en García Delgado, J.L.: España Economía. Espasa Calpe, tomo II, 1988, pp.38-39.
- (14) Rodríguez López, J.: "El período de la transición política desde la perspectiva del análisis económico", en Félix Tezanos, J. y otros (eds.): *op.cit.* pág.134.
- (15) De la Dehesa, G.: "La política económica frente a la crisis" Información Comercial Española, nº.617-618, enero-febrero 1985, pág.15.
- (16) Manifiesto Electoral 1982-86. Preámbulo.
- (17) Subirats, J.: "Political change and economic crisis in Spain 1974-87", en Damgaard, E. et alii (eds.): *op.cit.* pág.127.
- (18) Segura, J.: "Intervención pública y política del bienestar: el papel del Estado", en García Delgado, J.L.: España Economía, *op.cit.*, pp.846-847.
- (19) Fernández Marugán, F. y Collado, J.C.: "Recuperación económica y políticas de distribución en España 1986-89", en Sistema, nº.97, pp.11-29.
- (20) Rodríguez Cabrero, G.: "Orígenes y evolución del Estado del Bienestar español en su perspectiva histórica".
- (21) Maravall, J.M.: "Las razones del reformismo. Democracia y política social". Leviatán, nº.35, Primavera 1989, pág.39.
- (22) Rodríguez Cabrero, G.: "La política social en España: realidades y tendencias", en Muñoz, R. (ed.): Crisis y futuro del estado del bienestar. Alianza 1989, pág.192.
- (23) Maravall, J.M.: *op.cit.*, pág.40.
- (24) Fernández Marugán, F.: "La construcción de una sociedad de bienestar en el contexto de la economía española". Sistema nº.94-95, enero 1990, pág.57.

- (25) Fernández Marugán, F. y Collado, J.C.: op.cit. pp.21-22.
- (26) Alonso Torrens, F.J.: "Pobreza, marginación y estado de bienestar en España" en Muñoz, R. (ed.): op.cit., pp. 205-227.
- (27) Share, D.: "Spain: Socialists as neoliberals". Socialist Review, nº.1, 1988, pp.38-67.
- (28) Zambrana, J.: "¿Es regresiva la política económica del PSOE?". Leviatán, nº.34, Invierno 1988, pp.5-23.
- (29) Sartorius, N.: El resurgir del movimiento obrero. Laia, 1975, pág.82.
- (30) Secretaría General Técnica del Ministerio de Trabajo: "Información Estadística 1976". Madrid.
- (31) Resolución política del XXX Congreso de UGT. Triunfo, nº.691 (3-4-1976).
- (32) "COS: Manifiesto a los trabajadores". Gaceta del Derecho Social, nº.64, Septiembre 1976, pág.25.
- (33) "12 de Noviembre: Llamamiento de la COS". Triunfo, nº.717 (23-10-1976), pág.14.
- (34) Gaceta del Derecho Social, nº.68, Enero 1977, pág.4.
- (35) Beneyto, P. y Picó, J.: Los sindicatos en el País Valenciano, (1975-81). Alfons el Magnànim 1982, pp.68-69.
- (36) Beneyto, P. y Picó, J.: op.cit., pág.102.
- (37) Iglesias, R.: "La concertación social desde la perspectiva de las organizaciones empresariales", en; Zaragoza, A. (ed.): Pactos sociales, sindicatos y patronal en España. Siglo XXI, 1988, pág.150.
- (38) Iglesias, R.: op.cit. pp.151-152.
- (39) Estefanía, J. y Serrano, R.: "Diez años de relaciones industriales en España" , en Zaragoza, A. (ed.): op.cit. pág.35.
- (40) Dominguez, J.: "Diez años de relaciones industriales en España (1977-87)", op.cit., pág.93.



- (41) Zaragoza, A.: Partits politics, sindicats i patronal. PPU, 1989, pág. 86.
- (42) Julià, S.(ed.): La desavenencia. Partido, sindicatos y huelga general. El País Aguilar, 1988.
- (43) Espina, A.: "Política de rentas. El papel del gobierno en el proceso de la negociación colectiva en España". Sistema n°. 94-95, Enero 1990, pp. 115-124.
- (44) Paramio, L.: "Los sindicatos y el sistema político en la España democrática: de la clandestinidad a la huelga general". Sistema, n°. 94-95, Enero 1990, pp. 73-81.

### Capítulo VI

- (1) En la confección de este apartado se ha utilizado sobre todo el trabajo de Featherstone, K: Socialist Parties and European integration: A comparative history, Manchester Univ. Press 1988.
- (2) Tugendhat, Ch.: El sentido de Europa. Alianza edt. 1986. pág 101.
- (3) Criddle, B.: Socialiste and European integration: A study of French Socialist Party. Routledge and Kegan Paul, 1969.
- (4) Pinto-Lyra. R.: La gauche en France et la construction européenne. C.G.D.J.1978.
- (5) Paterson, W.E.: The SPD and European integration Faranborough , 1974.
- (6) Lodge,J.: The European policy of the SPD. Sage, 1976.
- (7) Simonian, H.: The privileged partnership: Franco-German relation in the EEC 1969-84. Oxford Univ. Press,1985.
- (8) El País,20 de Mayo de 1990: "Histórico acuerdo sobre misiles entre EEUU y la URSS". Dentro del año se firmará el tratado START para reducir hasta un 50 por cien los misiles más mortíferos y desestabilizadores.

- (9) Newman, H.: Socialism and European unity: The dilemma of the left in Britain and France. Junction Books, 1983.
- (10) Kitzinger, V.: The second try: The labour Party and the EEC, Pergamon Press 1968.
- (11) Holland, S.: Uncommon market. Macmillan, 1980.
- (12) Holland, S.: (ed.): Out of crisis. Spokesman. 1983.
- (13) Averardi, G.: I socialisti democratici: Da Palazzo Barbarini alla scissione del 4 luglio 1969. Sugar Co., 1977.
- (14) Willis, F.R.: Italy chooses Europe. Oxford Univ. Press, 1971.
- (15) Covatta, L. et alii: Storia del Partito Socialista. Marsilio Edit. 1979.
- (16) Una exposición mucho más completa de este apartado se puede encontrar en Lodge, J.: The European Community and the Challenge of the future. Pinter Pub. 1989, y también por el mismo autor Institutions and policies of the European Community. H. Pinter 1983.
- (17) Hansen, Von Niels: "Playdoyer für eine Europäische Union", Europa Archiv, no.5, 1981 pp. 141-148.
- (18) Schmuck, O.: "The European parliament's draft treaty stablishing the European union", en Pryce, R. (ed.): The dynamics of European Union, Croom Helm, 1987.pág 191.
- (19) Sobre la politica de integración ver Ionescu, G. (ed.): The new politics of European integration Macmillan, 1982.
- (20) Henig, S.: "The European Community's bicephalous political authority" en Lodge, J.: Institutions and policies of the European Community, Pinter, 1983, pp. 9-20.
- (21) Lodge, J.: "The European Parliament-from "assembly" to co-legislature: changing the institutional dynamics"

- en Lodge, J (ed.): The European Community and the challenge of the future. Pinter, 1989.pág 58.
- (22) Cechini P.: Europa 1992: Una apuesta de futuro. Alianza Edit. 1988,pp.146-147.
- (23) Lodge, J.:"Social Europe: fostering a people's Europe" en Lodge, J.(ed.): The European Community . . . . .op.cit. pp. 303-319.
- (24) Uno de los estudios más completos sobre este tema se encuentra en Barnouin, B.: The European Labour Movement and European integration. Frances Pinter, 1986.
- (25) Zufiaur, J.M.:"El espacio social europeo", El País, (9-3-89).

### Capítulo VII

- (1) Un ejemplo de este tipo de interpretaciones se puede ver en; Paramio,L.: Tras el diluvio: La izquierda ante el fin de siglo. Siglo XXI, 1986.pp.144-45.
- (2) Anderson. P.:" La parábola de la Socialdemocracia", L'Avenc, Febrer 1988, no. 112,pp. 50-58.
- (3) Merkel,W.:"After the golden age: a decline of Social Democratic policies in Western Europe during the 1980's?" Center for European Studies Working Papers Series, 1990.
- (4) Alber,J.:"Is there a crisis of the Welfare State?. Cross-national evidence from Europe, North America and Japan, European Sociological Review, vol.4.no. 3.December, 1988,pp.181-203.
- (5) Maddison, A.:"Origins and impact of the welfare state, 1983-1983", Banca Nazionale del Lavoro. Quarterly Review, no. 148, pp. 55-87.

- (6) Korpi, W.: "Economic growth and the welfare state: leaky bucket or irrigation system?". European Sociological Review, vol. 2, September 1985, pp.97-118.
- (7) O'Connor, J.: La crisis fiscal del Estado. Península, 1981.
- (8) En su reciente estudio The three worlds of welfare capitalism, publicado en Polity Press, Esping-Andersen establece una tipología nueva basada en los diversos grados en que los estados han procurado una "desmercantilización" y han liberado a los ciudadanos de la necesidad de funcionar como un "producto básico" del mercado, cambiando su fuerza de trabajo acorde con el precio que pueda obtener.
- (9) Picó, J.: "Las desigualdades sociales en el Estado de Bienestar". Conferencia dictada en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo de Santander. Verano 1988.
- (10) Przeworski, A.: Capitalism and social democracy, Cambridge, 1985, (hay traducción castellana en Alianza Editorial)
- (11) Przeworski, A.: "Class, production and politics: A replay to Buroway", en Socialist Review, vol.19, no.2, abril-junio, 1989, pp. 78-112. Este debate se inicia con el artículo de Buroway: "Should we give up on socialism" en el mismo número de la Socialist Review.
- (12) Hayek, F.A.: New studies in philosophy, politics, economics and the history of ideas. Univ. of Chicago Press, 1978. Ver también Friedman, Free to choose, Penguin, 1980.
- (13) Paramio, L.: "Tras el diluvio, un ensayo de post marxismo". Nexos no. 109, enero 87. pp.48-49.
- (14) Paramio, L.: Tras el diluvio. La izquierda ante el fin de siglo, Siglo XXI. 1989. pp 127-128.

- (15) Miliband, R. & Liebman, M.: "Beyond Social Democracy", en Miliband, R. et al.: Social Democracy and after. Merlin Press, 1986, pp. 477-479.
- (16) Lash, S. and Urry, J.: The end of organized capitalism, Polity Press, 1987.
- (17) Glotz, P.: Manifiesto por una nueva izquierda europea, Siglo XXI. 1987.
- (18) Hobsbawm, E.: Politics for a rational Left, Verso, 1989. pp 215 y 229.
- (19) Salvati, D.: "Due tesi sulle politiche dell'occupazione", en A.A.V.V. Sinistra e cambiamento, Feltrinelli, 1987. pp. 28-29.
- (20) Edwards, et alii.: op.cit.
- (21) Pappalardo, A.: "Austerità conservatrice e rigore socialista: che differenza?". Rivista Italiana di scienza politica, n°1, 1991, pp. 33-90.
- (22) Wallerstein, I.: "Semi Peripheral countries and the contemporary world crisis", Theory and Society, vol. 3, no. 4, Winter 1976.
- (23) Mandel, E.: Late Capitalism New Left Books, 1975.
- (24) Urry, J.: The anatomy of capitalist societies: The economy, civil society and the state, MacMillan, 1981.
- (25) Stephens, J.D.: The transition from capitalism to socialism, MacMillan 1979.
- (26) Hall, S. y Laclau, E.: "Coming up for air", Marxism Today, marzo 1990.
- (27) Mulgan, G.: "Power to public". Marxism today. May 1991, pp. 14-19.
- (28) Bowles, S. and Gintis, H.: Democracy and capitalism: Property and the contradictions of modern social thought, Basic Book 1986.
- (29) Roemer, J.: Analytical marxism, CUP, 1986.
- (30) Van Parijs, Ph. and Van der Veen, R.: Theory and Society, special issue, vol. 15. no. 5, 1986.

- (31) Meade, J.E.: Agathotopia: The Economics of partnerships. Aberdeen Univ. Press, 1989.
- (32) Therborn, F.: Por qué en algunos países hay más paro que en otros. Edic. Alfons el Magnànim, 1989.
- (33) Esping-Andersen, G.: Politics against markets. The socialdemocratic road to power, Princeton Univ. Press, 1985.
- (34) Scharpf, F.W.: Sozial-Demokratische krisenpolitik in Europa. Campus Verlag, 1987. (Próxima traducción en Edic. Alfons el Magnànim)
- (35) Scharpf, F.W.: op.cit.
- (36) Scharpf, F.W.: op.cit.
- (37) Kennedy, P.: The rise and fall of the great powers. Un repaso a los diversos libros que han aparecido sobre este tema y a la polémica que han suscitado se puede encontrar en el artículo del mismo autor "Fin-de-Siècle America" aparecido en The New York Review of Books, june 28, 1990, pp. 31-40.
- (38) Foresti, P. (a cura di): Il dialigo con gli Stati Uniti e il malessere europeo. Il Mulino. 1986, pàg. 47.
- (39) Gorz, A. : "El socialismo en la sociedad postindustrial". DEBATS, n° 37 Sept. 1991, pp. 70-76.
- (40) Buena parte de la obra de Bourdieu está dedicada a estas reflexiones. Una introducción a su trabajo se puede encontrar en: Harker, R. et alli (eds.): An introduction to the work of Pierre Bourdieu. MacMillan, 1990.
- (41) Anthony Giddens se ha ocupado con renovado interés sobre el cambio de las dimensiones espacio-temporales en la sociedad moderna. Ver Held, D. and Thomsom, J.: Anthony Giddens and his critics. C.U.P., 1989.

- (42) Ver a este respecto las últimas aportaciones de Jürgen Habermas.
- (43) Barber, B.: "Is confederal democracy possible in the 21st century Mcworld?". Valencia Sept. 1991. Multicop.
- (44) Berking, H.: "Los nuevos movimientos de protesta ¿instancia civilizadora en el proceso de modernización?". DEBATS, n°s 35,36 1991 pp.
- (45) Dahl, J.: "La última ilusión". DEBATS n°s 35,36. Marzo-Junio 1991, pp.
- (46) Jimenez, L.M.: "Crisis ambiental y desarrollo sostenible", DEBATS n°s 35,36 Marzo-Junio 1991, pp.
- (47) Beck, V.: "La irresponsabilidad organizada". DEBATS n°s 35,36 Marzo-Junio 1991, pp.

## BIBLIOGRAFIA GENERAL

- Berger, G.(Comp.): La organización de los grupos de interés en Europa Occidental. Ministerio del Trabajo, 1988
- Castles, F.G.: The impact of parties: Politics and policies in democratic capitalist states. Sage, 1982.
- Clegg, S.,F. Dow & P. Boreham (eds.): The state, class and the recession. Croom Helm, 1983.
- Coates, B. & Johnston,G. (eds.): Socialist arguments. Martin Robertson, 1983.
- Crick,B.: Socialism. Milton Keynes, Open Univ. Press, 1988
- Crosland, A.: The future of socialism. Jonathan Cape, 1980.
- Crozier, B.: Socialism: dream and reality. Sherwood, 1987.
- Cunningham, F.: Democratic theory and socialism. C.I.S.P., 1987.
- Curran, S. (ed.): The future of the left. Polity Press, 1984.
- Damgaard, F., P. Gerlich, J.J. Richardson (eds.): The politics of economic crisis. Avebury, 1989.
- Delors, J.: Lo shock del potere. Riuniti, 1987.
- Esping-Andersen, G.: Politics against the market: the social democratic road to power. Princeton Univ. Press, 1985.
- Edwards, R. et alii (eds): Il Sindacato oltre la crisis. Franco Angeli, 1988.
- Friedmann, R.et alii (eds.): Modern Welfare States: a comparative view of trends and prospects. Wheatsheaf, 1987.
- Flora, P.(ed.): Growth to Limits (vols.I-II). Walter de Gruyter, 1986.



- Glantz, P.: I programmi della socialdemocrazia tedesca. Riuniti, 1986.
- Giles & L.A. Radice: Socialists in the recession: the search of solidarity. MacMillan, 1986.
- Gould, B.: Socialism and freedom. MacMillan, 1985.
- Hattersley, R.: Choose freedom: The future for democratic socialism. Michael Joseph, 1987.
- Howall, D.: A lost Left: three studies in socialism and nationalism. Manchester Univ. Press, 1986.
- Hain, P. (ed.): The crisis and the future of the left: the debate of the decade. Pluto Press, 1980.
- Hall, S.: The hard road to renewal. Thatcherism and the crisis of the left. Verso, 1988.
- Hall, P.: Governing the economy. Polity Press, 1986.
- Jacobi, O. (ed.): Economic crisis, trade unions and the state. Croom Helm, 1986.
- Jay, M.: Fin de siècle socialism. Routledge Books.
- Jenkins, B. & Minnerup, G.: Citizens and comrades: socialism in a world of nations states. Pluto Press, 1984.
- Keane, J. (ed.): Civil society and state: new european perspectives. Verso, 1988.
- Kédros, A.: Les socialistes au pouvoir. Europe 1981-85. Plon, 1986.
- Kitching, G.N.: Rethinking socialism: a theory for a better practice. Methven, 1983.
- Kilmarnock, A. (ed.): The radical challenge: the response of social democracy. Deutsch, 1987.
- Kolinsky, I. (ed.): Opposition in Western Europe. Croom Helm, 1987.
- Kramer, S.Ph.: Socialism in Western Europe: the experience of a generation. Boulder Co. Westviews, 1984.
- Laclau, E. & Mouffe, Ch.: Hegemonía y estrategia socialista. Siglo XXI, 1987.
- Lafontaine, O.: La sociedad del futuro. Sistema 1989.

- Lash, S. & Urry, J.: The end of organized capitalism. Polity Press, 1987.
- Levine, A.: Arguing for socialism: theoretical considerations. R.K.P., 1984.
- Melucci, A.: New social movements. Hutchinson, 1988.
- Miliband, R.: Socialist Register 1985-1986. Merlin Press, 1985.
- Müller, H. (ed.): A european non proliferation policy. Oxford Univ. Press, 1987.
- Nikolic, M.: Socialism on the threshold of the twenty-first century. Verso, 1985.
- Panitch, L.: Working class politics in crisis. Verso, 1986.
- Paramio, L.: Tras el diluvio. La izquierda ante el fin de siglo. Siglo XXI, 1988.
- Paterson, W.E. & Thomas, A.H. (eds.): The future of the social Democracy. Clarendon Press, 1986.
- Patsouras, L. (ed.): The crucible of socialism. Humanities Press, 1987.
- Poulain, J.C. & aliis: The popular and the political: essay on socialism in the 1980's. R.K.P., 1981.
- Radice, G.: Socialists in the recession: the search for solidarity. Mac Millan, 1986.
- Regini, M.: I dilemmi del sindacato. Il Mulino, 1981.
- Rustin, M.: For a pluralist socialism. Verso, 1985.
- Rusconi, G.: Bad Godesberg è un modello?. Il Mulino, 1979.
- Ryle, M.: Ecology and socialism. Hutchinson, 1988.
- Schaff, A.: Perspectivas del socialismo moderno. Sistema 1988.
- Selbourne, D.: Against socialism illusion. MacMillan, 1985.
- Sholten, I. (ed.): Political stability and neo-corporatism: corporatism integration and societal cleavages in Western Europe. Sage, 1987.
- Singer, D.: Is socialism doomed?. O.U.P., 1988.
- Smith, G.: Politics in Western Europe. Gower, 1972.

- Steedman, I. & Steiner, H.: Socialism, democracy and the market. Wheatsheaf, 1988.
- V.V.A.A.: La questione socialista. Einaudi, 1987.
- V.V.A.A.: Sinistra e cambiamento. Feltrinelli, 1987.
- V.V.A.A.: Lettere da vicino. Einaudi, 1986.
- Wright, A.: Socialisms: theories and practices. O.U.P., 1986.

#### ALEMANIA

- Antonelli, V. (ed.): La Germania della svolta. Franco Angeli, 1984.
- Berghahn, V.R.: Industrial relations in West Germany. Berg, 1987.
- Braunthal, G.: The west german social democrats 1969-1982. Profile of a party in power. Boulder Co., 1983.
- Burkett, T. & S. Padgett: Political parties and elections in west Germany: the search for a new stability. C.Hurst, 1986.
- Collotti, E.: Esempio Germania. Socialdemocrazia tedesca e coalizione social-liberale 1969-76. 1987.
- Collotti, E. & Castelli, L.: La Germania socialdemocratica.
- Childs, D. & Johnson, J.: West Germany: Politics and Society. Croom Helm, 1985.
- Derbyshire, I.: West Germany: From Schmidt to Kohl. Chambers, 1987.
- EMIM (a cura di): Il sindacato tedesco tra cogestione e lotta di classe. Struttura e strategia. Roma, 1975.
- Glantz, P.: La socialdemocrazia tedesca a una svolta. Riuniti, 1986.
- Graft, W.D.: The german left since 1945. Socialism and Social democracy in the German Federal Republic. Cambridge, 1976.
- Kolinsky, E.: Parties, opposition and society in West Germany. Croom Helm, 1984.

- Leaman, J.: The political economy of West Germany 1945-1985. MacMillan, 1988.
- Markovits, A.S.: The political economy of West Germany: Modell Deutschland. New York, Praeger, 1982.
- Markovits, A.S.: The politics of the West Germany Trade Unions. Cambridge, 1986.
- Martinet, G.: Sept syndicalismes. Gran Bretagne, R.F.A., Suède, France, Italie, Etats-Unis, Japon. Seuil 1979.
- Padget, S. & Burket, T.: Political parties and elections in West Germany. St.Martin's Press., 1986.
- Paterson, W.E. & Smith, G.: The west german model. Frank Cass, 1981.
- Richardson, J. (ed.): Policy styles in Western Europe. George Allen & Unwin, London 1982.
- Rusconi, G.E.: Capire la Germania. Il Mulino 1990.
- Smith, G.: Democracy in Western Germany. Heinemann, 1982. (2a. edición).
- Smith, E.O.: The west german economy. Croom Helm, 1983.
- Wangenheim, V.: Industrial relations in West Germany. London, 1984.
- Wesseler, R.: I programmi della socialdemocrazia tedesca. Da Bad Godesberg a oggi, 1986.

## INGLATERRA

- Adeney, M. & Lloyd, J.: The miner's strike. Routledge, 1986.
- Bear, S.H.: Britain against itself. Faber & Faber, 1982.
- Bell, D.S. (edit.): Labour in the eighties. Croom Helm, 1980.
- Bosanquet, N. & Townsend, P.: Labour and equality: a Fabian study of Labour in power 1974-1979. Heinemann, 1979.
- Berstein, S., Held, D., Krieger, J.: The state in capitalism Europe. George Allen & Unwin, 1984.
- Budge, D. & Mc.Kay, D. (eds.): The changing British political system: into the 1990's. Longman, 1988.
- Butler, D. & Kavanagh, D.: The British general election of 1987. MacMillan, 1988.
- Butler, D. & Stokes, D.: Political change in Britain. Mac Millan, 1969.
- Callaghan, J.: The far left in British politics. Basil Blackwell, 1987.
- Clarke, P.: Liberals & Social Democrats. C.U.P., 1978
- Coates, D.: Labour in power. A study of Labour government. 1974-1979. Longman, 1980.
- Coates, D.: The Labour Party and the struggle for socialism. C.U.P., 1975.
- Cochrane, A. & Anderson, J. (eds.): Politics in transition. Sage, 1989.
- Deakins, E.: What future for Labour. Hilary Shipman, 1988.
- Derbyshire, J.D.: Politics in Britain: From Callaghan to Thatcher. Chambers, 1987.
- Fatchett, D.: Trade unions and politics in the 1980's: the 1984 Act and political funds. Croom Helm, 1987.
- Field, F.: Freedom, Wealth and the future of socialism. Constable, 1987.
- Gilhespy, D. (ed.): Socialist enterprise: reclaiming the economy. Spokesman, 1986.

- Hall, S.: The hard road to renewal. Thatcherism and the crisis of the left. Verso, 1988.
- Heffer, E.: Labour's future. Verso, 1986.
- Hobsbawm, E.: Politics for a rational left. Verso, 1989.
- Holmes, M.: The labour government 1974 1979: Political aims and economic reality. MacMillan, 1985.
- Jacques, M. & Mulhern, F.: The forward march of Labour halted?. Verso, 1981.
- Jessop, B., K. Bonnett & S. Broonly: Thatcherism. A tale of two nations. Polity, 1988.
- Kavanagh, D.: Thatcherism and British politics: the end of consensus. O.U.P., 1987.
- Kavanagh, D. (ed.): The politics of Labour Party. Allen & Unwin, 1982.
- Kavanagh, D. (ed.): British politics: continuities and change. O.U.P., 1985.
- Kelly, J.: Labour and the unions. Verso, 1987.
- Kinnock, N.: Making our way: investing in Britain's future. Blacwell, 1986.
- Kogan, D. & Kogan, M.: The battle for Labour party. Page, 1982.
- Krieger, J.: Reagan, Thatcher and the politics of decline. Polity, 1986.
- McLennan, G., D. Held, S. Hall: State & society in contemporary Britain: a critical introduction. Polity, 1984.
- Meacher, M.: Socialism with a human face: the political economy of Britain in 1980's. Allen & Unwin, 1982.
- Mellroy, J.: Trade unions in Britain today. Manchester Univ. Press, 1988.
- Middlemas, R.: Politics in industrial society. Andre Deusth, 1979.
- Mitchell, A.: Four years in the death of the Labour Party. Methuen, 1983.
- Mitchell, A.: Britain beyond the blue horizon. Bellew Pub. 1989.

- Peele, G.: British party politics: competing for power in the 1980's. Philip Allen, 1988.
- Pridham, G. (ed.): Coalitional behavior in theory and practice. C.U.P., 1986.
- Radice, G.: Labour's path to power. MacMillan, 1986.
- Rentove, J.: The rich get richer: the growth of inequality in Britain in the 1980's. Allen & Unwin, 1987.
- Selbourne, D.: Left behind: journeys into British politics. Jonathan Cape, 1987.
- Seyd, P.: The rise and fall of the labour left. MacMillan, 1987.
- Silkin, J.: Changing battlefields: the challenge to the Labour party. Hamish Hamilton, 1987.
- Stephens, J.D.: The transition from capitalism to socialism. MacMillan, 1979.
- Sykes, P.L.: Losing from the inside: the cost of conflict in the British Social Democratic Party. Transaction Books, 1988.
- Taylor, A.: The trade union and the labour party. Croom Helm, 1987.
- Wainwright, H.: Labour a tale of two parties. Hogarth Press, 1987.
- Williams, G.L. & A.L.: The rise and fall of the Social Democratic party. MacMillan, 1988.

## FRANCIA

- Ambler, J.: The French socialist experiment. Institute Studies of human issues. Philadelphia, 1985.
- Andrews, W.G. & Hoffmann, S.: The impact of Fifth Republic in France. New York, 1981.
- Ardagh, J.: France Today. Secker, 1987.
- Baguenard, J.: La France électorale. P.U.F., 1986.
- Bauchard, Ph.: La guerre de deux roses: du rêve à la réalité 1981-1985. Grasset Paris, 1986.
- Belorgey, J.H.: La gauche et les pauvres. Syros-Alternatives, 1988.
- Bell, D.S. & Criddle, B.: The French socialist party. Clarendon Press, O.U.P., 1984
- Bell, D.S. & Shaw, E.: The left in France. Spokesman, 1983.
- Berger, S.: The French political system. New York, 1974
- Blackmer, D. & Tarrow, S.G.: Communism in Italy and France. Princeton, N.Y., 1975
- Cathelat, B.: Les styles de vie français 1978-1989. Stanké, 1987.
- Cerny, Ph.(ed.): Social movements and protest in France. London, 1982, Frances Pinter.
- Cerny, Ph. & Schain, M.A.: Socialism, the state and public policy in France. Frances Pinter, 1985.
- Colas, D.: L'Etat et les corporatismes. Paris, 1988.
- Dagnaud, M. & Mehl, D.: Sociologie du pouvoir socialiste 1981-86 Ramsay Document 1988.
- Delarme, R.: L'Etat et l'économie. Paris, 1983.
- Delors, J.: Lo shock del potere. Edit. Riuniti, 1987.
- Derbyshire, I.: Politics in France: from Giscard to Mitterrand. Chambers, 1987.
- Draucourt M. & Merlin, A.: Demain la croissance. Lafont, 1985.



- Duhamel, A.: La République de M. Mitterand. Paris, 1982. Grasset.
- Duhamel, A.: De Gaulle Mitterrand, la marque et la France. Flammarion, 1991.
- Dupoirier, E. & Grunberg, G.: Mars 1986, la drôle de défaite de la gauche. P.U.F., 1986.
- Estier C. & Neiertz, V.: Véridique histoire d'un septennat peu ordinaire. Paris, 1987.
- Estrin, S. & Holmes, P.: French planning in theory and practice. George Allen & Unwin, London, 1983.
- Frears, J.: Parties and voters in France. Basil Blackwells, 1991
- Friend, J.W.: Seven years in France, Francois Mitterrand and the unintended revolution 1981-88. Westview 1989.
- Fonteneau, A. & Muet. P.A.: La gauche face a la crise. Presses de la Fondation Nat. des Sec. Politiques, Paris 1985.
- Gaffney, J. (ed.): France and modernisation. MacMillan, London, 1988.
- Gaffney, J.: The French left and the fifth Republic: the discussions of communism and socialism in contemporary France. MacMillan, 1989.
- Hauley, D.L., A.P.Kerr & N.H. Waites: Contemporary France. Routledge & Kegan Paul, 1979.
- Hayward, J.: The state and the market economy: Industrial patriotism and economic intervention in France. Wheatsheaf, 1985.
- Holmes, G.M. & P.D. Fawcett: The contemporary French economy. London, MacMillan, 1983.
- Johnson, R.W.: The Long march of the French left. MacMillan, 1981.
- Judt, T.: Marxism and the French left. Oxford, Clarendon Press, 1986.
- July, S.: Les années Mitterand. Paris, 1986.
- Kergoat, J.: Le parti socialiste. Paris, Le Sycomore, 1983.

- Kesselman, M. & Groux, G. (eds.): Le mouvement ouvrier français: crise économique et changement politique. G. Allen & Unwin, Paris, 1984.
- Lancelot, A. (ed.): 1981: Les élections de l'alternance. Paris, P.U.F., 1986.
- Laroque, M.: Politiques sociales dans la France contemporaine. Edit. S.T.H., 1986.
- Lauber, V.: The political economy of France. From Pompidou to Mitterand. Praeger, 1983.
- Machin, H. & Wright, V. (eds.): Economic policy and policy making under Mitterand presidency 1981 1984. Frances Pinter, 1985.
- Mauceron, C. & Pingaud, B.: François Mitterand. Flammarion, Paris 1981.
- Mazey, S. & Newman, M.: Mitterand's France. London, Croom Helm, 1987.
- McCarthy, P. (ed.): The French socialists in power 1981-1986. Greenwood Press, 1987.
- Mouriaux, R.: Le syndicalisme face à la crise. Paris, 1986.
- Mouriaux, R.: Les syndicats dans la société française. Presses Fond. Nat. Sciences Politiques, Paris, 1983
- Nay, C.: Les sept Mitterand. Grasset, 1988.
- Nugent, N. & Lowe, D. (eds.): The left in France. MacMillan, 1982.
- Philip, A. et Hubscher, D. : Enquête à l'intérieure du parti socialiste. Albin Michel, 1991.
- Polange et Grass, Ch. : Histoire de la Première République mitterrandienne. Robert Laffont, 1991.
- Poperen, J.: L'unité de la gauche 1965-1973. Paris, 1975.
- Portelli, H.: La politique en France sous la cinquième République. Grasset, Paris, 1987.
- Rand Smith, W.: Crisis in the French Labour movement: a grassroots perspective. MacMillan, 1987.
- Ross, G. et alii (eds.); El experimento Mitterand. Edicions Alfons el Magnànim, 1988.

- Roucate, J.: Le parti Socialiste. Paris, 1983.
- Tuppen, J.: France under recession 1981-1986. MacMillan, 1988.
- Wilson, F.L.: Interest-group politics in France, C.U.P., 1987.
- Wright, V.: The government and politics of France. Unwin & Hyman, (3<sup>a</sup>. ed.), 1989.
- Wright, V. (ed.): Continuity and change in France. Allen & Unwin, 1984.
- Wright, V. (ed.): Conflict and consensus in France. London, Cass, 1979.

#### ITALIA

- A.A.V.V.: Progetto Socialista. Laterza, 1976.
- Amato, G. & Cafagna, L.: Duello a sinistra Il Mulino, 1982.
- Amato, G.: Una Repubblica da riformare. Il Mulino, 1980.
- Carrieri, M. (ed.): Sindacato, cambiamenti e crisi in Francia e in Italia. F. Angeli, 1988.
- Cella, G.P. e Regini, M.: Il conflitto industriale in Italia. Il Mulino, 1985.
- Cicchitto, F.: Il governo Craxi. Sugar Co. Edizioni, 1989.
- Ciofi, P. & Ottaviano, F.: Il PSI di Craxi. Rinascita, 1988.
- De Grand, H.: The italian left in the twentieth century: A history of the Socialist and the Communist parties. Indiana Univ., 1989.
- Di Scala, S.M.: Renewing Italian Socialism: Nenni to Craxi. Oxford Univ. Press. 1988.
- Ferrara, H.: Il Welfare State in Italia Il Mulino 1984.
- Gismondi, A.: Alle soglie del potere. Sugar Co. 1986.

- Governare il cambiamento. Conferenza Programmatica del PSI.  
Rimini, marzo-aprile 1982. Quaderni Il Compagno.
- Hellman, S.: Italian communism in transition. O.U.P., 1989.
- Landolfi, A: Storia del PSI. Cento anni di Socialismo in Italia. Sugar Co Ed. 1990.
- Leonardi, R. & Nanetti, R.Y. (eds.): Italian politics (2 vols.). Frances Pinter, 1986.
- L'Italia che cambia. Viaggi e discorsi di Bettino Craxi 1983-85. Sugar Co. Milano, 1985.
- Merkel, V.: Prima e dopo Craxi. Liviana Edit., 1987.
- Paci, M.: Publico e privato nei moderni sistemi di welfare. Liguori Edit. 1989.
- Paggi, L. & D'Angelillo, M.: I comunisti italiani e il riformismo. Einaudi, 1986.
- Pallotta, G.: Craxi. Newton Compton Edit. 1989.
- Pedone, F.: Novant'anni di pensiero e azione socialisti attraverso i Congressi Marsilio, 1985.
- Pietra, I.: E adesso Craxi. Rizzoli 1990.
- Pridham, G.: Political parties and coalitional behavior in Italy: an interpretative study. Routledge, 1988.
- Quatermaine, L. & Pollard, J.: Italy today. Univ. of Exeter, 1985.
- Spotts, F. and Wieser, Th.: Italy: A difficult democracy. CUP. 1986.
- Strinati, V.: Politica e cultura nel partito socialista italiano 1945-78. Liguori Edit . 1980.
- Tamburrano, G.: Storia e cronaca del centro sinistra. Feltrinelli, 1976.
- Statera, G.: Il caso Craxi. Mondadori, 1986.
- Telo, M.: Tradizione socialista e progetto europeo. Riuniti.

## ESPAÑA

- Abel, Ch. & Torrents, N. (eds.): Spain: conditional democracy. Croom Helm, 1984.
- Aguirre, J.A.: La política económica de la transición española 1975-80. Unión Edit. 1981.
- Arango, E. R.: Spain: from repression to renewal. Westview profiles. Epping Bowker, 1985.
- Bell, D. (ed.): Democratic politics in Spain. Frances Pinter, 1983.
- Beneyto, P. y Picó, J.: Los sindicatos en el País Valenciano 1975-81. Alfons el Magnànin, 1982.
- Bonine-Blanc, A.: Spain's transition to democracy: the politics of constitution making. Westview, 1986.
- Caciagli, M.: Elezioni e partiti politici nella Spagna post-franchista. Liviana Edit. 1983.
- Cagigao, J.L.(ed.): Spain, 1975-80. The conflicts and achievement of democracy Vanderbilt Univ. 1982.
- Coverdale, J.F.: The political transformation of Spain after Franco. Praeger Pub., 1979.
- Cruz, I. et alii (eds.): Política social y crisis económica, aproximación a la experiencia española. Siglo XXI, 1985.
- Diez años de Economía Española. Rev. Economica, no.1.
- Foweraker, J.: Making democracy in Spain. C.U.P., 1989.
- Gallespie, R.: The spanish socialist party. A history of factionalism. O.U.P., 1989.
- Gilmour, D.: The transformation of Spain.. Quartet Books, 1985.
- Gunther, R., G. Sani & G. Shabad: Spain after Franco. The making of a party system. Univ. of California Press, 1985.
- Juliá, S.: La desavenencia. Partidos, sindicatos y huelga general. El País Aguilar, 1989.

- Letamendia, P.: Les partis politiques en Espagne. P.U.F., 1983.
- Maravall, J.M.: La política de la transición. Taurus, 1981.
- Martinez Serrano, J.A. y otros: Economía española 1960-80. Crecimiento y cambio estructural. Blume, 1983.
- Muñoz de Bustillo, R.(Comp.); Crisis y futuro del estado de bienestar. Alianza, 1990.
- Nadal, J. y otros: La economía española en el siglo XX. Ariel, 1987.
- Pérez Díaz, V.: El retorno a la sociedad civil. Instituto de Estudios Económicos, 1987.
- Preston, P.: The triumph of democratic Spain. Methuen, 1986
- Sharse, D.: Dilemma of Socialdemocracy. The Spanish socialist workers party in the 1980. Greenwood Press, 1989.
- Sotelo, I.: Los socialistas en el poder. El País, Madrid, 1986.
- Tezanos, J.F.: Sociología del socialismo español. Tecnos, 1983.
- Tezanos, J.F. y otros (eds.): La transición democrática española Edit. Sistema, 1989.
- Viñas, A.(ed.): Política económica en España. Univ. Int. Menéndez Pelayo, 1981.
- Zaragoza, A. (Comp.); Pactos sociales, sindicatos y patronal en España. Siglo XXI, 1988.
- Pérez Díaz, V.: Clase obrera, partidos y sindicatos. INI, 1979.

## COMUNIDAD EUROPEA

- Auger, J.: Syndicalisme des autres syndicats d'Europe. Les Internationals syndicales. Les Edit. Ouvrières, Paris 1980.
- Baglioni, G. and Santi, E. (eds.): I sindacati europei agli inizi degli anni 80-81-82-83-84. Il Mulino, 1986.
- Barnouin, B.: The european labour movement and european integration. Frances Pinter, 1986.
- Beije, P.R.: A competitive future for Europe: towards a new European industrial policy. Croom Helm, 1987.
- Birnbaum, P.: State and collective action: the European experience. C.U.P., 1988.
- Bulmer, S. & Paterson, W.: The Federal Republic of Germany and the European Community. Allen & Unwin, 1987.
- Burgess, M.: Federalism and european union: political ideas, influences and strategies in the European Community 1972-1986. Routledge, 1988.
- Cechini, P.: Europa 1992: Una apuesta de futuro. Alianza Edit., 1988.
- Centre-periphery structures in Europe: An ISSC Workbook in comparative analysis. Campus-Verlag, 1987.
- De Porte, A.V.: Europe between the superpowers: the ending balance, Yale Univ. Press, 1986.
- Eichenberg, R.C.: Society and security in Western Europe. MacMillan, 1988.
- Featherstone, K.: Socialists parties and european integration: a comparative history. Manchester Univ. Press, 1988.
- Feld, W.J. (ed.): The foreign policies of Western European socialist parties. Praeger, 1978, New York.
- Flora, P. (ed.); Growth to limits: the Western European Welfare State since world war II. De Gruyter, 1986.
- Fotheringham, P.: Contemporary Europe. Blackie, 1983.

- Galtung, J.: The European Community: a superpower in the making. George Allen & Unwin, 1973.
- Gann, L.H. (ed.): The defense of Western Europe. Croom Helm, 1986.
- Garnham, D.: The politics of European Defense Cooperation. Ballinger Pub., 1988.
- George, S.: Politics and policy in the European Community. O.U.P., 1985.
- George, S.: Britain and European integration since 1945. Blackwell, 1991.
- Hancock, M.D.: Politics in Western Europe. MacMillan, 1988.
- Harrop, J.: The political economy of integration in the Euro-Community. Edward Elgar, 1989.
- Herman, V. and van Schendelen, M.P. (eds.): The European Parliament and the National Parliaments. Farnborough, 1979.
- Holland, S.: Un-Common Market. MacMillan.
- Holland, S.: Out of crisis. Spokesman, 1983.
- Jenkins, R. (ed.): Britain and the EEC. MacMillan, 1983.
- Kesselman, M. & Krieger, J.: European politics in transition. Heath, 1987.
- Lodge, J.: European polling of the SPD. Beverly Hills, 1976
- Lodge, J.: European Union: the European Community in search of a future. MacMillan, 1986.
- Manwaring, M.G.: Spain and the defense of european security interests: a military capability analysis. Westview, 1986.
- Müller, H. (ed.): A European non-proliferation policy. Clarendon Press, 1987.
- Palmer, J.: Trading places: the future of the European Community. Hutchinson, 1988.
- Paterson, W.E.: The SPD and European integration. Westmead, 1974.



- Pijpers, A., E. Regelsberger, W. Wessels: European political cooperation in the 1980's. Martinus Nijhoff Pub., 1988.
- Pomfret; R.: Mediterranean policy of the European Community. A study of discrimination in trade. MacMillan, 1986.
- Pridham, G. & Pridham, P.: Transnational party cooperation and European integration. George Allen & Unwin, 1981
- Pryce, R. (ed.): The dynamics of European union. Croom Helm, 1986.
- Rallo, J.: Dephending Europe in the 1990s. France Pinter, 1986.
- Seers, D. & Vaitsors, C.: The second enlargement of E.E.C. MacMillan, 1982.
- Taylor, P.: The limits of european integration. Croom Helm.
- Wallace, H., W. Wallace & C. Webb (eds.): Policy making in the European Community. J. Wiley & Sons, 1977.
- Williams, A.M. :The European Community.1991.

